



VILLA de MADRID

Ayuntamiento de Madrid





# VILLA *de* MADRID

R E V I S T A   D E L   E X C M O   A Y U N T A M I E N T O

DELEGACION DE EDUCACION

DIRECTOR:  
RUFO GAMAZO RICO

REDACCION: PLAZA MAYOR, 27  
ADMINISTRACION: PLAZA DE LA VILLA

Teléfonos: Dirección, 265 91 38  
Administración, 248 01 29

PRECIO DEL EJEMPLAR: 150 PESETAS

M A D R I D

AÑO XVI

1978-I

NÚM. 58

## Sumario

*José Luis Alvarez Alvarez, nuevo Alcalde de Madrid.*

*Goya y Madrid,* por FEDERICO CARLOS SÁINZ DE ROBLES.

*Goya en Madrid (II),* por MARIANO JUBERÍAS OCHOA.

*Goya en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid,* por ANTONIO MATILLA TASCÓN.

*Toreros del tiempo de Goya,* por FRANCISCO LÓPEZ IZQUIERDO.

*La Galería de Retratos de Alcaldes* (continuación), por JOSÉ DEL CORRAL.

*Carnaval,* por JOSÉ HIERRO.

*Recuerdo del antiguo Prado de Recoletos,* por JOSÉ LEAL FUERTES.

*Datos sobre el derribo de un fragmento de la muralla del Madrid andalusí verificado en el año 1818,* por MARCELINO TOBAJAS LÓPEZ.

*Un cronista «confirmado» y una renuncia a una Gran Cruz,* por RICARDO DONOSO CORTÉS Y MESONERO ROMANOS.

*Don Joaquín de Ibarra, Impresor de Cámara de su Magestad,* por MANUEL ROSÓN.

*José Francos Rodríguez,* por JUAN LAGARMA.

*El ministro del Interior dio posesión al nuevo Alcalde de Madrid,* por MARÍA LUZ NACHÓN.

*Apuntes para un catálogo de lápidas madrileñas,* por JUAN SAMPELAYO.

*Madrid y sus libros,* por JUAN SAMPELAYO.

*Fotografías:* Aulocolor, Mariano Juberías, Imagen-Fotógrafos, Yebra, archivo «Villa de Madrid» y Archivo Gráfico de Contreras.

Depósito legal: M. 4.194-1958

A. Gráficas MAGUNCIA. Trujillos, 7  
MADRID

Nuestra portada: «*Las lavanderas*», de FRANCISCO DE GOYA.



# JOSE LUIS ALVAREZ ALVAREZ, NUEVO ALCALDE DE MADRID



*EL día 3 de marzo tomó posesión de la Alcaldía de Madrid don José Luis Álvarez Álvarez, nombrado para ocupar la Regiduría de la Villa por S. M. el Rey don Juan Carlos, el día 28 de febrero.*

*Es don José Luis Álvarez el Alcalde número 240 de Madrid y sucede a don Juan de Arespacochaga y Felipe quien, a lo largo de casi dos años, realizó una meritoria gestión poniendo al servicio de los intereses de la Villa su amor a Madrid, talento organizador, conocimiento técnico de los problemas, voluntad indomable de trabajo y afán por superar las dificultades de todo orden a que hubo de hacer frente.*



*El nuevo Alcalde, contestando a lógicos y apresurados requerimientos de los periodistas, ha expresado su firme voluntad de trabajar en beneficio exclusivo del pueblo madrileño y señalado como objetivos prioritarios la escolarización, zonas verdes, defensa del patrimonio artístico, mejora de los transportes públicos y resolución de los problemas de los más necesitados.*

*Su biografía que sigue a estas líneas y su discurso en la toma de posesión que publicamos en este mismo número son, sin duda, la mejor presentación del nuevo Alcalde de Madrid.*

\* \* \*

Don José Luis Alvarez Alvarez nació en Madrid, en 1930. Estudió el Bachillerato en el Colegio de los Maristas, de la calle de Fuencarral, y cursó Derecho en la Universidad de Madrid, donde realizó la Licenciatura y el Doctorado con premio extraordinario.

Su tesis doctoral versó sobre la defensa de los derechos de la mujer y de la necesidad de eliminar toda discriminación entre hombre y mujer.

Ingresó en Notarías en 1953, estando ausente de Madrid desde 1953 a 1958. En ese año, ganó las oposiciones a Notaría de Madrid y desde 1958 a la actualidad ha ejercido como notario en esta capital.

De 1967 a 1972 fue profesor encargado de Cátedra en la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid.

Ha publicado diversos libros y estudios, fundamentalmente sobre temas jurídicos, de urbanismo, de educación y de defensa y cuidado del Patrimonio Artístico y del Patrimonio Natural, participando, asimismo en seminarios, estudios y conferencias sobre esos temas.

Es colaborador asiduo desde hace varios años, publicando artículos sobre diversos temas además de los citados, en los periódicos de Madrid: «Ya», «ABC», «El País» e «Informaciones».

Ha participado en diversas Comisiones Legislativas para redacción de disposiciones del Ministerio de Educación, del Ministerio de Cultura y del Ministerio de Justicia.

Ha sido promotor y miembro del Patronato de una Fundación dedicada a la promoción de escuelas y guarderías en las zonas periféricas de Madrid, y de la Asociación «Hispania Nostra», para la defensa del Patrimonio Arquitectónico y Cultural Español. Ha sido miembro del Consejo Superior de Cultura y Bellas Artes.

En el campo político, no ha ocupado nunca ningún puesto público. Empezó sus actividades en este campo dentro del Grupo Tácito, del que es miembro fundador, colaborando con el Grupo desde 1972 hasta su desaparición.

Participó también, en la creación de la Sociedad FEDISA, cuando, en el verano de 1975, se realizó un ensayo de asociación o agrupación de personas políticas fuera del estrecho marco que entonces ofrecía la discutida Ley de Asociaciones. En FEDISA fue presidente del Consejo de Administración de dicha Sociedad, de la que formaban parte los señores José María de Areilza, Manuel Fraga, Pío Cabanillas, Leopoldo Calvo Sotelo, Marcelino Oreja, José Luis Ruiz Navarro, Juan José Rosón, Francisco Fernández Ordoñez, Manuel Escudero y otros.

Posteriormente, ya durante la Monarquía, intervienen, junto con una serie de personas y grupos, en el intento de creación de una agrupación de centro, en cuya iniciativa estuvieron también personas como Fernando Alvarez de Miranda, Francisco Fernández Ordóñez, José Pedro Pérez Llorca, Rafael Arias Salgado, y otros.

Fue miembro fundador del Partido Popular desde su primer momento, y en el Congreso que celebró este Partido en febrero de 1977, fue elegido por la Asamblea secretario general del mismo.

Desde el Partido Popular colaboró decididamente en la formación de la agrupación Centro Democrático, junto con partidos social-demócratas, democristianos y liberales.

Al fundirse algunos partidos en la unión electoral Unión de Centro Democrático, se integró en ésta, a cuyo partido pertenece como miembro de Madrid.

Está casado con Mercedes Royo-Villanova Payá, licenciada en Historia por la Universidad de Madrid, diplomada en Psicología por la misma Universidad. Tiene cinco hijos, el mayor de catorce años y la menor de seis.



# GOYA Y MADRID, O VICEVERSA, QUE TANTO MONTA...

Por Federico Carlos SAINZ DE ROBLES

*¡SI* sabré yo que son centenares los admirables pintores y dibujantes que han soñado y tomado para sus mejores escenografías y sus mejores representantes actores y autores —dramaturgos, comediógrafos, saineteros, costumbristas— el cuerpo y el alma de Madrid! Con sus nombres y sus glorias llenaríamos copiosos anales de épocas largas y fecundas. Sin embargo... De entre tantos ellos, evocadores panegiristas, sólo me interesan, permanentemente a lo vivo y curioso, dos, precisamente los dos geniales por antonomasia, y que no siendo nativos madrileños, en Madrid vivieron por amor y por deslumbramiento de cuanto en la Villa y Corte les rodeaba y apremiaba a diario: don Diego Velázquez y don Francisco Goya; a ninguno de los cuales la severa posteridad enjuiciadora, ya sin casación posible, ha dejado de sentenciar como dos madrileños de esencialidad, unidad gloriosa del ser y del estar. Ciertamente: don Diego y don Paco fueron genios universales en su arte acaso por lo que los dos tuvieron de peculiar en la misma geografía urbana matritense. Recordemos que el otro coloso pintor de España, el Greco, sólo alcanzó su universalidad cuando se consubstanció con lo hispánico en borrascosa piedad toledana. Sin Madrid, don Diego —en su Sevilla— y don Paco —en su Aragón—, siendo excelsos artistas, no hubiesen trascendido ese genio de raza total que durante los siglos XVI y XVII sólo se acuñaba con oro de ley en la capital de España, y con vigencia ilimitada dentro y fuera de ésta. Verdad: por el cuerpo y el alma de Madrid don Diego y don Paco glorificaron el aire, la luz y la tierra de aquel, y la grandeza sin alarde, la seducción sin avasallamiento, el amor generoso en entregarse, de aquella. Don Diego entronizó la imponente serenidad y la melancolía imponente de lo matritense carpetano; y don Paco entronizó su imponente sobresalto y sus imponentes augurios y magias negras. Don Diego se valió de los trazos más puros y las presencias humanas más ejemplares en unos colores pletóricos de amabilidad, inyectados de señorío y siempre rezumantes de ejemplaridad. Todos los escenarios madrileños y los tipos seleccionados por don Diego tienen «un no sé qué» de seductor que tranquiliza y conmueve las ánimas contemplativas. Hasta sus bribones, bufones, meninos, enanos, bestezuelas domésticas quedan ungidos por la piedad contagiosa y la misericordia exculpatoria. Los reyes, prínci-



Goya: «Autorretrato». Academia de San Fernando.

pes, infantes, nobles, letrados que retrata don Diego son paradigmáticos de un realismo ennoblecido con largueza. Y es que don Diego fue lo que se





«El coloso o el pánico».

*dice un alma de Dios que acertó a inmortalizar el sentido más admirable y el destino más edificante de las criaturas.*

*Pero, ¡ah!, bien distinto a don Diego (por el derecho y por el envés, por el intento y por la intención) fue don Paco. A quien siempre le estorbó, para el desarrollo de su genial arte, la serenidad de las almas y de los ambientes, la bondad de los actores, en sus obras; y la melancolía como estado*

*del alma señora, y la misericordia como edulcorante decisivo de las acciones de sus prójimos. Y no es que el Madrid y los madrileños —nativos o de adopción— de don Paco sean menos reales que los de don Diego, ni en algún momento siquiera puedan ser calificados de estar adulterados o mixtificados, sino que ¡cuán distintos son los ojos con que observan y escudriñan el uno y el otro, y cuán opuestos sus enjuiciamientos, cuán diferentes las*





«El ciego de la guitarra».

intenciones para interpretar y para dejar para sentencia de la posteridad los testimonios del mismo mundo madrileño! Es axioma jurídico, desde los preceptos justinianeos, que con pruebas diametralmente opuestas se puede ganar un mismo debate. Pues el mismo debate ganan para Madrid (definido por su derecho y por su envés) don Diego y don Paco. Aquél fue espíritu melificado por una inagotable bondad; y éste, espíritu bravo y exacerbado por una irremediable impiedad; impiedad que acrece con la soledad implacable a que condenó a don Paco su sordera total, la totalidad de su rosario de quince dieces de dolores y desengaños. Desde mozo, el genio agresivo de don Paco (que se mamporreó, casi a diario, con menestrales, arrieros, petimetres, burócratas de los estamentos palatinos o gubernamentales) le empujó a lanzarse a un ambiente en el que se «cultivaban» las catástrofes humanas y los escalofríos del misterioso Más Allá; y con la bárbara inquietud deambulante por un inframundo perfectamente matritense, pero jamás

puesto ante los ojos y las entendederas de cualquier mindundi urbano. Los retratos de personajes y personajazos los realizó don Paco sin contemplaciones ni concesiones «al buen parecer», y tal como lo eran en sus vidas, y hasta, en ocasiones, adobados por la crueldad de la caricatura; de esa caricatura que es verse la persona en un espejo cóncavo o convexo. Las nubes negrísimas y aborrecidas, los brutales vendavales tronchadores de la Naturaleza, los escenarios alucinados por la batuta loca de las pesadillas, que pintó don Paco nos dejan la impresión de no tener remedio ni alivio, ni aún para tan excelsos taumaturgos como San Francisco, San Antonio y San José de Calasanz, a quienes don Paco rindió parias de su arte... con cierta mala gana que delata el que los santos no salgan muy bien parados en hermosura sobrenatural, y más parezcan honrados menestrales disfrazados de santos para la circunstancia necesitada por Goya.

Nuevas afirmaciones categóricas: don Diego fue





«La Condesa de Chinchón».

el descubridor de la auténtica luz de Madrid —maravillosa y no repetible—. Y don Paco fue el descubridor de la auténtica tenebrosidad —espeluznable, e igualmente irrepitable— de nuestra Villa. Se me podrá objetar —y sólo por los muy obtusos— que don Paco nos legó las alegrías y delicadezas de la luz de Madrid en sus portentosos cartones para los tapices de la Real Fábrica de Santa Bárbara: El quitasol, La cometa, El columpio, La vendimia, La merienda a orillas del Manzanares y tantos más, y muy en especial en ese redondel —casi taurino— de los frescos en la cúpula de la ermita de San Antonio de La Florida, en La pradera del Corregidor, el día de la romería isidril, en El baile en la romería de San Antonio de La Florida. Pero yo

opondré, rotundo, que tal luminosidad madrileña (de seda y de acuarela vivísimas) cuyo aire se ve y cuyas lumbres se tocan, no son descubrimientos goyescos, sino herencia cuantiosa que le dejó don Diego. Aún más: las entreluces y las entresombras transparentes, bien clarificadas, y los sutiles entrecolores que hay en los mejores retratos pintados por Goya (los varios de la duquesa Cayetana de Alba, los de los reyes y familiares, los del duque de Fernán Núñez, Pedro Romero, «Costillares», Josefa Bayeu (su esposa), condesa de Chinchón, «El Empecinado», «La Tirana», Doña Isabel de Cobos, los majos y las majas, y los ángeles patudos (bajo cuyo disfraz se adivina chulapos, manolas, daifas de El Avapiés) que se contonean en la cúpula de San Antonio de La Florida) etc., son netamente velazqueñas, sin duda posible. Y es, que todo hay que decirlo, espíritu agresivo, hosco, buscón incansable de sortilegios y hechizos, entusiasta de misterios ultratelúricos, deambulante, como Pedro por su casa, en las intrincadas selvas de las pesadillas, de nuestro don Paco, sólo gustaba de los tejemanejes con larvas, endriagos, brujas, cabrones demoníacos, como si deseara ser nombrado presidente perpetuo del gran cotarro infernal. A la recíproca, estos entes infra o sobrenaturales, intérpretes de los perpetuos juegos de lo tenebroso y nefasto sintieron especial dilección, casi hasta sincero afecto, por nuestro don Paco, a quien no tuvieron inconveniente en extender diploma, y ya enmarcado, de intérprete con exclusiva de sus enjuagues merecedores de las más terribles Inquisiciones torquemadas. Y tampoco se negaron a revelarles las recetas más decisivas de plasmar los sustos morrocotudos para alelar a los mortales. Y consintieron muchas veces en admitirle en sus Juntas abracadabrantes, concediéndole voz, pero no voto y teniéndole en mucho cuando se permitía aconsejar, abroncado de voz, nuevos ungüentos para los encantos y picantísimas cataplasmas para los soponcios. Yo he llegado a conjeturar que —ya al final de su vida— recibió, en sesión solemne y casi académica, la gran Medalla de Oro al mérito de haber sabido pintar ejemplarmente los sucesos, cosas y actores del Más Allá a lo hondo o a lo alto.

¿Cuándo empezó a sentir don Paco esta inapela-ble llamada del mundo tenebroso, del mundo de lo absurdo y de lo escalofriante, de la luz bendita que se apaga para que surjan los relámpagos y las chiribitas demoníacas de las nubes monstruosas con negrura de tinta china? Posiblemente cuando para ingresar como miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en 1781, presentó como donación a la Academia su magnífico Cristo crucificado. Recordemos que el Cristo crucificado de don Diego va de la tortura máxima hacia la suprema claridad, hacia la suprema esperanza de redención. Pero el de don Paco va de la despiadada pasión a la muy insinuada tenebrosidad que pudiera dar pábulo a la desesperanza. Desde entonces, Goya, aún en los cuadros más famosos





«El quitasol».

«de historia» —la familia de Carlos IV, las majas desnuda y vestida, los retratos del duque de Wellington, de aristócratas disfrazados de toreros y de toreros con aire de aristócratas, de cómicos y cómicas— ya se contempla como fondo de ellos la oscuridad que es, precisamente, la que resalta los contornos de cuerpos y almas immortalizados por un arte escudriñador como pocos. Tal oscuridad que sirve para resaltar las figuras elimina los medios términos de las escenografías convirtiéndose en telones de negrura mate. Negrura que aún se espesa más en los lienzos dedicados a los santos Pedro —arrepentido de sus tres negativas— a Justa y Rufina, a José de Calasanz comulgando (en cuyo acto ni siquiera esos rayos celestiales que descenden sobre el santo escolapio tienen sino muy escasos kilovatios). Y mientras en don Paco aumenta la sordera y el destemplado malhumor que le llevarán al silencio absoluto y al aislamiento casi completo entre sus semejantes, y las telarañas visuales que le irán metiendo en una total tenebrosidad, sus pinturas mejores, las que más y mejor gloria le han ganado para la posteridad universal, ya presuponen muy a las claras su obligatorio destino de convertir su arte en sensacional clave satánica-misantrópica. Repito: es don Paco Goya quien descubrió la tenebrosidad auténticamente madrileña, y no menos cierta y sugerente que la luminosidad velazqueña. Pues que Madrid —¡naturalmente!— fluctúa desde siempre y para siempre entre los esplendorosos cielos que descubrió don

Diego y los negreos infernales que descubrió don Paco. De cuyos radicales contrastes y excluyentes designios se plantea a la reflexión inteligente el enigma del Madrid vivo y removedor. Tales negruras del inframundo matritense ya manifestadas plenamente en pinturas —precursoras del negrismo— como las tituladas Santo sacando los demonios del cuerpo de un moribundo (que se muestra recalcitrante a cantar la palinodia) —hacia 1808—; las escenas escalofrantes del Madrid de mayo de 1808: Carga de los mamelucos en la Puerta del Sol y Fusilamientos de paisanos en La Moncloa —hacia 1808—; El afilador —hacia 1812—; Procesión de disciplinantes —hacia 1794—; El sortilegio —hacia 1798—; Escena inquisitorial —hacia 1794—...

Y es, indudablemente, Madrid quien inspira a don Paco los cuadros de sus principales series de grabados: Los Caprichos, Los desastres de la guerra, Los proverbios, La Tauromaquia. En todos ellos están patentes los recovecos y retorcimientos y subersiones del genio de Goya; su propensión morbosa a lo macabro y demoníaco, a lo avieso y agriado, a lo disparatado y catastrófico, a lo absurdo en contagio de enloquecimiento. Pintar brujas de sebo y cabrones de cecina peluda, murciélagos de trapos remendados, diantres de cañas silbantes, energúmenos de chatarra orinienta, celestinas de capidengues y grandes lunares y verrugas en los rostros, ya indica que don Paco se cisca en las conveniencias sociales, en las inquisitoriales





«San Antonio de la Florida».



amenazas, en las legales disposiciones, y que se juega el resto de su arte en juego precisamente a los naipes de mala fortuna.

Seguro que todavía hay, entre quienes me lean, sencillas, ingenuas criaturas, que creen que Madrid es, y fue desde siempre, escenario propicio a las ortodoxias religiosas, a las gracias humanas, a las populares costumbres de jolgorios y chirigotas en las que son actores manolos, majos, chisperos y chulos, saineteros de tuétano optimista y coloreado a lo crudo, y artistas de acuarelas y óleos rezumadores de luces urbanas y campestres; lugar medrado bajo soles radiantes y cielos nocturnos prendidos de estrellas rútilas. Madrid, sí, centro de juergas y jacarandas, conspiraciones políticas de botillería y cafés, procesiones para las aleluyas sobre la Tarasca, los gigantones y la comparsería enana. Madrid «punto fuerte» en verbenas y romerías, corridas de toros de ocho yerbas... En suma: Villa y Corte para alimentar el gozo y las esperanzas y optimismos diarios de nativos y foráneos, y de enero a diciembre mordiéndose la cola para impedir la interrupción del tiempo.

Pues... nada menos cierto. Y no porque deje de sumar verdades incuestionables la antecedente enumeración festiva, sino porque, paralela a ésta, coexiste tan palpitante como ella, tan vivito y coleando, personalizado «hasta las cachas», el Madrid de «la otra cara», o de «la otra vertiente». El Madrid trágico conmovido entre delirios y escalofríos de pesadilla negra que lleva en su padrón chamusquinas y alaridos impuestos por las Inquisiciones, degüellos y ahorcamientos en las plazas públicas, funciones de magia negra, conciliábulos de brujas y mengues, solivianto de las grandes meretrices, las postrimerías de los teologales designios nefastos. Insisto: la «otra cara» o la «otra vertiente» del Madrid luminoso, sereno, con media docena de arcos iris cada día, descubierto por don Diego Velázquez, es la del Madrid tenebroso y alucinante, descubierto por don Paco Goya. Dos caras o dos vertientes que forman un sólido todo sorprendente. Pues que conviene no olvidar que cuando don Paco se deja de majezas y manolerías (los temas de sus cartones para tapices) y empieza a meterse en el Madrid de sus aguafuertes y pinturas negras, es cuando se le han muerto una quin-cena de hijos, su pasión bárbara y humana por la muerta duquesa de Alba —1804—, el tranquilo hogar de su muerta esposa Josefa Bayeu —1811—; cuando había sido coprotagonista de los héroes (militares y paisanos) del Dos de Mayo; cuando el artritisismo subía en el termómetro de la artrofia y le iba agarrotando el cuerpo, y la sordera le bazuqueaba en un mundo mudo; cuando las fechorías brutales de Fernando VII martilleaban o desgarraban la carne y el alma vivas de la Villa y Corte. Ciertó, envuelto en sombras, mudeces e impotencias corporales, es cuando don Paco se rinde por completo al Madrid negro, en el que sólo tienen efímeros brillos las ceremonias de la magia, las



«La Tirana».

comisiones permanentes de los inspectores del inframundo, el demonismo personificado en el Gran Ma-Cabrio, donador de repeluznos y condenaciones eternas.

En tales condiciones de alma y de cuerpo, en la tenebrosa Quinta —que había de ser denominada popularmente la Quinta del Sordo—, comprada por don Paco, qué otra cosa podía hacer éste sino convertirse en el gran plenipotenciario del Madrid negro; ¿ángel luzbólico él, en los antípodas del ángel de las claridades sobrehumanas que fue Velázquez?

Como ya he dicho, años antes, aún sólo torpe de oído, ya se fue acostumbrando a las tragedias desarrolladas sobre textos y escenarios apropiados a ellas. Sin embargo, el trato definitivo, compenetrado y diario con el Madrid negro, y al que él va dejando de oír, pero oyéndole con los ojos escudriñadores de Argos, en la Quinta del Sordo, cuyas



paredes va cubriendo «a trallazos» feroces —vesánico y satánico— con las pinturas negras, horripilantes a la contemplación ajena, inagotables manantiales de arte novísimo, engendrador de todas las posibilidades del arte pictórico futuro, ha de colocarle sobre el más alto pedestal de la mayor conciencia humana que conocemos.

*¿Quiénes no se estremecerán contemplando Aquelarre, La romería de los desesperados y leprosos, La riña a garrotazos entre gañanes, Saturno devorando a su hijo, Los caníbales guisando los cuerpos del arzobispo de Quebec y de su secretario...? Pero a los prontos y naturales estremecimientos sucederán, en los personajes contemplativos y cultos, la agoniosa certidumbre de que el Madrid negro goyesco es un mundo sin esquemas que mantiene sus derechos a la verdad y a la inmortalidad; y no con un derecho menor al que se haya concedido al Madrid luminoso velazqueño. Ciertamente: quienes creyeron, creen y creerán que Madrid es sólo una Villa luciente y jacarandosa, escandalizante del «rompe y rasga», siempre en las*

*coyunturas del respingo y de esa jactancia chulona de el «¡Aquí está too pagao!», festivo a todas luces, terne en sus alardes capitalinos y enmarcado en un barroco oro encendido..., repito que quienes así lo creyeron, creen y creerán, se equivocaron, se equivocan, se equivocarán de medio a medio, pues que sólo saben contemplar una cara, una vertiente del Madrid total: la iluminada. Sin embargo, desde siempre y para siempre, la cara y la vertiente, que cuesta trabajo buscar, contemplar y valorar en el realismo y en el arte, resultan estremecedoramente tenebrosas y trágicas. En ellas son posibles todas las negaciones —la de la luz, la de la vida normal—, todos los funestísimos presagios, el luto eterno por muertes que no acaban de consumarse pues que son fecundas sus agonías y comas. ¡El Madrid negro, sí, tan real y tan fuerte y tan irresistible como el Madrid luminoso! Y lo que más pasma es que aquél y éste hayan tenido como descubridores y mantenedores supremos, con pasaportes gemelos de validez universal, en los genios de don Paco Goya y don Diego Velázquez. O viceversa, que tanto monta.*



«Cómicos ambulantes»



## GOYA EN MADRID (II)

# DOMICILIOS, HIJOS, TAPICES, ECONOMIA

Por Mariano JUBERIAS OCHOA



*«La Nevada», o el invierno, en contraste con la era, está concebida en densos grises en tono mayor, como diría Ruben Dario, que gravitan sobre la sensibilidad del contemplador, suscitando en él un medio hosco.*

EN nuestro anterior artículo dejamos instalado a Goya en la Villa y Corte, avecindado en ella de forma permanente a finales de 1774 y residiendo aquí hasta 1824. Paréntesis muy amplio, casi orillas oceánicas en una vida tan llena de acontecimientos sociales, históricos y anecdóticos y, sobre todo, tan pletórica de inquietudes creadoras y estéticas.





«La primavera». En 1786 pinta Goya las cuatro estaciones con destino al comedor del palacio de El Pardo. En las «Floreras», aquí reproducido, representa Goya «La primavera». Los bocetos de las estaciones los vendió el maestro a la Casa de Osuna.

ticas, tan dinámica y tenaz buscadora de nuevos caminos de expresión estética, de lenguajes inéditos en el campo técnico para la representación de sus inquietudes pictóricas.

Viene a Madrid, no como pretendiente, no a correr la bohemia inquieta de la inestabilidad y el azar, buscando a salto de mata el pan nuestro de cada día, sino a un destino fijo remunerado con una cantidad permanente de ocho mil reales anuales y otra variable, pero muy superior: la que se le abo-

naba por obra realizada por la Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara, situada en las afueras de aquél Madrid y hoy en el cogollo mismo de la capital, ya que hoy continúa esta manufactura su actividad en la calle de Fuenterrabía.

Viene, requerido por Antonio Rafael Mengs, sin duda por indicación del cuñado de Goya el buen pintor aragonés Francisco Bayeu, para ser de buenas a primeras pintor del Rey, a cuyo servicio estuvo desde ese momento hasta el de su muerte en Burdeos, acaecida en la madrugada del 16 de abril de 1828, ahora hace ciento cincuenta años, siendo jubilado de la Casa Real y percibiendo íntegro hasta su último instante su sueldo de primer pintor de cámara.

El itinerario domiciliario de Goya en Madrid ha sido sometido por los diversos tratadistas a un zigzagüe por el callejero de nuestra Villa. Así Ezquerro del Bayo en su libro «Goya y la duquesa de Alba», dice... «a principios de 1775 (fue a últimos de 1774) vino a instalarse a Madrid, casado poco antes (en julio de 1773) con Josefa Bayeu, hermana de los pintores Francisco y Ramón (y también Manuel), yendo a habitar *según se cree*, al cuarto segundo de la casa número 66 de la Carrera de San Jerónimo, propiedad de la marquesa de Campollano».

Otros autores y en otros textos, últimamente en el estupendo «Goya» de Pierre Gassier y Juliet Wilson, señalan como hogar del pintor el de la Carrera de San Jerónimo, pero ahora refiriéndolo a 1777.

Los registros parroquiales madrileños nos reflejan con cierta exactitud las casas en que residió el maestro. Cuando su boda en 1773, vivía en la calle del Reloj, domicilio de Francisco Bayeu. Dos años después, el 15 de octubre de 1775, bautiza en la misma iglesia de San Martín en la que había contraído matrimonio, a su primer hijo, Eusebio Martín, nacido el nueve de dicho mes y en la misma casa de la calle del Reloj. En una investigación llevada a cabo por don José Bueno Paz, orientada por su profesor don Elías Tormo, resulta que el veintuno de enero de 1777, bautiza Goya en la parroquia de Santiago a su hijo Vicente Anastasio, y el domicilio reseñado en la partida bautismal fue el de calle del Espejo. Ya en 1779, aparece residiendo en la calle del Desengaño número 1, según consta en el acta parroquial correspondiente al bautismo de la hija del matrimonio Goya, María del Pilar Dionisia, que recibió las aguas sacramentales en la Iglesia de San Luis el 9 de octubre del año últimamente citado. En esta misma casa nacen sus hijos Francisco de Paula Antonio, el 22 de agosto de 1780; una niña, en 1782, y el 2 de diciembre de 1784, Francisco Xavier Pedro Goya Bayeu, único hijo del maestro que alcanza la edad adulta. En 1781 testa el matrimonio ante el escribano de número de esta Villa, don Antonio López Salazar. Un año después,





tras treinta y nueve con el pintor, la muerte disuelve el matrimonio por fallecimiento de Josefina Bayeu. Su defunción se registra en el libro parroquial de San Martín, del mismo nombre que aquella en que contrajeran matrimonio, pero distinta en su emplazamiento, en el que consta que Josefina había dado su alma a Dios en la calle del Desengaño, esquina a la de Valverde. En el mismo año de 1812, ante el Escribano que suscribió el documento sucesorio, se formaliza el inventario de los bienes del viudo, que tanta transcendencia ha tenido para fijar cronologías de sus obras y señalar su altitud económica y social, en plumas tan brillantes como la de Sánchez Cantón y Xavier de Salas.

Entre las múltiples actividades que constituyen la ingente personalidad de Goya, algunas importantísimas, se desarrollan y florecen en este rincón madrileño de la calle del Desengaño, en el que transcurre más de un tercio de su vida y produce el 80 por 100 de su obra. De aquí saldría a diario en aquel coche que durante ciento veinte días le llevara a la ermita de San Antonio de la Florida para ejecutar sus maravillosos frescos; de aquí hacia el Palacio de Oriente o para los sitios reales de jornada (La Granja, el Escorial, Aranjuez, el Pardo), buscando efigies reales para inmortalizarlas en sus lienzos; de aquí, en medio de la vorágine y del espanto, del terror y de la muerte, a tomar apuntes para «los desastres de la guerra»; de aquí también para ir a orillas del Manzanares, a la Florida, al Prado, en busca de temas para sus cartones, o a la plaza Mayor o la de toros de la Puerta de Alcalá donde tomar rápidas anotaciones para sus tauromaquias; desde este estudio contempló, implacable y sarcástico, lleno de piedad y de asco, la claudicante sociedad en que vivió para plasmarla en la censura universal de sus «Caprichos»; de aquí, durante muchos años de su vida, calle de Hortaleza arriba, debió dirigir sus pasos a la Puerta de Santa Bár-

*«La era» o el verano, está desarrollado en una tonalidad cálida con algunas masas frías que sirven para acentuar por contraste, la agobiante atmósfera de una era en estío. En el museo Lázaro Galdiano se conserva una maravillosa reducción de este cuadro conservado en el Museo del Prado.*

bara, para entregar, cobrar o repasar los cartones que, bajo su mirada, habían de convertirse en tapices. Aquí su vida íntima y pública: alegrías, tristezas, enfermedades, euforias, triunfos, contrariedades. Todo su ser, todo su existir, todo su crear.

En esta casa de la calle del Desengaño, en la que su inspiración ilimitada trabajó a toda presión, en creaciones infinitas extraídas de lo real y de lo esotérico, de lo ideal y lo irreal, debatiéndose en el mundo onírico de su alma, se va formando y desarrollando su personalidad, afinando su oficio, depurando su técnica, concretándose su estética. De este estudio, de este taller, sale la sonrisa amable de los tapices, en los que Goya concreta el fascinante folklore madrileño de su época, de riqueza pintoresca y pictórica, gozosa y armónica, insuperable. Los tapices, el espectáculo en ellos reflejado, ha movido plumas ilustres del mundo entero: filósofos, poetas, músicos, dramaturgos, eruditos: Ortega y Gasset, d'Ors, Granados, Barbieri, Ruben Darío, Cruzada Villaamil, Beruete, etc. y Valentín Sambricio que corona los estudios sobre los tapices con libro maestro de una riqueza documental inmensa.

En ellos, en los tapices, canta y decanta el costumbrismo de la capital y depura y afina su oficio. Desde los primeros cartones presentados en 1775, pintados «bajo la dirección del señor don Francisco Bayeu, pintor de Cámara de S. M. por don Francisco Goya», como consta en un recibo de Cornelio Vandergoten, extendido en el acto de recepción de las telas o, como confiesa el propio Goya en carta de nueve de enero de 1779, dirigida a su entrañable amigo Martín Zapater, en que refiriéndose a un boceto que le había remitido, dice: «el borroncico que





*Las calidades otoñales de la «Vendimia» las plasma Goya en este lienzo con los azules de las montañas y su fundido en la lejanía con unas nubes doradas, radiantes y melancólicas al mismo tiempo.*

tu tienes es de Francisco (de Bayeu) la invención y mía la ejecución que todo importa tres caracoles que no merece la pena que sea mío ni tuyo ni vale un cuerno», hasta los últimos de quince años después, el proceso ascensional de su oficio es ininterrumpido.

Pronto, en 1776, se sacude la tutela de Bayeu con el cuadro «La merienda», en que descubre el filón de lo popular madrileño, para seguir al año siguiente con «Baile a orillas del Manzanares» y culminar en la «Pradera», que no llegó a ser tapiz ni siquiera cartón, porque se quedó en boceto y es

como un resumen de toda su obra cartonista y como una síntesis de sus conquistas pictóricas hasta el momento de su ejecución.

Los tapices juegan también un papel fundamental en la economía familiar de Goya en estos momentos iniciales de su estancia en la Corte. Año hay en que ingresa en su bolsillo por este concepto «pagado a la mitad», hasta tres o cuatro veces la cantidad cobrada como sueldo fijo. Concretamente: en 1779 llega a percibir por entregas de cartones en la Real Fábrica de Tapices, hasta treinta y cinco mil reales.

Estos ingresos, unidos a los, por otros conceptos, procedentes de su actividad artística, que en otro artículo analizaremos, nos llevan a considerar la altitud económica que representa el inventario de sus bienes realizado en 1812. Valoradas con criterios actuales las partidas contenidas en dicho documento, llegaríamos a la conclusión de que la fortuna de Goya en aquel momento, era de cientos de millones de pesetas. Si consideramos que en el inventario figuran setenta y ocho obras pictóricas, entre ellas dos de Tiépolo, y el resto obra de nuestro pintor, y si tenemos en cuenta los precios señalados a cada partida, llegaremos a la conclusión de que están señalados para eludir la verdad entonces vigente, no sabemos si con propósito fiscal o si para eludir la acción de escribanos y recaudadores. Digamos, por ejemplo, que el retrato de la Duquesa de Alba con mantilla, que se conserva en la Hispanic Society de Nueva York, está tasado en el inventario en 400 reales, cuando en realidad el pintor cobraba por un retrato entre cuatro y seis mil reales. Concretamente, por el General Urrutia de cuerpo entero, pintado para la casa de Osuna, hoy en el Prado, pasa a los duques una minuta de seis mil reales. Para las dos composiciones tituladas «Majas al balcón» y «Maja y Celestina», se señalan en el documento 400 reales. Por un solo lienzo de este formato, y en estas mismas fechas de 1810, por la «Alegoría de la Villa de Madrid» (retrato del Rey Intruso, que tantos disgustos le había de acarrear) cobra al Ayuntamiento de la capital de España 15.000 reales. Hoy, cualquier museo daría por una composición de éstas, y como una ganga, más de 40 millones de pesetas.

Aparecen en el documento estudiado, escriturado en 1812, otros bienes no pictóricos, como una casa en la calle de Valverde, valorada en 120.000 reales. Hoy, un solo piso de igual emplazamiento sobrepasaría los 3 millones de pesetas. Hay unas partidas de bienes que pudiéramos clasificar y calificar de suntuarios como la comprendida bajo el epígrafe de «alhajas de plata y oro y brillantes», inventariada en 50.000 reales que, traducida al actual nivel de precios, supondría, por lo menos, el valor de un piso.

¡Bien vivía nuestro querido y admirado maestro! ¡Bien! Y todo ganado con su trabajo y voluntad tesonera, puestos al servicio de su genio.



# GOYA

## EN EL ARCHIVO HISTORICO DE PROTOCOLOS DE MADRID

Por Antonio MATILLA TASCON

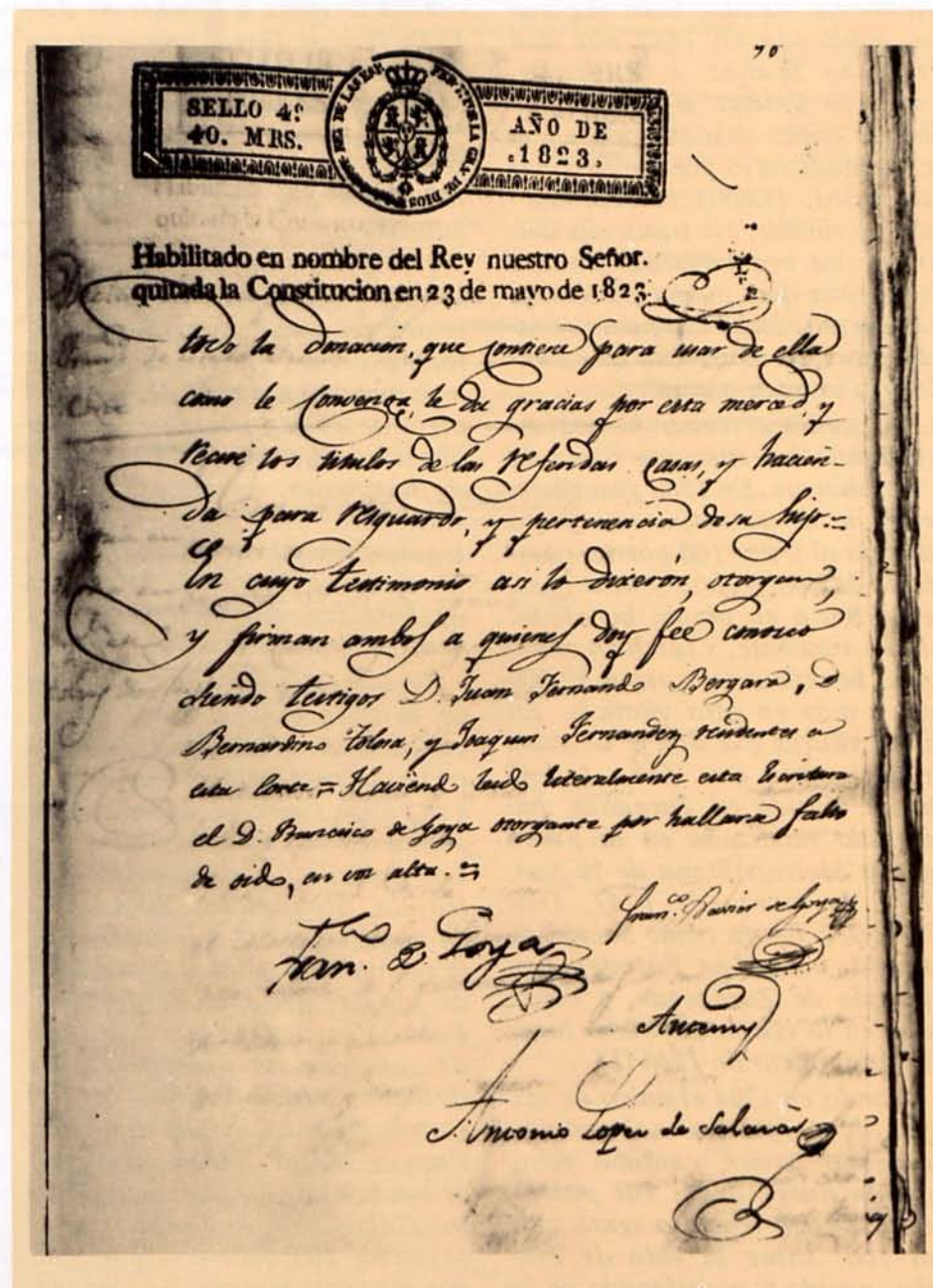
Director del Archivo Histórico de Protocolos

**POR** tratarse de un astro de primerísima magnitud, don Francisco de Goya empezó a ser estudiado casi a raíz de su muerte. En efecto, don Valentín Carderera traza una biografía del sublime pintor y la publica en 1835, en el tomo segundo de «El artista».

A partir de ese momento, constituyen legión los biógrafos, críticos de arte y escritores de toda índole que han narrado y enjuiciado la vida, personalidad y obra de Goya. Con mayor profusión, naturalmente, al tiempo de cumplirse el primer centenario de su muerte en 1928, y el segundo de su nacimiento en 1946.

En este presente año de gracia de 1978, que completa el siglo y medio transcurrido desde el óbito en Burdeos de tan universal creador de Cultura, parece muy oportuno dar a conocer, con la máxima difusión posible, lo sustancial de importantes documentos sobre Goya y su familia conservados en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid. Pues, si bien de algunos de ellos han dado ya noticia, con mayor o menor extensión, diversos escritores, los demás son, sin duda, una nueva aportación documental, a nuestro entender, interesante, no sólo en lo referente al pintor, sino también a su hijo, a su nieto y a otros familiares.

Por otra parte, cabe considerar que hasta ahora casi siempre esta clase de documentos eran utilizados, fuese total o parcialmente, en estudios de carácter erudito, asequibles sólo a una



élite o minoría, tanto más exigua cuanto más especializada, sin que alcanzase al pueblo el pál-

pito cultural de nuestros valores históricos. Este hecho nos ha movido a aceptar, complacida-



mente, la sugerencia de que las presentes líneas fueran acogidas en las páginas de Revista de tan gran prestigio y difusión como VILLA DE MADRID.

De todos los 75 documentos localizados, casi la tercera parte están suscritos por el propio don Francisco de Goya. Hemos querido destacar, ofreciéndolo en fotocopia, el testamento que juntamente con su mujer, doña Josefa Bayeu, otorgó el 3 de junio de 1811 ante el escribano del número de Madrid, Antonio López de Salazar; ya que si bien no es totalmente inédito, toda vez que fue publicado en 1887 por don Cipriano Muñoz y Manzano, Conde de Viñaza, sí cabe considerarlo como desconocido en la actualidad, salvo para muy pocos estudiosos. Damos su reproducción facsimilar, sin transcripción, porque las pequeñas dificultades de lectura que pueda ofrecer el documento, las compensa sobradamente la emotividad que conlleva la imagen auténtica.

En primer término hemos de referirnos al destino que Goya da a sus ahorros. En 1780 suscribe a beneficio de su mujer una renta vitalicia al 9 por 100 por un capital de 24.400 reales, y otra igual de 36.800 a su propio beneficio. Al año siguiente, y también como único beneficiario, coloca 30.000 reales más en otro vitalicio. En las escrituras que dan fe de estos actos consta que doña Josefa Bayeu, nacida en Zaragoza, había sido bautizada en la Santa Iglesia Metropolitana de la Seo, el 19 de marzo de 1747. Don Francisco figura como vecino de Madrid, nacido en Fuendetodos, «partido de Zaragoza», y bautizado en la iglesia de dicho lugar el 31 de marzo de 1746 (1).

Cuando en 1794 el único de los hijos de Goya que sobrevivió, Francisco Javier, contaba poco más de nueve años, sus padres ponen 84.000 reales a renta al 9 por 100, sobre la vida de este niño, nacido y acristianado en la parroquia de San Ginés de Madrid (3-XII-1784). Pero establecen una condición: Que cuando Francisco Javier entre a disfrutar

los réditos, no los pueda vender ni enajenar, pues habían de ser para su manutención (2).

Aparte de que sin duda Goya invirtió dinero en otros efectos, una escritura pública de fecha 23 de julio de 1800 da fe de la compra que hizo de una casa en la calle de Valverde, esquina y vuelta a la del Desengaño. La venta tenía carácter judicial y fue adjudicada a don Marcos del Campo, el cual renunció en favor de Goya, alegando haber actuado por encargo suyo y con su dinero. En consecuencia, se escritura la venta a nombre de don Francisco de Goya, primer pintor de Cámara de S. M. El precio fue de 126.000 reales vellón, pagados en el acto a la Memoria a que petenecía la casa, y otros 71.458 rs. 28msrs. que tenía de cargas y subsistirían.

La razón de la venta fue que de la citada Memoria era patrona la priora del convento de Santa Catalina y esta finca quedó desamortizada en virtud del real decreto de 19 septiembre 1798, que dispuso enajenar todos los bienes de hospitales, hospicios, memorias, obras pías y patronatos de legos, debiéndose ingresar el valor de las ventas en la Real Caja de Amortización, al interés del 3 por 100 a favor de los afectados.

Cuando Goya toma posesión de la casa (23-VI-1800), un alguacil del Juzgado formula el correspondiente requerimiento para que en los sucesivos se paguen los alquileres al nuevo propietario. Los inquilinos eran Francisco Huvela, tronquista de la reina, y su mujer Juana Jupi, que tenían la tienda de perfumes y pagaban de alquiler 16 doblones al año; Pablo Vila pagaba por la tienda de zapatería de obra prima, 14 doblones; José Villota, por el cuarto principal, 200 ducados; Ramón María Zuazo, abogado de los Reales Consejos y del Ilustre Colegio de la Corte, por el segundo, 200 ducados; Blas Gil, por el cuarto tercero, 9 doblones; José Millas, por el cuarto tercero derecha, 700 reales; Joaquín Cisneros, por el cuarto tercero izquierda, 600 reales.

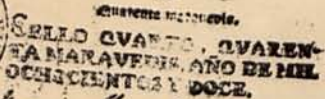
Goya firmó la diligencia de posesión, según se hace constar en la escritura de venta, pero ésta no lleva su firma por considerarse generalmente innecesaria la del comprador (3).

Casi justamente a los tres años de comprar la casa de la calle de Valverde, nuestro pintor adquiere otra en la calle de los Reyes, 7, por 80.000 reales de vellón, «sin incluir en esta cantidad la de farol y serenos, cuyo capital, importante 3.200 reales, ha de quedar, como queda, a cargo de don Francisco de Goya, comprador». Para que se le diera posesión de la finca, hubo de firmar una instancia suplicándolo (4).

Mientras tanto, Francisco Javier había «crecido en años». Su noviazgo con doña Gumersinda de Goicoechea y Galarza, hija de un importante banquero de Madrid, termina en boda. Viene la moza dotada con 249.186 reales, de los cuales 200.000 son en dinero efectivo (5). Pero estos 200.000 no los recibió entonces o los entregó enseguida a su suegro, ya que éste los retuvo hasta 1829 en que se los reintegró; aclarándose que los banqueros señores Galarza y Goicoechea habían recibido en 1805 dicha cantidad en depósito de manos de Francisco Javier, para devolvérsela cuando la pidiera (6).

El mismo día en que don Francisco de Goya se da por enterado de la dote de su nuera, consigna por escritura pública tres obligaciones con ocasión del referido matrimonio. Es interesante observar que no tiene este acto carácter de arras, sino mero compromiso con su hijo, y no con los consuegros o con la nuera. Establece: 1.º Que Francisco Javier y su mujer, y sus hijos si los tuvieren, podrán vivir junto con él. 2.º Si en algún momento quisiera vivir independientemente, le asignará los 13.055 reales que anualmente le producen los 84.000 impuestos a renta vitalicia por Goya y su mujer sobre la vida de Francisco. (Hasta este momento los padres venían, sin duda, cobrando para sí los intereses); y le dará la casa de la ca-



[illegible]

P. 100	
Dei quattro con el Nume "quattro, con el Nume"	1300
Dei quattro con el Nume "quattro, con el Nume"	080
Dei quattro con el Nume "quattro, con el Nume"	020
Dei quattro con el Nume "quattro, con el Nume"	300
Dei quattro con el Nume "quattro, con el Nume"	015
Dei quattro con el Nume "quattro, con el Nume"	050
Dei quattro con el Nume "quattro, con el Nume"	080
Dei quattro con el Nume "quattro, con el Nume"	700
Dei quattro con el Nume "quattro, con el Nume"	800
Dei quattro con el Nume "quattro, con el Nume"	200

Doce Pulgones con el Plum <sup>o</sup> diez en cada uno	120
El de un solo Plum <sup>o</sup> Los otros diez Pulgones con el Plum <sup>o</sup>	
doce en cada uno	240
Doce aguadores y su Compañeros con el Plum <sup>o</sup> doce	
en cada uno	360
El Plum <sup>o</sup> diez de ellos con el Plumero Catrozo, en	
quarzonientos	400
Doce Plancheros con el Plum <sup>o</sup> quince, en cada uno	180
El quince de ellos con el Plum <sup>o</sup> catrozo, en cada	
uno	200
Rebato de Malacates y su Compañeros con el Plum <sup>o</sup>	
diez quince en quarzonientos	400
Un quince con el Plumero diez y dos en cada uno	30
Doce Plancheros con el Plum <sup>o</sup> diez y doce en cada uno	180
Un Planchero con el Plum <sup>o</sup> diez y doce en cada uno	150
Un Plumero con el Plum <sup>o</sup> diez y quince en cada uno	180
Unos torcadores con el Plum <sup>o</sup> veinte, en cada uno	100
El tiempo con el Plum <sup>o</sup> veinte y uno en cada uno	150
Doce de un solo Plum <sup>o</sup> al balcon con el Plum <sup>o</sup> veinte	
y dos en quarzonientos	200
El Serrucho de Hormas con el Plum <sup>o</sup> veinte y con el Plum <sup>o</sup>	
en cada uno	400
Un torcedor de un quince con el Plum <sup>o</sup> veinte y	

[illegible]



lle de los Reyes. 3.º Que podrá gozar libremente de la pensión de 12.000 reales anuales que le concedió S. M. por los méritos de don Francisco como pintor, y también los 3.000 reales que le señaló la Duquesa de Alba. (Parece que Francisco Javier no había entrado aún en el disfrute directo de estas rentas) (7).

Del testamento de Goya y su mujer sólo queremos destacar su manifestación de fe católica, el deseo de ser amortajados con el hábito de «nuestro Padre San Francisco» y el hecho de haber leído por sí mismo el testamento «en atención al mal de sordera que padezco». Parece fuera de duda que Goya no hizo nuevo testamento en los 17 años que aún vivió, y, así, ha de ser considerado éste como el único y valeroso (8).

Cuando Goya, en 9 junio 1812, da poder a don Pedro Ibáñez para cobrar, tomar cuentas y pleitos, vivía en la casa de su propiedad de la calle de Valverde (9). En ese mismo año, fallecida doña Josefa Bayeu, se escruta su testamentaria, en la que consta una instancia de Goya y de su hijo pidiendo se efectúe el inventario, partición y adjudicación de los bienes dejados por la difunta. Igualmente firman el nombramiento de los peritos tasadores y los tres inventarios que éstos hacen y valoran, así como la valoración de la casa de la calle de Valverde. Entiéndase bien: los inventarios se hacen de la totalidad de los bienes del matrimonio: muebles ropas, pinturas y estampas, y alhajas. De todo ello, se separa lo correspondiente a doña Josefa, como gananciales, ya que ninguno de los cónyuges aportó bienes al contraer matrimonio, y de esos gananciales se adjudica lo que le corresponde a marido e hijo (10). Estos, en 28 de octubre de 1812, otorgan la escritura de partición y adjudicación. (11).

Posteriormente no hemos visto en el Archivo de Protocolos documento alguno otorgado por Goya hasta 1817, cuando, en 13 de septiembre, da poder a don

Manuel Sillero para cobrar su sueldo de pintor de Cámara de S. M. (12).

La llamada más tarde «Quinta del Sordo» la compra Goya el 17 de febrero de 1819 a don Pedro Marcelino Blanco. Era una casa y 14 fanegas 10 celemines de tierra, sitas al otro lado del puente de Segovia, al Cerro Bermejo, término de Carabanchel de abajo, «sitio en que antiguamente estuvo la ermita del Santo Angel de la Guardia». Precio 60.000 reales. La finca se había formado por unión de tres, cuyos orígenes de propiedad se describen. Goya pagó el precio en pesos fuertes.

La casa la había edificado don Anselmo Montañés, ayudante militar de las Reales Fábricas y Casco de Palacio. Era una «casa de campo de fábrica de adobes, con su jardín unido, dos habitaciones bajas distribuidas en diferentes piezas, un pozo de agua potable inmediato a dicho jardín y otro en un patio de las habitaciones, y dos desvanes. Y también plantó por la parte del arroyo cinco álamos blancos» (13).

Es significativo que Francisco Javier diera poder en 15 de julio de 1822, entre otras cosas, para administrar dos casas, la de la calle de los Reyes y la de Valverde (14) ¿Es que su padre le donó esta última? Desde luego, Goya ya había demostrado su desprendimiento al dar a su hijo, muchos años antes, como regalo de boda, la de la calle de los Reyes; y muy pronto iba a poner de manifiesto, de manera semejante, el gran cariño que sentía por su nieto.

Efectivamente, por escritura pública, ante el escribano Antonio López de Salazar, hace donación, en 17 de septiembre de 1823, a su nieto Mariano de Goya, de la casa, o quinta adquirida cuatro años antes. Casa situada «al otro lado del camino del puente de Segovia, que desde dicho puente se dirige a la ermita de San Isidro y lugar de Alcorcón». Goya había hecho mejoras en la casa (entre otras, aunque

no se dice, las pinturas negras), una casa para los hortelanos, noria, estanques, minas, cercas y viñedos. De esta donación se hace cargo su hijo Francisco Javier por tener Mariano sólo 17 años (15).

En agosto de 1826 el hijo de Goya y su mujer Gumersinda otorgan un poder a favor de don José Francisco Muguiru, negociante en Burdeos, para cobrar, empeñar y renunciar (16). Si pensamos que el pintor había cumplido ya los ochenta años, y con una salud harto precaria, cabe colegir se diera el poder con fines «post mortem». Este Muguiru era esposo de doña Manuela Goicoechea y Galarza, cuñada y hermana respectivamente de los otorgantes.

Dos años después muere Goya y, a los seis meses, de nuevo su hijo da otro poder, esta vez a los «Señores don Santiago Galos e hijos, negociantes de Burdeos», para vender una inscripción de renta al 5 por 100 de Francia (17). Francisco Javier de Goya era ya único y universal heredero gracias a que su padre no había vuelto a testar desde 1811.

Para nosotros está fuera de duda que tanto los Muguiru como los Galos y otros actuaron como apoderados y administradores de las rentas y bienes de Goya en Burdeos, y no sólo como benefactores del pintor.

Quédese aquí, por hoy, nuestro relato. Nos proponemos narrar en próximo artículo las interesantes noticias que aportan el medio centenar de documentos localizados en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid sobre familiares de Goya.

Los números que entre paréntesis figuran en el texto de este artículo remiten a los protocolos y folios siguientes, en que se hallan registrados los documentos justificativos de cuanto se dice:

- (1) Prots. 17.842, f.º 411, y 17.843, f.º 317.
- (2) 17.853, f.º 877.
- (3) 21.394, f.º 905.
- (4) 23.337, f.º 77.
- (5) 22.863, f.º 545.
- (6) 22.887, f.º 172.
- (7) 22.863, f.º 551.
- (8) 22.878, f.º 184.
- (9) 22.879, f.º 183.
- (10) 22.879, f.º 295.
- (11) 22.879, f.º 289.
- (12) 22.884, f.º 878.
- (13) 22.786, f.º 79.
- (14) 22.886, f.º 59.
- (15) 22.886, f.º 93.
- (16) 22.887, f.º 65.
- (17) 22.887, f.º 44.



# TOREROS DEL TIEMPO DE GOYA

Por Francisco LOPEZ  
IZQUIERDO

EL más genial de los pintores españoles, Goya (1746-1828), fue a la vez, el más considerable de cuantos artistas del pincel tomaron los toros como tema preferente. Porque Goya era un sempiterno aficionado —apasionado— a las corridas y al trato con los actores de ese mundo desgarrado en el que viven hombres que se juegan la vida cada tarde...

Y se afirma fue, en sus años moceriles, venturero en las torerías que

tan abundantes eran en su Aragón natal.

Hasta los postreros días de su vida esta afición por los toros no le abandonaría, tanto que, en Burdeos, donde vivió aquellos años, plasmaría escenas taurinas, una prueba evidente de que *Don Paco el de los toros* no olvidó jamás la Patria ni su diversión más nacional.

Goya fue el creador genial de ese género llamado pintura taurina. Porque el tema lo sentía. Era su libera-

ción de la pintura *oficial* y de la «de encargo». Al margen de la *Ilustración*, él se sentía *pueblo*. Y la fiesta de los toros fue siempre del pueblo, de ese que, en España, ha hecho siempre las grandes cosas...

No trataré de hacer un catálogo de las pinturas, grabados, etc., que don Francisco legó a la posteridad de su tema preferido. Eso lo dejo a los expertos. Pero sí, en cambio, las semblanzas de los lidiadores de su época o de la más próxima, aunque es pro-



bable que no pudiera haber visto torear a cuantos retrató, y por no haberlos alcanzado, suponemos oyó referir las hazañas realizadas en los cosos porque *vox populi* las recordaba.

Aquí, pues, voy a referirme, sólo y exclusivamente, a los diestros que figuran en sus pinturas y en sus aguafuertes, pero nominalmente.

Y éstos fueron:

Mariano Ceballos «el Indio», Manuel Rendón, Nicolasa Escamilla «la Pajuelera», Pedro Romero, Fernando de Toro, José Delgado «Pepe Illo», Juan Apiñani, «Martincho», el Licenciado de Falces, Joaquín Rodríguez «Costillares» y José Romero.

Unos más, otros menos, torearon casi todos en la plaza de toros de la

el de 1766; la tercera, en 1773, para casarse con Pepita Bayeu, avicinándose definitivamente en nuestra capital al año siguiente. Y durante medio siglo viviría Goya en Madrid, impregnándose su pintura de madrileñismo y haciendo amistad con casi todos los toreros, muchos, que desfilaron por el inolvidable coso de la Puerta de Alcalá.

## LOS DIESTROS

De los once toreros que he mencionado, excepto los dos últimos, todos los demás figuran nominalmente en la «Tauromaquia» o en «Los toros de Burdeos».

Respecto a las tres figuras cumbres de la tauromaquia que ejercie-

aun cuando se atribuyen a su pincel otros dos. Unos y otros se hallan en colecciones particulares; dos en España y los otros dos en el extranjero.

Las dudas fluctúan entre las técnicas, por parte de los expertos, y los datos biográficos del famoso espada. Lo que se ignora es que hubo dos Joaquín Rodríguez «Costillares», padre e hijo, éste el que nos ocupa, y que yo he visto torear juntos —en los documentos, se entiende— en la plaza de la Puerta de Alcalá madrileña.

**José Delgado Guerra «Pepe Illo» (1754-1801).** Su vida activa como torero, entre 1769 y el momento de su cogida y muerte en el madrileño coso de la Puerta de Alcalá.

También fue Goya amigo del bullidor, alegre y desenfadado diestro, ocho años más joven que el pintor, que quedaría impresionado por su trágica muerte, como lo quedó España entera.

Don Paco plasmó a «Pepe Illo» en su «Tauromaquia»: Lámina 29: «Pepe Illo» haciendo un recorte al toro»; lámina 33, «La desgraciada muerte de «Pepe Illo» en la plaza de Madrid», en que se ve al diestro tendido en el suelo. En las láminas no publicadas por Goya, hay dos, con el epígrafe «Muerte de «Pepe Illo»» (primera variante), en la cual figura un torero tratando de pinchar al toro con una vara en los cuartos traseros y, en la otra variante, se ve a un varilarguero procurando hacer el quite.

**Pedro Romero Martínez (1754-1839),** el coloso del siglo XVIII —y de los siguientes y antecedentes—, tuvo por amigo y apasionado al gran aragonés.

Pedro Romero comenzó a torear en 1771 y se retiró en 1799.

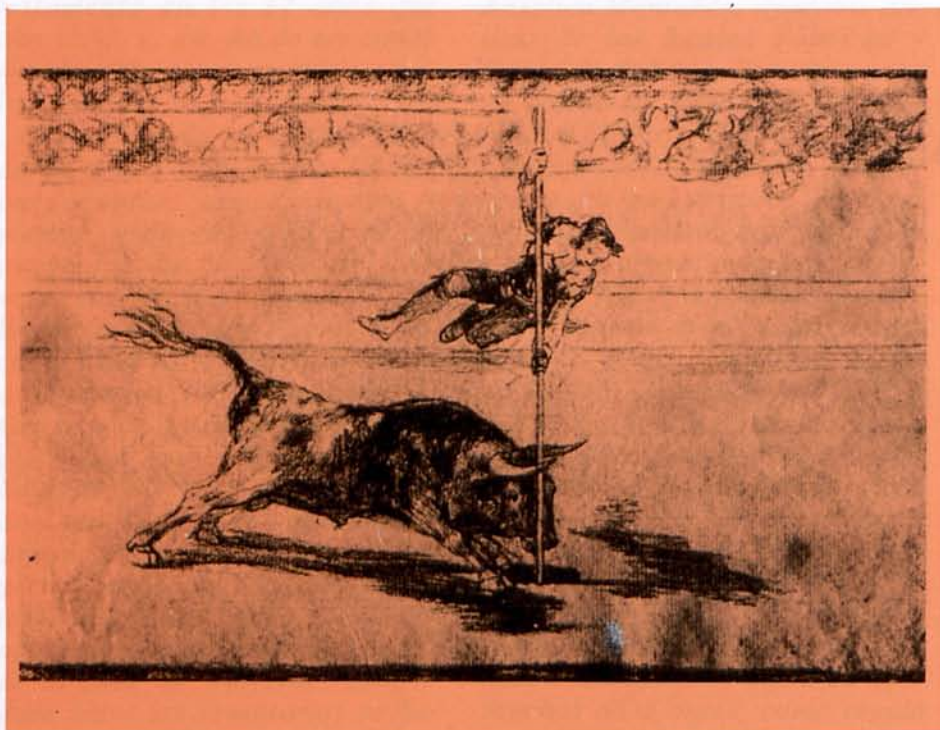
Goya inmortalizó a Romero en dos retratos al óleo, ambos en colecciones extranjeras. En la «Tauromaquia» sólo figura el gigantesco torero en la lámina 30 bajo el epígrafe «Pedro Romero matando a toro parado.»

Estas tres inmensas figuras, pues, fueron contemporáneas de Goya. Lo que el pintor plasmó, aunque lo hiciera bastantes años después, lo vio «con sus propios ojos».

Otro contemporáneo del pintor fue:

**José Romero Martínez (1745-1826),** hermano de Pedro y notabilísimo lidiador, cuya vida profesional se extiende entre 1762 y 1804.

José Romero también fue amigo personal de don Francisco. Y éste retrató al diestro en dos óleos, uno



«Ligereza y atrevimiento de Juanito Apiñani en la Plaza de Madrid».

Puerta de Alcalá, contratados por la Real Junta de Hospitales, generalmente para temporadas completas, y sólo en ocasiones la Junta concedía permisos a los diestros para que actuaran en corridas sueltas en otras poblaciones españolas, por lo que Madrid fue ciudad privilegiada para ver torear a las mejores figuras de cada momento.

\* \* \*

Por vez primera viene a Madrid el aprendiz de pintor, Francisco de Goya, en el año 1763; la segunda, en

ron su profesión en el último tercio del siglo XVIII, a los que Goya trató, voy a decir apenas nada por haber sido extensamente biografiados por diversos tratadistas:

**Joaquín Rodríguez «Costillares» (1748-1800),** dos años más joven que el pintor, tuvo una vida profesional que se extendió del año 1770 al de 1790.

Goya fue amigo personal del famoso torero, aunque sus preferencias taurinas se inclinaban del lado de Pedro Romero. Plasmó al gran diestro en un par de retratos al óleo,



en la colección española del duque de Ansola y el otro en la colección Eisler, de Viena.

**Fernando de Toro.** «Recortes», en «La Tauromaquia en el siglo XVIII», escribe acerca de este notable diestro:

«Uno de los más afamados lidiadores de a caballo de la época llamada de transición, o sea, la que media entre los rejones y la vara de detener, fue Fernando del Toro, que vio la luz en Almonte (Huelva) en el primer tercio del siglo XVIII.

Vemos por primera vez su nombre en los documentos de Tablantes en su obra sobre la plaza de la Maestranza, en la que toreó en 1762.

Viene a Madrid en 1763; toma parte en dieciséis de las veinte corridas celebradas, perdiendo cuatro por heridas y enfermedad, siendo las lesiones más graves las recibidas en la corrida de 8 de agosto. De este percance se hace eco don José Daza, en esta forma: «Cierta tarde, en Madrid, dio Fernando del Toro cuatro caídas peligrosas, y no pudo atribuirse a otro motivo que al que él aguardaba y los otros huían.»

Como es sabido, en aquel tiempo los picadores permanecían en el ruedo durante toda la lidia, cambiándose de lugar al aproximarse el toro. Este picador debía [de] acostumbrar a no moverse del sitio donde se hallaba, y si era acometido se defendía con la garrocha, lo que no impedía que, a veces, reses codiciosas le derribasen, y a esto es a lo que Daza se refiere.

Fernando del Toro volvió a Sevilla en 1764, y de nuevo vino a Madrid en 1765, y en una corrida verificada en la Plaza Mayor, en la que alternó con Daza y Ravisco, sufrió una cogida, de la que el cirujano de servicio da cuenta al presidente, marqués de Esquilache, diciendo: «Fernando del Toro, torero de a caballo, natural de Almonte, ha salido herido en la pierna derecha.»

Desde esta fecha perdemos la pista de este gran varilarguero, del que hacen elogios Daza, don José de la Tixera y don Nicolás Fernández de Moratín.»

Efectivamente, yo le veo toreando en Madrid en 1763 en los documentos del Archivo de la Diputación Provincial (Leg. número 2-4). Y en 1766 en una «Representación al Conde de Aranda para que libre sus órdenes a que vengan a torear en las fiestas de toros los toreros», en que se le menciona junto a otros como

torero de a caballo, «residente en Almonte», que estaban toreando en Andalucía. Veo su nombre también en un escrito del duque de Medina Sidonia, a quien se pedía influyera sobre Fernando de Toro y otros lidiadores de sus estados de Andalucía para que vinieran a torear a Madrid en 1769, y a quien se abonaría mil reales por corrida y seiscientos para los viajes de ida y vuelta. Debíó de venir a Madrid por cuanto se le dio como gratificación «un caballo capón negro estrellado con este hierro M...», que costó 1.320 reales, y en las nóminas figura con 1.200 reales por función, mientras a Apiñani, por ejemplo, «por saltar el toro» le abonaban 240.

Vuelve a torear en Madrid en 1770, considerándosele de entre los «toreros de a caballo de los mejores».

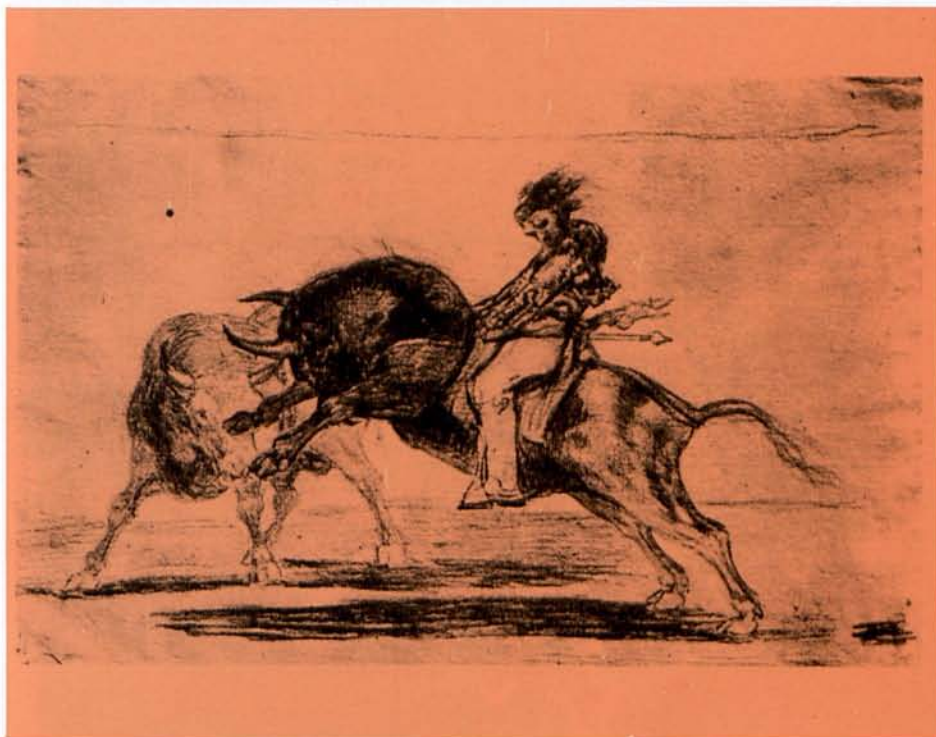
Toreó también en la Corte en 1772, y no vuelvo a leer su nombre

lebre Fernando del Toro, varilarguero, obligando a la fiera con su garrocha».

**Manuel Rendón.** «Recortes» no registra el nombre de este varilarguero en su obra anteriormente citada. Le veo por vez primera y única en los documentos, como torero de a caballo, en la temporada madrileña de 1775.

Establecido el pintor en la Villa y Corte, de asiento, el año anterior, bien pudo verle actuar en el de 1775.

El notable investigador Luis del Campo Jesús en «Toreros goyescos en Pamplona» expresa que en 1776 fue Rendón a Pamplona acompañando a Diego Lozano, que era quien a aquel Ayuntamiento interesaba para torear en San Fermín, percibiendo 1.280 reales cada uno, más que los de a pie, pues los de a caballo eran parte principal en las corridas de aquellos tiempos.



*El mismo Ceballos, montado sobre un toro, rejonea a otro en la Plaza de Madrid.*

en los documentos referentes a Madrid. Pero si «Recortes» le pierde la pista en 1765, me alegro de haberle yo prolongado la vida profesional siete años más...

Por tanto, el pintor pudo verle torear en alguna de sus estancias en Madrid, sobre todo en la de 1763, aunque el varilarguero debió de alcanzar la fama posteriormente.

Figura en la «Tauromaquia», lámina 27, bajo este epígrafe: «El cé-

Se contaba con Rendón en la vieja Iruña para sus corridas de San Fermín del año siguiente de 1777, pero en carta de 16 de junio escrita por Sánchez Muniaín al Ayuntamiento, decía:

«Muy señor mío, con motivo de haber llevado en la corrida de hoy [en Madrid], Manuel Rendón, un golpe del que ha echado sangre por boca, narices y oídos, y aseguran no pasará de esta noche...»



Y comenta Luis del Campo Jesús: «Por lo tanto, me permito afirmar, según documentación epistolar existente en la actualidad en el Archivo Municipal de Pamplona, que Manuel Rendón muere en pleno auge de sus facultades, víctima, no del asta homicida, sino de resultas de caída desde el caballo en que picaba. Médicamente, puede afirmarse que, a consecuencia del golpe, sufrió fractura de la base del cráneo traducida por otorragia doble. El amplio sombrero con que lo diseña Goya no fue suficiente para atenuar el fatal traumatismo, a pesar de su voluminosa copa con la clásica forma de medio queso, sus extensas alas planas, circulares y rígidas, de dureza semipéfrica.

Goya perpetuó con sus mágicos pinceles a este Manuel Rendón, des-

**Nicolasa Escamilla, «la Pajuelera».** «En la corrida del 8 de agosto del mismo año [1748, en Madrid], Sebastián de Santander y Juan Merchante picaron con vara los toros de la mañana, y Juan de Luna y José Daza emplearon los garrochones en la de la tarde.

En esta misma corrida quebró rejones en dos toros —de la tarde— la famosa *Pajuelera*, Nicolasa Escamilla, immortalizada por Goya.

Se anunció: «Esta mujer, soltera, lo hace con beneplácito de su padre, como lo hizo el año anterior en Valdemoro, con gran lucimiento y destreza en el manejo del caballo.»

Esto es cuanto dice «Recortes» en su citada obra sobre aquella mujer torera. Veamos lo que escribió el padre Martín Sarmiento en «Toros en Galicia...», compuesto hacia 1762:

no diría Quevedo si la viese? No dudo que apuntaría todos los equívocos sobre el significado del toro toreado por una mujer a vista de tanto marido...»

Quizá en 1748, «la Pajuelera» estuviera en sus inicios profesionales, pues en el cartel no se hubiera invocado solamente a Valdemoro como lugar en que el año anterior había actuado con lucimiento, sino alguna otra plaza de mayor importancia, como la de Zaragoza, que es en la que Goya la recuerda, y donde, probablemente, el pintor tuviera ocasión de verla siendo mozo.

Entre los muchos diestros que el antiguo varilarguero y tratadista José Daza menciona, figura esta torera, de la que dice era natural de Valdemoro y de quien asegura haberla visto entrar en el coso y enfrentarse con el toro cantando, «como los antiguos españoles entraban cantando en las batallas, sin que el pánico susto les impidiese lo festivo».

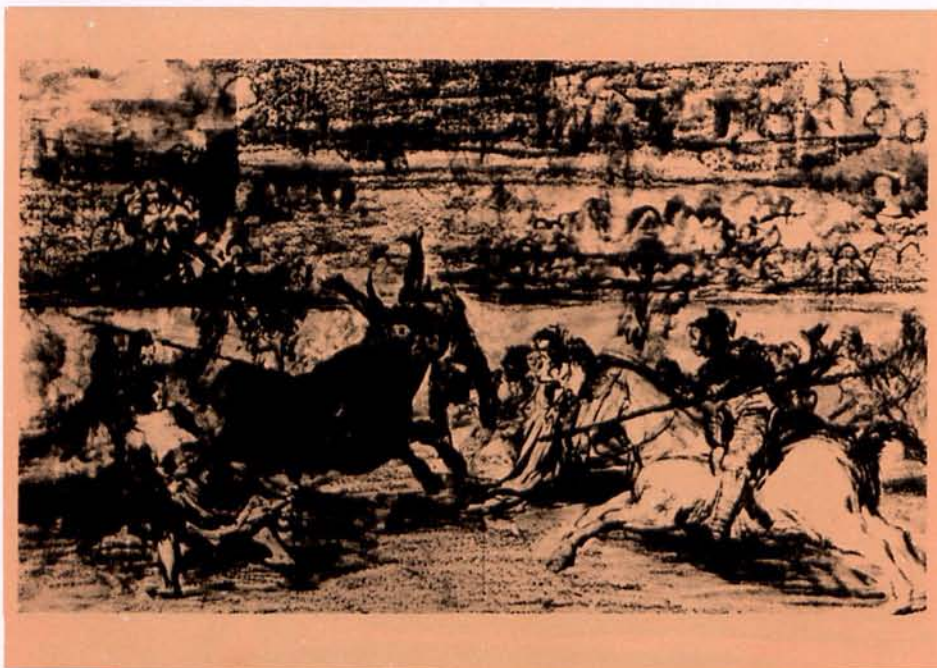
El genio de Fuendetodos la recordó en la «Tauromaquia», lámina 22: «Valor varonil de la célebre «Pajuelera» en la plaza de Zaragoza.»

**Juan Apiñani.** La primera vez que veo en documentos el nombre de este lidiador es en los del Archivo de la Diputación de Madrid, legajo 2 bis, correspondiente al año 1765, que se refieren a las corridas reales en la Plaza Mayor y a las normales de la temporada en la de la Puerta de Alcalá.

En el año 1767, para la corrida de la tarde, 7.<sup>a</sup>, de jueves 6 de agosto, el empresario Arana informa a la Junta, entre otras cosas, que de los dos siguientes toros «el 1.<sup>o</sup> le saltaría con vara Juanito el Navarro...». En 1769, cobra «por saltar el toro» 240 reales. En 1770 veo su firma, Juan Apiñaniz, en la nómina, pues estuvo previsto para torear en Madrid: «Juan de Apiñaniz el Navarrito, éste avisa por medio de un tío suyo, que es peluquero en esta Corte, está pronto a venir a servir en las fiestas de los Reales Hospitales, y se le dan por cada una 300 reales de vellón.» Lo mismo percibiría en 1772. Y en 1773.

Bajo el epígrafe *Los Apiñani*, Luis del Campo Jesús, estudia a esta familia en «Toreros goyescos navarros», y expresa:

«Calahorra, sin dudarle, fue la ciudad de la que salieron el mayor número de los llamados toreros vasco-navarros, entre los que sobresalen los Apiñani, a veces con grafía



*Muerte de «Pepe Illo» («Tauromaquia», de las no publicadas por Goya).*

graciado torero de a caballo, cuya única actuación en Pamplona hoy rememoro, auténtico éxito que le valió la contrata para la corrida de San Fermín del siguiente año, 1777. No pudo cumplirla al morir en el mes de junio, víctima de su arriesgada profesión; pasó a la inmortalidad merced al arte del genial pintor de Fuendetodos.»

Efectivamente, Goya lo recordó en la lámina de la «Tauromaquia» número 28: «El esforzado Rendón picando un toro, de cuya suerte murió en la plaza de Madrid.»

«No hace muchos años que en Madrid se presentó en la plaza pública una mujer para torear, y que de hecho toreó. Llamábanla *Pajuelera*, porque cuando mozona había vendido alguaguidas o pajuelas de azufre en un cuarto. Este fenómeno ha sido la ignominia del devoto femenino sexo barbado que toleró y dio licencia para que saliese al público semejante monstruosidad.

¿Qué ha sido aquello, sino ridiculizar la fiesta de toros? Y ¿qué cosas



en los documentos, distinta: Apiñániz, Apillániz...

Considero —prosigue— constituyen la familia más numerosa de toreros de su tiempo, superior en número a la de sus contemporáneos y famosos los Palomo. En diversos libramientos de cuentas se especifica «hermanos» y todo concuerda para afirmar tal fuera su parentesco.»

Dice que algunos de ellos torearon en Pamplona entre 1754 y 1775. Se llamaban Manuel, Santiago, Emeterio, Juan, Pascual o Pascasio y Gaspar. El superdotado de los Apiñani era Manuel, a quien apodan el «Tuerto» o el «Tuertillo», de Calahorra, o el «Navarrito».

Y bajo el epígrafe exclusivo *Juan Apiñani* escribe «se trata del Apiñani más conocido o recordado en los tiempos actuales. Juan, o Juanito como lo designa Goya, era un buen banderillero a juzgar por algunos documentos. Sus honorarios son siempre aceptables, y la mayoría de las veces, figura como torero de banda. Sin embargo, su habilidad debió [de] cifrarla en la suerte de la garrocha, o como entonces calculo se la denominaba, «la del palo». Así lo pintó Goya, perpetuándolo en uno de sus más luminosos y bellos aguafuertes, el catalogado con el número 20 de su serie «Tauromaquia», apostillándola con el siguiente pie: «Ligereza y atrevimiento de Juanito Apiñani en la plaza de Madrid.»

Continúa diciendo que Juan Apiñani toreó por vez primera en Pamplona, como venturero, en 1754, y que cobró cuarenta reales.

Y como yo le veo toreando en Madrid por vez postrera en 1773, hay que admitir que en esos veinte años en que se dedicó al ejercicio del toreo, el pintor pudo verle, especialmente en el último año citado, en que vino a Madrid para unirse en matrimonio con la Bayeu.

«**Martincho**». He aquí uno de los más controvertidos aspectos de la historia taurina: la de saber a ciencia cierta a cuál de los varios «Martincho» se refería Goya en sus repetidos aguafuertes.

Siguiendo a Luis del Campo Jesús, que ha visto documentos del Archivo Municipal de Pamplona, podemos decir que Martín Bassun, de Ejea, toreó en aquella ciudad entre 1739 y 1744 ajustándose con otros compañeros para rejonear, usar la vara larga y torear a pie. Parece que la grafía del apellido en vascuence es Bassun, que significaría «algo del bosque» y no Ebassun.

Antonio Bassun, vecino de Ejea, es designado en los documentos con el apodo de «Martincho», «que a partir de 1747 toreó reiteradamente en Pamplona».

Con el apodo de «Martincho» dice, es evidente existían en la misma época dos lidiadores: «Uno, se llamaba Martín Barcáiztegui e ignoro su residencia habitual... [y]... tampoco se le establece parentesco directo con otros toreros. En cambio, Antonio Bassun, avocindado en Ejea de los Caballeros, contaba entre sus familiares por lo menos un lidiador de reses bravas; con toda probabilidad, el mote «Martincho» provenía de este Martín Bassun, sin duda de más acusada huella en los cosos taurinos que Antonio.»

Este, toreó en Pamplona entre 1747 y 1764 casi siempre de vara larga y rejón y alguna vez a pie, sin hacerse referencia a las suertes del

tipo de las dibujadas por Goya. Lo mismo puede decirse de Martín Bassun

El Martín Barcáiztegui «Martincho», de Oyarzun, fallece en Deva en 1800, a los sesenta y cinco o setenta años de edad. Según Luis del Campo, Barcáiztegui toreó acompañando a José Leguregui «el Pamplo-nés», en Bermeo el año 1750, dato tomado de «Vizcaya taurina», de Antonio Arocena.

Así, pues, hubo, en la misma época, la de Goya, por lo menos tres «Martincho»: Martín y Antonio Bassun y Martín Barcáiztegui, los dos primeros de Ejea de los Caballeros y el tercero de Oyarzun.

Por mi parte, puedo decir que Natividad Moreno Garbayo, en su «Catálogo de los documentos referentes a diversiones públicas conservados en el Archivo Histórico Nacional...» registra el siguiente documento:



«Costillares».



«5.446 —Carta de Antonio Bassur a don Benito Domínguez (¿de Valencia?) diciendo que el marqués de la Ensenada ha dispuesto una fiesta de toros para el día 5 en Madrid, y le han hablado para que vaya con su cuadrilla.—Madrid, 17 de agosto 1748 »

Nicolás Fernández de Moratín, en su «Carta histórica...» (Madrid, 1776), menciona como hechos ya pasados las «cuadrillas de navarros y andaluces que lucieron a competencia» y que «trajo el marqués de la Ensenada», noticia que completa una anterior: «Fue insigne el famoso Melchor [Calderón] y el célebre "Martincho" con su cuadrilla de navarros, de los cuales ha habido grandes banderi-

garmente llamaron el monstruo andaluz, por haberlo sido en realidad, tanto en el manejo de la capa como en el de la espada; pues hasta su tiempo no se vio otro igual. En poner banderillas excedió de los límites que habían tocado los más diestros navarros, porque las partía por medio y después las clavaba a cachetes o puñetazos...»

Esto en cuanto al principal de la cuadrilla de andaluces traídos por el de la Ensenada. Veamos sus elogios a quien encabezada a los competidores navarros:

«Al conocido por Martincho... el inimitable, porque, en efecto, lo era en los quiebros o ceñidos recortes

y deteniendo— que a pie —capeando, banderilleando y estoqueando—, en una variedad muy del gusto del público...»

Antonio Bassun, que se considera viejo y pobre en 1761, debió de torear por última vez hacia 1764 en Pamplona. Como lo venía haciendo por lo menos desde 1747, resulta que estuvo en activo alrededor de veinte años. Goya pudo verle en Zaragoza en 1759 o en 1764 en el ocaso de su fama, por lo que, y para seguir subsistiendo, hubo de hacer estas suertes:

«Tauromaquia», lámina 18: «Temeridad de Martincho en la plaza de Zaragoza», en que lo representa citando a matar sentado en silla y con un sombrero por muleta.

La lámina de la serie inédita representa la misma suerte, pero con muleta.

En la 19, «Otra locura suya [de "Martincho"] en la misma plaza», la de Zaragoza, nos muestra al diestro subido a una mesa y esperando la embestida para realizar el salto de cabeza a rabo.

Aun sin haber dispuesto de fuentes directas, sino tomando de aquí y de allá, creo dejar provisionalmente resuelto el enigma del «Martincho», de Goya. Que es, ni más ni menos, que Antonio Bassun, el de Ejea, que tuvo por escenarios principales de sus hazañas a Madrid, Pamplona y Zaragoza.

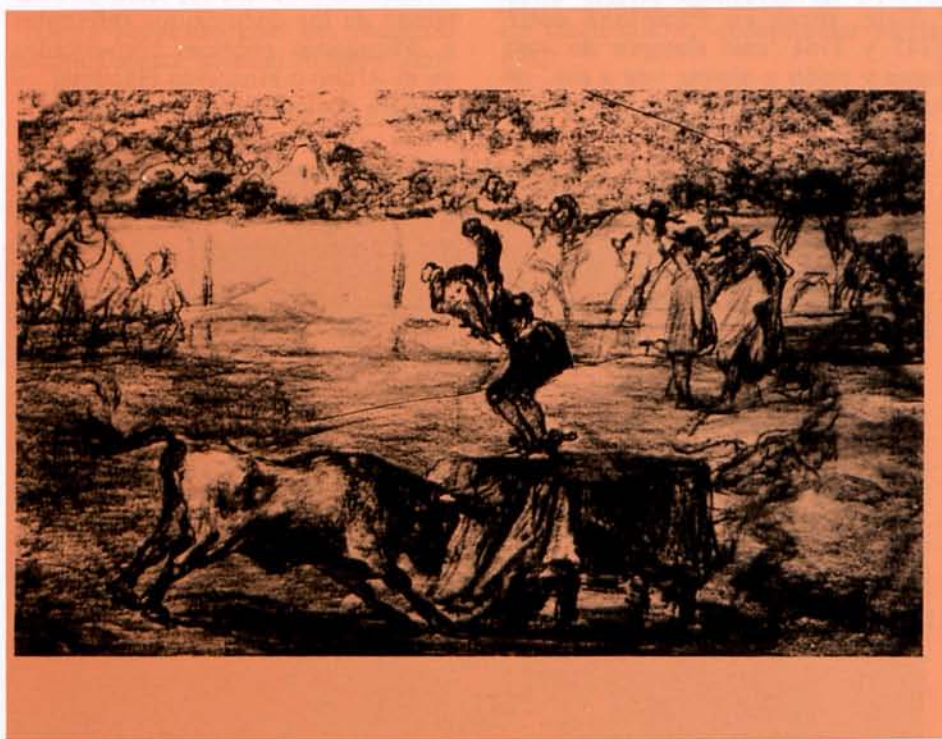
«Martincho» ha sido un privilegiado en ese negocio de la inmortalidad, porque Goya se la dio con largueza, pues además de las láminas mencionadas, atribuyen a nuestro pintor un retrato del torero de colección particular en Noruega.

**El Estudiante de Falces.** Como cuando toreaba era estudiante todavía, por eso hemos titulado así este epígrafe. Y siguiendo a Luis del Campo Jesús, que nos parece el más fiable, diré que Falces fue cuna de toreros, entre ellos de Bernardo Alcalde y Merino, nacido en 1709 en el seno de familia distinguida, se hizo sacerdote, esto es, licenciado.

Documentalmente, se puede probar toreó en Pamplona en 1738, 1740 y 1744. Sus panegiristas, Tixera y Daza, que quizá no le vieron torear —como tampoco quien le inmortalizó, Goya—, escribieron:

El primero, en 1801, se expresó así:

«... D. Bernardo Alcalde (vulgarmente conocido por el licenciado de Falces, natural del pueblo titulado así en el Reino de Navarra) fue im-



«Otra locura suya [de «Martincho»] en la misma plaza», de Zaragoza.

llos y capeadores, como lo fue el diestrísimo licenciado de Falces.»

No cabe duda. El «célebre Martincho» que vino por impulso del marqués de la Ensenada era Antonio Bassun, el de Ejea, y que toreó en una de las plazas de toros de madera de la Puerta de Alcalá.

Coincide, además, en que estos navarros eran grandes banderilleros, y en la lámina 15 de la «Tauromaquia» dibuja Goya a «Martincho» así: «El famoso "Martincho" poniendo banderillas al quiebro »

Don José de la Tixera en «Las fiestas de toros», escribió:

«Melchor Calderón, al que vul-

que hacía a los toros con el cuerpo y las banderillas... Fue el más sobresaliente lidiador de su país y el único que pudo competir con el citado Calderón.»

Daza, en 1778, escribía que «De la misma Navarra el no bastante aplaudido "Martincho", que en el estilo de poner banderillas fue el primero y el último que ninguno le ha imitado, y en lo demás siempre fue distinguido».

La siguiente lámina, la 16 «Martincho» vuelca un toro en la plaza de Madrid, se halla dentro de ese cúmulo de habilidades que realizan los lidiadores de la época, puesto que lo mismo torea a caballo —rejoneando



ponderablemente diestro, con singularidad en hacer recortes o cuarteos a los toros, sin desembarazarse de la capa. Con ella en la mano ejecutó difíciles y primorosas suertes, al estilo de su país. Saltaba los toros en la más rápida carrera con mucha facilidad; a todo lo que atribuía principalmente su extraordinaria ligereza...

Daza, por su parte, escribió:

«El Estudiante de Falces, que en los juguetes y primores con los toros, ninguno de ésta ni de las otras partes de España le igualó. De él oí decir a uno muy juicioso y hábil que había consentido no poder hacerse aquellas travesuras del Estudiante, sin impacto implícito.»

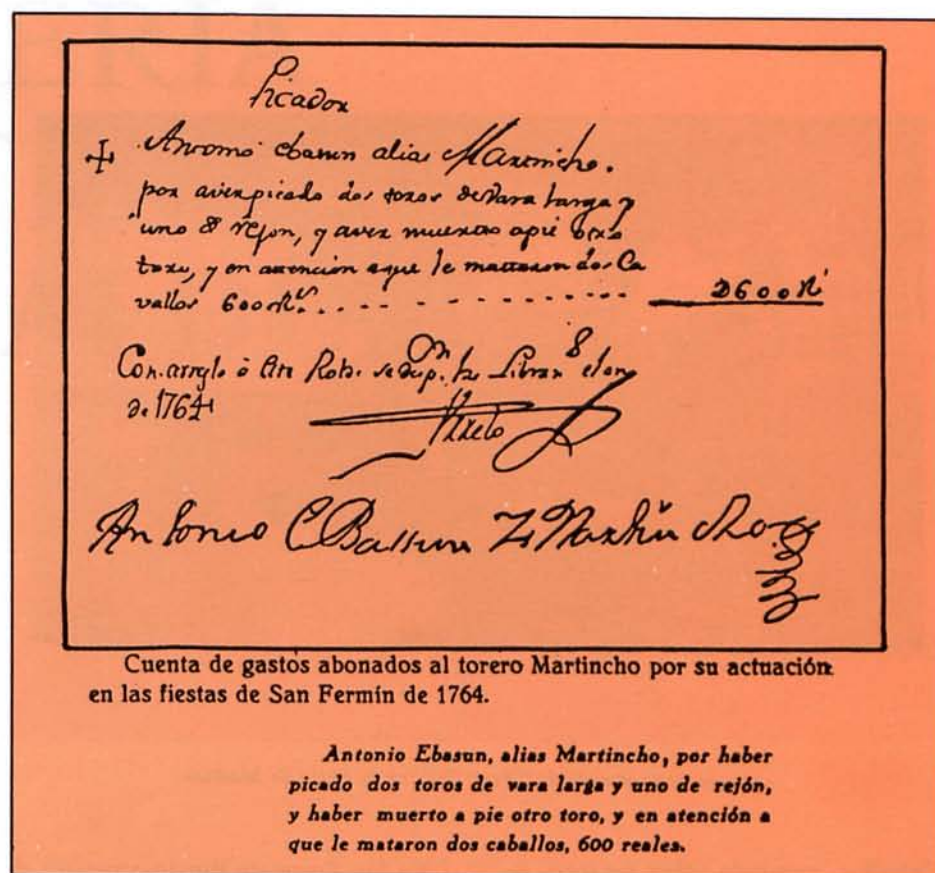
Por culpa de sus torerías, debieron de durarle mucho sus estudios, y cuando ya era sacerdote y maduro, según Vargas Ponce, estaba don Bernardo arrepentido de sus arrojados y temeridades taurinas de su época de estudiante...

Don Francisco lo representó esquivando la embestida en la lámina 14 de su «Tauromaquia»: «El diestrisimo estudiante de Falces, embozado, burla al toro con sus quiebros», guiándose por el texto de la «Carta histórica...», de Moratín, como lo hizo en las anteriores, pues las demás lo fueron sobre experiencias vividas en las plazas de toros.

**El indio Ceballos.** Por considerar que Luis del Campo Jesús es el historiador que, como en las biografías anteriores, aporta más datos fehacientes, he de seguirle en la de este lidiador hispanoamericano, creo que peruano. Llegó a España en 1770, actuando en el Puerto de Santa María el 5 de agosto de aquel año.

Al Ayuntamiento de Pamplona solicitó torear para los Sanfermines de 1775:

«Mariano Zeballos (nombrado el Indio) con la mayor veneración, dice que, habiendo llegado a esta Ciudad con el ánimo de divertir a V. S. y demás que concurren a la festividad y diversión de toros que en obsequio de su Patrón San Fermín celebra V. S., y siendo el suplicante matador de toros, banderillero de a pie y a caballo, con la singularidad de entrar en la plaza en un arrogante caballo desde el que enlazará, amarrará y ensillará un toro, y montado en él tocará una guitarra, y con vara larga picará a otro que se le sacará, y después de matar al en que va montado hará lo mismo al otro; con algunas otras cosas divertidas que mediante



(Archivo Municipal de Pamplona.)

el beneplácito de V. S. ejecutará como ha hecho en presencia de las personas Reales y otras capitales de España, en cuya atención, suplica a V. S. se digne concederle su permiso con facultad de usar de la plaza a su arbitrio en la satisfacción de que desempeñará como lo ha ejecutado en muchas partes; favor que espera de su acreditada galantería.»

Como se ve, se presentó como venturero, es decir, sin estar previamente apalabrado por aquel Ayuntamiento. Y que Ceballos, como otros tantos lidiadores de la época, tenía un repertorio variado.

Actuó el lunes 10 de julio de 1775.

En las cuentas figura: «Indio. Mariano Ceballos, capeó a caballo bien, ensogó y montó un toro ensillado y desde él picó otro, y mató los dos, todo bien. Toreó y estoqueó a pie, pero en esto es poco papel.»

Le abonaron cantidad poco frecuente: mil reales de vellón, más cuarenta reales de un toro.

El interés por su toreo debió de decrecer, pues cuando en 1778 vuelve a actuar ante los pamploneses, cobró menos, a pesar de la ampliación de su repertorio. En las cuentas consta: «Indio. A Mariano Ceballos, que toreó a pie, y a caballo

capeó, clavó banderillas, y mató un toro con la espada, con inclusión de cuarenta reales por el mismo toro que se aplicó, seiscientos reales. El valor del toro se lo pagó la Misericordia, donde se llevó.»

En la misma corrida el varilarguero Diego Lozano, 1.120 reales y «Costillares», 2.080, incluidos dos toros.

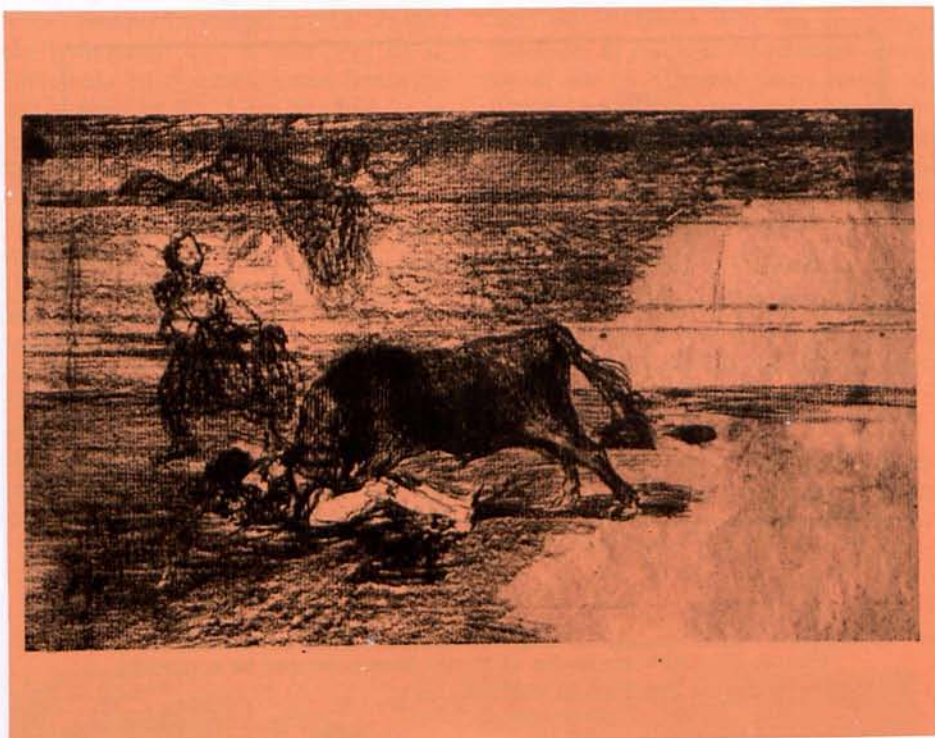
En 1779, volvió a Pamplona: «Indio. A Mariano Ceballos, que también vino voluntario y toreó a pie, capeó y puso banderillas a caballo y ensogó en la Taconera un toro que escapó la mañana de la prueba saltando la barrera, seiscientos reales.»

Por última vez, actuó en Pamplona en 1780: «Al Indio Mariano Zeballos, que vino voluntario y se le permitió torear a pie, capear a caballo, ensillar y montar un toro de los de Castilla, habiendo perdido un caballo, se le dieron seiscientos sesenta y un reales de vellón.»

Ese mismo año el indio Ceballos caería, víctima de su profesión, en Tudela. Así lo indica Vargas Ponce.

Goya grabó dos láminas de la «Tauromaquia» representando al Indio: la número 23, «Mariano Ceballos, alias el Indio, mata al toro desde su caballo»; la 24, «El mismo





«Desgraciada muerte de "Pepe Illo" en la Plaza de Madrid»

Ceballos, montado sobre un toro, rejonea a otro en la plaza de Madrid». Y una de entre las inéditas: «Mariano Ceballos rejoneando sobre un toro», en la plaza de Madrid.

En los Toros de Burdeos repitió el personaje: «El famoso americano Mariano Ceballos.» Y con el mismo título un óleo sobre lienzo de 0,60 x 0,90, en la fundación Reinbart, Win-

terthur.

Aunque no he podido averiguar —por falta de documentos, que desaparecieron en la última contienda civil del Archivo de la Diputación de Madrid— en qué fecha o fechas toreó Ceballos en la Villa y Corte, sé que habitualmente residía aquí, es muy probable lo hiciera entre 1770 y 1780, y que don Francisco le viera torear, pues se halla dentro del período en que el pintor estaba vecindado junto al Manzanares.

\* \* \*

Mariano Sánchez de Palacios sugirió en «El Ruedo» de 17 de julio de 1952 una idea que, si fuera factible, podría llevarse a cabo en Madrid, no sólo por haber sido siempre la ciudad taurinamente más importante, sino porque tuvo a Goya durante tantos años como vecino, como vecino insigne:

«Sería curioso —escribe— el que se pudiera recoger en un único Museo toda la obra taurina de Goya, porque sería tanto como crear el más trascendental y valioso conjunto de un tema que, aparte de su españolidad, ha significado el punto de arranque y el cimiento de toda la pintura taurina de los últimos tiempos.»

F. L. I.



# LA GALERIA DE RETRATOS DE ALCALDES (CONTINUACION)

Por José DEL CORRAL

17

## DON FRANCISCO DE CUBAS Y GONZALEZ MONTES, MARQUES DE CUBAS

**F**UE Alcalde el célebre Arquitecto, ya hacia el final de su vida (1826-1898) desde el 6 de noviembre de 1892 al 1 de diciembre del mismo año. Continúa la serie de Alcaldes efímeros, apenas acostumbrados a su puesto, cuando ya removidos en el mismo.

Entre Vistahermosa y Cubas estuvo el segundo mandato de Bosch y Fustegueras, del que hicimos mención.

Apenas podemos decir de este Alcalde, de menos de un mes de desempeño, que renunció, en beneficio de la Corporación, a los gastos de representación; realizó una importante Memoria sobre el Presupuesto Municipal; ordenó algunas cesantías por inmoralidad y retiró a la Mariblanca de la Plaza de las Descalzas. En su tiempo se inauguró la Biblioteca Nacional.

En su retrato, de frac y con el bastón de mando y fajín municipal, luce varias grandes cruces y las Medallas de dos Corporaciones Académicas.

18

## DON NICOLAS PEÑALVER ZAMORA, CONDE DE PEÑALVER

**T**RES veces fue Alcalde de Madrid el conde de Peñalver. Esta primera sólo durante catorce días: de 1 de diciembre de 1892 a 14 de diciembre del mismo año. La segunda se extendió del 26 de marzo de 1895 al 13 de febrero de 1896 (de entonces al retrato) y la tercera del 28 de octubre de 1907 al 23 de octubre de 1909. Sucedió directamente al Marqués de Cubas.

Nada podremos decir del primer mandato de dos semanas. De su segundo período son los edificios municipales de los antiguos distritos de Palacio, Universidad, Inclusa y Latina; se comienza en este período a extender permisos de circulación a las bicicletas y en él se llega a 150 permisos. Añadamos los arreglos efectuados en las calles de Preciados y plaza de Neptuno.

En su tercer período intensifica su pasión por la realización de la Gran Vía, cuyo comienzo deja muy próximo y en cuyo desarrollo posterior también intervendrá activa y personalmente.



Su retrato, fechado en 1899, es también de la serie encomendada a J. Díaz Molina. Aparece de levita, sin joyas ni condecoraciones, salvo un alfiler de corbata formado por una turquesa rodeada de perlas. Su mano se apoya en una mesa, sobre un plano de la Casa de la Villa.

---

19

### DON ALVARO DE FIGUEROA Y TORRES, CONDE DE ROMANONES

**D**OS veces fue Alcalde el conde de Romanones, la primera, del 15 de marzo de 1894 al 26 de marzo de 1895. La segunda, del 4 de octubre de 1897 al 7 de marzo de 1899.

En la serie cronológica de Alcaldes, faltan en la Galería los retratos del conde de San Bernardo y don Santiago Angulo. Después fue la primera Alcaldía Romanones y a continuación falta también el de don Joaquín Sánchez de Toca, que fue Alcalde entre la primera y la segunda vez que ocupó la Alcaldía Romanones.

De la primera etapa recordaremos la sustitución de la fuente de la Puerta del Sol por una farola central. De la segunda, la célebre huelga de panaderos; la creación de la Junta Central de Mercados; reglamentación de las funciones de los Alcaldes de Barrio; solución de la Deuda Municipal; incautación del Servicio de Limpiezas; plan de carretera de circunvalación; ampliación de la plaza de la Cibeles con traslado de la fuente al centro de la plaza; ensanche de la calle de Barrionuevo; organización de la Guardia Municipal a caballo, los «romanones»; tranvía Sol-Serrano (final); aprobó la electrificación de la primera línea de tranvías.

El retrato de Manuel Arroyo, fechado en 1898, lo muestra de levita sobre la que lleva la Cruz de la Orden de Santiago, con bastón de mando y el escudo con timbre condal en el ángulo superior izquierdo. Es un conde de Romanones muy joven, todavía en el inicio de una célebre carrera política.

---

20

### DON EDUARDO ROJAS ALONSO, CONDE DE MONTARCO

**A** «LCALDE de Madrid desde el 13 de febrero de 1896 al 2 de diciembre del mismo año, el Conde de Montarco vino a sustituir al de Romanones al final de su

segundo período.

Una gestión muy breve, muy bien recibida según los diarios de la época, de la que no hemos encontrado sucesos de relieve municipal que anotar aquí.

Su retrato, también como el anterior obra de Manuel Arroyo, lo presenta de frac, con el bastón de mando de la alcaldía y las insignias de la Gran Cruz de Carlos III.

---

21

### DON VENTURA GARCIA SANCHEZ, MARQUES DE AGUILAR DE CAMPOO

**A** LCALDE de Madrid desde el 7 de marzo de 1899 al 16 de abril de 1900 en que fue nombrado Ministro de Estado. El marqués de Aguilar de Campoo sustituyó en la Alcaldía al conde de Montarco, sin que esta vez se produjeran ausencias en la Galería de retratos.

De su paso por el Ayuntamiento recordaremos el derribo de numerosas casas viejas y la organización de la Beneficencia Municipal así como la creación de la Asociación Matritense de Caridad que había de cumplir sus fines durante muchos años.

El retrato es obra de Manuel de Ojeda y Siles, sevillano, discípulo de Esquivel, con mención honorífica en la Exposición Nacional de 1860 por su cuadro «Regreso de la guerra de Africa». Este retrato está fechado en 1900 y en él, el Alcalde, aparece vestido de levita, sin insignias ni condecoraciones.

---

22

### DON MARIANO FERNANDEZ DE HENESTROSA MIOÑO, DUQUE DE SANTO MAURO

**A** LCALDE de Madrid desde el 10 de julio de 1900 al 7 de marzo de 1901.

Sucedió al anterior efigiado y antecedió, a éste, don Manuel de Allendesalazar del que no hemos encontrado retrato en la Galería de Alcaldes. Su mandato fue de poco más de dos meses.

Santo Mauro reformó los pavimentos de la Villa; puso asfalto en la Puerta del Sol (lo que supuso un gasto de



183.000 pesetas); preparó las fiestas de la boda de la malograda Princesa de Asturias y reiteró la petición de subvención por Capitalidad, sin lograr resultados como en las ocasiones anteriores.

23

## DON ALBERTO AGUILERA Y VELASCO

TRES veces Alcalde de Madrid. La primera del 7 de marzo de 1901 al 10 de diciembre de 1902. La segunda del 15 de junio de 1906 al 28 de enero de 1907 y la tercera desde el 23 de octubre de 1909 al 12 de febrero de 1910.

Sucedió al duque de Santo Mauro, con lo que tampoco no se presentan esta vez ausencias en la serie de retratos.

Alcaldías muy fecundas y especialmente en este su primer paso por el Ayuntamiento, en el que establece la prolongación de Barquillo por Florida; termina la plaza de la puerta de Santa Bárbara; realiza los bulevares centrales de Sagasta, Carranza y Areneros (Alberto Aguilera, después); urbaniza las calles de Moret, Benito Gutiérrez, Orfila, Gaztambide, Romero Robledo, Rodríguez San Pedro y las dota de todos los servicios; asfalta la calle Mayor, Preciados, Ciudad Rodrigo, Carmen, Turco, Tetuán y Sevilla; pone piedra de basalto en la calle de Alcalá, a la vez que reduce la «joroba» a la altura de la calle Sevilla; arregla la Castellana, Prado, paseo de coches del Retiro y Yserías; hace plantaciones en el Retiro, parque del Oeste y montaña del Príncipe Pío. Crea una Junta Técnica de Obras encargada de hacer un plan general para todo Madrid; ensancha las calles de Colegiata, duque de Alba y Embajadores; construyó el Laboratorio Municipal, tres Casas de Socorro y dos grupos escolares; levanta las estatuas de Quevedo, Lope, Argüelles, Bravo Murillo, Eloy Gonzalo, Goya y Salamanca; aprueba el tranvía llamado «el cangrejo». Última que también derribara el Hospital de la Latina.

Durante las siguientes etapas crea el Asilo de Santa Cristina; levanta el Puente de la Princesa; se hace el tranvía a la Ciudad Lineal; se crea la Banda Municipal; levanta el quiosko de música de Rosales y la estatua del cabo Noval.

El retrato, de H. Palao, es de 1903 y nos lo muestra de uniforme, con la Gran Cruz de Carlos III. Junto a la mesa, a su lado, una alzada a color de una de sus creaciones favoritas: el Asilo de Santa Cristina, junto a libros que nos parecen de la «España» de la editorial Cortezo, la importante obra entonces en curso de publicación.

24

## DON EDUARDO DATO E IRADIER

ALCALDE de Madrid desde el 28 de enero de 1907 al 7 de mayo del mismo año. Mandato, por tanto, de sólo tres meses.

En este lugar se observan muchas ausencias de retratos que debieran figurar en la Galería de Alcaldes que fueron entre Aguilera y Dato: don Vicente Cabeza de Vaca, marqués de Portago; el marqués de Lema; conde de Mejorada del Campo; don Eduardo Vicenti y el segundo mandato de Alberto Aguilera.

Don Eduardo Dato, al que tan altos y trágicos destinos políticos le esperaban, no permaneció en la Presidencia del Ayuntamiento tiempo suficiente para que acreditara en el Municipio su calidad de político y de estadista, que había de mostrar en su vida, truncada por los disparos de unos terroristas el 8 de marzo de 1921, siendo Presidente del Consejo de Ministros y cuando su coche rodeaba la Puerta de Alcalá.

Su retrato pertenece al grupo mediocre de obras que para esta serie realizara J. Díaz Molina y está fechado en 1908.

25

## DON JOAQUIN RUIZ JIMENEZ

NADA menos que cuatro veces fue Alcalde de Madrid don Joaquín Ruiz Jiménez. La primera de 16 de febrero de 1912 a 18 de junio de 1913. La segunda de 13 de diciembre de 1915 a 7 de mayo de 1916. La tercera de 18 de diciembre de 1922 a 4 de agosto de 1923. La cuarta y última de 27 de febrero de 1931 a 13 de abril del mismo año.

También en la sucesión de la serie advertimos la falta de los siguientes Alcaldes que lo fueron con posterioridad a Dato y anterioridad al primer mandato de éste: don Joaquín Sánchez de Teca; terceras etapas de mando del conde de Peñalver y de don Alberto Aguilera, ambas referidas con sus retratos en la primera ocasión que ocuparon la Alcaldía, y don José Francos Rodríguez.

De su labor al frente del Ayuntamiento podríamos decir mucho, y no es casualidad su presencia en la Alcaldía en repetidas ocasiones —más que ningún otro— ya que mucho antes de serlo había tenido a Madrid como una obligación y un problema que le llevó a publicar, con el resumen de sus esfuerzos por la Villa, un libro, en 1901, titulado «Trabajos parlamentarios. Por Madrid» que asimismo titulaba «Cumplimiento de un mandato electoral».



Resaltaremos que es durante su primera etapa cuando se inaugura el primer campo de fútbol del Atlético de Madrid, situado en la calle Narváez. Es el fundador de la Hemeroteca Municipal; realizó numerosos Grupos Escolares y ensanchó la calle Peligros. Fue en su mandato también cuando se inició la construcción del tercer trozo de la Gran Vía, el que había de recibir primeramente el nombre de un antecesor suyo, Eduardo Dato. Finalmente, apuntaremos la urbanización que llevó a cabo en todo el distrito de las Ventas.

Su retrato en la serie iconográfica se refiere a su primera etapa, aun cuando en la placa de metal fija en el marco, posterior a la pintura, se recuerden también las restantes. Fue relizado en 1912 y pertenece a la serie de retratos encargados a J. Díaz Molina, por estos tiempos proveedor exclusivo de la Galería.

---

26

### DON LUIS MARICHALAR Y MONREAL, VIZCONDE DE EZA

**F**UE Alcalde del 2 de noviembre de 1913 al 21 de julio de 1914.

Entre su mandato y el primero de Ruiz Jiménez figura el que fue segundo de don Eduardo Vicenti, cuyo retrato no hemos encontrado.

El vizconde de Eza, con posterioridad a su paso por la Alcaldía publicó dos obras, una de ética política y otra de problemas político-sociales.

No hemos encontrado muchas realizaciones dignas de recuerdo de su época de Alcalde durante la que se produjo (10 de mayo de 1914) la inauguración de una nueva Iglesia madrileña, la de la Concepción en la calle de Goya.

Su retrato es obra de Maximino Peña Muñoz, soriano y discípulo en Madrid de Casto Plasencia, que deja su firma, muy visible y con rasgos colegiales, en el ángulo superior derecho. Sentado, de levita, en una postura normal y sin envaramiento, es obra muy superior a la serie de Díaz Molina pese a lo ingrato del rojizo fondo que se dio a la figura.

---

27

### DON CARLOS PRAST Y R. DE LLANO

**A**LCALDE desde el 21 de julio de 1914 al 17 de septiembre de 1915.

No hay falta alguna en la serie ya que Prast sucedió al vizconde de Eza.

Personaje muy conocido en el Madrid de la época, enraizado a la vida de la Villa, influyente siempre en los medios municipales, es un Alcalde preocupado y trabajador.

En su tiempo se ponen aquellas pasarelas en las paradas de los tranvías de la Puerta del Sol, para guardar el orden de la espera, que habían de inspirar a Ramón Gómez de la Serna deliciosas frases en su «Toda la Historia de la Puerta del Sol»; hizo instalar la fuente pública de la cabecera del Rastro; reformó los mercados públicos de las plazas de San Miguel y de la Cebada.

Señalemos como fechas destacadas durante su tiempo de Alcalde el incendio de las Salesas, donde estaba instalado el Palacio de Justicia, el 4 de mayo de 1915, al que acudió a tiempo para recibir al rey Alfonso XIII que también fue al lugar del suceso. De aquel incendio había de nacer el actual Palacio de Justicia. Fue también de su tiempo el comienzo de las obras de canalización del Manzanares, el 12 de septiembre de 1914.

Precisamente a esta canalización, que le ocupó y que inició, está dedicado el retrato, obra de Juan José Gárate, interesante pintura pese al cierto envaramiento de la figura del Alcalde, de levita y con el bastón de mando.

Gárate encontró de manera bien curiosa el comienzo de su carrera artística. En 1882 el rey Alfonso XII hizo un viaje a Zaragoza, donde Gárate había nacido. Tenía entonces doce años y una extraordinaria facilidad para el dibujo e hizo un retrato a lápiz del Rey, de cuerpo entero, que mereció del Monarca un premio en metálico y la ayuda a sus estudios que le dieron ocasión de continuar sus aficiones artísticas.

---

28

### DON MARTIN ROSALES MARTEL, DUQUE DE ALMODOVAR DEL VALLE

**A**LCALDE desde el 8 de mayo de 1916 al 26 de abril de 1917.

Registremos que entre la Alcaldía de Prast y la presente, se encuentran la de don José del Prado Palacios, cuyo retrato no figura en la serie y la segunda etapa de don Joaquín Ruiz Jiménez a la que ya nos hemos referido.

Poco que apuntar en la historia municipal durante la presencia del de Almodóvar del Valle si no es la gran manifestación socialista del 19 de noviembre de 1916 por el encarecimiento de la vida. Algo que suena como muy actual. Toca a este Alcalde regir el Ayuntamiento en los días cuajados de pasiones y de novedades, y sobre todo de alza de precios, originados por la primera Gran Guerra.

Firma el retrato, bueno, A. Pardiñas. El Alcalde apa-





17



19



18



20





21



23



22

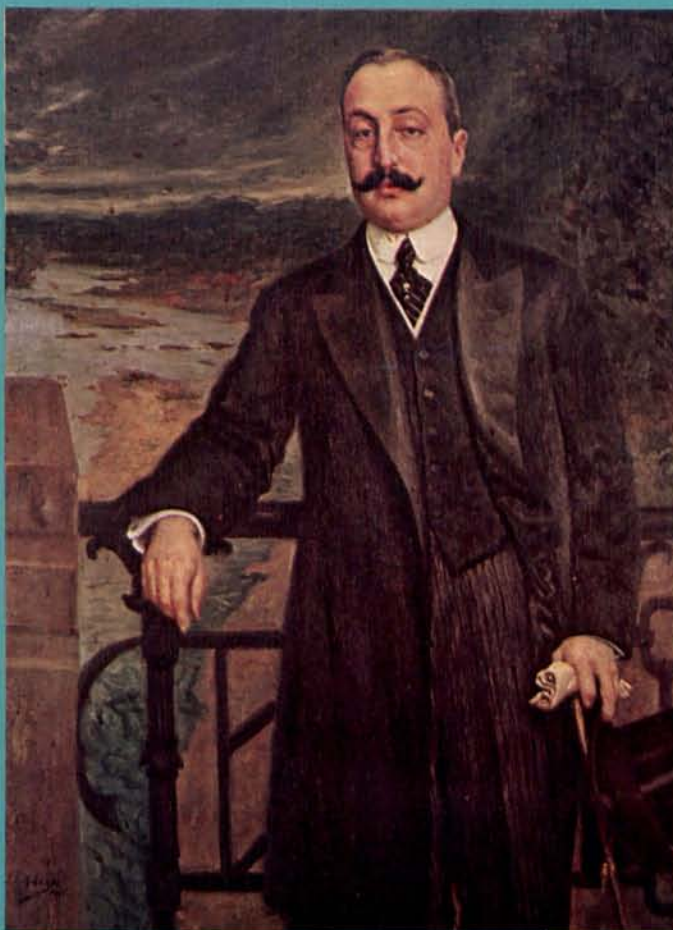


24





25



27



26



28





29



31



30



32



rece sentado en una jamuga tapizada de rojo. La figura tranquila, bien plantada, vestida de negro, envuelta en el negro fondo del retrato. La cabeza y cara muy modeladas, pintadas con el exquisito cuidado que exigía la estética de la época.

---

29

## DON LUIS SILVELA CASADO

**D**OS veces Alcalde de Madrid, lo fue desde 26 de abril de 1917 al 16 de junio de 1917 y desde el 30 de abril de 1918 al 27 de noviembre del mismo año. Dos etapas, la primera de dos escasos meses, la segunda de siete meses y aun estos los correspondientes al verano, siempre menos fecundos.

Sucesor inmediato del duque de Almodóvar del Valle, hay, pues, continuidad en esta ocasión.

Tampoco mucho que anotar durante su mandato. Diremos que inauguró el Monumento de las Víctimas de la Aviación, colocado en la confluencia de la calle Ferraz con el Paseo de Rosales, el 27 de junio de 1918 y que también durante su mandato ocurrió el célebre robo de parte del llamado «Tesoro del Delfín», custodiado —mal custodiado a lo que se ve— en el Museo del Prado y que llenó durante unos días la prensa madrileña de comentarios y hasta de chistes.

El retrato es obra de un buen pintor, Juan Antonio Benlliure, que lo firmó en 1917, con ocasión de su primera estancia en la Alcaldía. Juan Antonio Benlliure y Gil fue hermano del célebre escultor Mariano y del pintor José. El mayor de los hermanos, fue a Roma con Mariano durante la estancia de estudios allí del que había de ser un destacado artista de la escultura y realizar buena parte de los monumentos madrileños.

---

30

## DON RAMON RIVERO DE MIRANDA, CONDE DE LIMPIAS

**F**UE el segundo Alcalde que en la Historia del Ayuntamiento fue elegido por la Corporación, comenzando su actuación el 1 de abril de 1920 hasta el 26 de diciembre de 1921.

Entre Silvela, Alcalde representado en el anterior retrato y éste, ocuparon la Alcaldía don José del Prado, por segunda vez y de quien no encontramos retrato; don José Francos Rodríguez, también por segunda vez y en las mismas condiciones y la segunda regencia del propio Silvela así como la actuación del primer Alcalde Elegido por la Corporación, don Luis Garrido Juaristi, del que tampoco hemos visto retrato en la Galería.

En cuanto a su paso por la Alcaldía, anotaremos que hubo de ocuparse de los festejos en honor de los Reyes de Bélgica, Alberto I y doña Isabel, que visitaron Madrid en marzo de 1921 y que también durante su mando fue asesinado un Alcalde anterior, Dato, cuyo retrato hemos visto anteriormente.

La pintura es una obra mediocre de J. M. Peña que podemos tomar como típico ejemplo de la llamada pintura oficial.

---

31

## DON ALVARO DE FIGUEROA Y ALONSO MARTINEZ, MARQUES DE VILLABRAGIMA

**T**AMBIEN Alcalde elegido por el Ayuntamiento, el marqués de Villabragima desempeñó la Alcaldía desde el 30 de diciembre de 1921 y el 22 de marzo de 1922.

Pese a la cercanía del cese del Alcalde anterior, el conde de Limpías, con la posesión de éste, todavía Madrid se permitió el lujo de tener entre ambos un Alcalde por cuatro días: don Alfredo Serrano Jover, que fue elegido el 26 de diciembre y cesó el 30 del mismo mes y año (1921).

Nada podremos decir de la actuación de este Alcalde que tiene, sin embargo, en esta colección iconográfica, un interesante retrato que le hiciera en 1928, mucho después de abandonar el bastón de Alcalde, Carlos Manciano.

---

32

## DON JOSE MARIA GARAY, CONDE DEL VALLE DE SUCHIL

**A**LCADE desde el 22 de marzo de 1922, al 18 de diciembre del mismo año.

Sucesor directo de Villabragima, se conserva en esta ocasión la continuidad de la Galería.

Poco pudo lograr en tan breve paso por el Ayuntamiento, pero dejó el recuerdo de la construcción de nuevos Grupos Escolares para paliar ese eterno déficit de la enseñanza que Madrid, siempre en constante crecimiento, agota continuamente.

El retrato es una buena obra de Vázquez Díaz, que efigió al conde sin ningún protocolo, en un retrato realmente feroz, sentado, visto desde un punto alto y situándolo en un fuerte primer plano.



# CARNAVAL

Por José HIERRO

**L**OS seres humanos, de cuando en cuando, sentimos la necesidad de disfrazarnos, de enmascararnos. Huyendo de nuestra existencia monótona, hallamos una vida más alegre y fantástica. Es una vida que no desemboca en la muerte, sino en la vida que vivíamos antes de la efímera aventura. En ese afán de huir de lo cotidiano y habitual debe de hallarse el origen del carnaval, aunque sus inventores lo disimularan con razones rituales. El hombre, vestido de una manera elegre y loca, podía sumirse en el torbellino de la multitud disfrazada y sentirse felizmente anónimo entre máscaras igualmente anónimas.

El carnaval a nivel de participante suponía una experiencia gozosa y liberadora. A nivel de espectador, una fiesta para los ojos. A nivel de artista, un tema que le permitía liberarse y crear espléndidas armonías fuera de lo vulgar. Porque el artista, por los años en que la pin-

tura era exclusivamente figurativa, se liberaba de dogmas y preceptos imitativos y daba suelta a su capacidad de invención colorista y formal. Lo que la sociedad no le hubiese tolerado en un retrato o en un cuadro de historia, se lo permitía en una escena carnalesca, sin que el público le pidiese explicaciones por sus extravagancias.

Madrid, en el pasado, cuando aún no había dejado de ser el poblachón manchego, dicen que era la ciudad alegre y confiada. Lo aseguran, entre otros, don Ramón de la Cruz y don Carlos Arniches. No había tragedia personal que no pudiese borrarse con un baile, un dúo, una lágrima, una reconciliación sonriente. Entonces, si esto es así, uno imagina que los carnavales debían de ser la apoteosis de la gracia y el optimismo. Y para asegurarse trata de comprobarlo en las imágenes que nos han dejado los pintores de ayer y de hoy, cronistas de las hermosas realidades.





Por lo pronto tropezamos con una sorpresa: son muy pocos los cuadros de asunto carnalesco. Poquísimos los pintores para quienes el carnaval haya sido tema frecuente en su obra. Casi pueden reducirse a dos: Evaristo Valle, que sitúa a sus máscaras bajo la humedad plateada y verde de Asturias, y José Gutiérrez Solana, que prefiere sorprenderlas en las callejas del Madrid suburbial.

Es probable que, llegado a este punto, alguien piense que he omitido a un artista en cuya obra el carnaval es tema constante y único. Me refiero a Francisco Mateos. Y, sin embargo, como puede deducirse ahora, no lo olvido, sino que lo excluyo deliberadamente. Las máscaras carnalescas de Valle o de Solana están disfrazadas *temporalmente*. Acabada la fiesta volverán a ser mineros, golfos, peinadoras, criadas. Los seres delirantes y absurdos que pueblan los cuadros de Mateos visten habitualmente esas ropas extravagantes y jamás dejan de cubrirse la cara con las cómicas caretas ni dejan de tocar sus extraños instrumentos. Porque no son criaturas de nuestro mundo. No son seres reales, sino alegorías, símbolos, enigmas. Decir, ateniéndose a lo más externo, que los cuadros de Mateos representan escenas carnalescas es tan absurdo como decirlo de los cartones para tapices, de Goya, o de los cuadros de casaquín, de Fortuny.

La escasez de obras sobre el carnaval era la primera sorpresa. La segunda sorpresa no se refiere a la cantidad de cuadros antologizables, sino a la visión que nos proponen. Inútil hallar esta visión gozosa, de gran ballet, de fantástica liberación a que me refería al principio. Es cierto que la pintura del siglo pasado y comienzos de éste nos ofrece algunas imágenes convencionales —la muchacha que acaba de llegar del baile y descansa con el antifaz entre los dedos pálidos, el retablo familiar en el que destacan tres niños graciosamente disfrazados, etc.—, pero su número es escaso. Y, sobre todo, no pueden calificarse de carnalescos. No bastan los antifaces o los vestidos de pierrot o arlequín, pues el carna-

val es cosa multitudinaria y su ámbito natural es la calle, no el baile de máscaras. Y es ahí, en la calle, donde la imagen del carnaval deja de ser la celebración festiva que podía pensarse y se convierte en algo más cuarelesmo que carnalesco. Goya, con su «Entierro de la sardina», representa el primer eslabón de esta dramática cadena, cuyo representante más calificado habrá de ser Solana. Estamos lejos del mundo felizmente fantástico que creíamos. No es la musa risueña de don Ramón de la Cruz la que impera, sino la sombría de Larra, de Baroja, del propio Solana en su dimensión de intenso y feroz escritor.

El español, a diferencia del francés o del veneciano, concibe el carnaval, más que como espectáculo hermoso, como ritual danza de la muerte, a semejanza de las medievales. Lo concibe como una apoteosis de la fealdad, de la barbarie, de la borrachera. Es Solana, por la cantidad y la intensidad, el pintor más representativo. Sus máscaras son tan patéticas como los encapuchados de sus procesiones pueblerinas, como sus figuras de cera, como sus prostitutas o sus congregaciones apocalípticas de esqueletos. Solana prosigue en su obra la corriente moralizante de nuestras artes. Y, como moralizador, aunque no lo pretenda, le viene bien a su pintura dramática, desposeída de cualquier sensualidad, ese reverso de la resurrección de la carne que es el carnaval. Las destrozadas harapientas son seres que se encaminan a la muerte. La paleta negra y terrosa de Solana, en la que un ocre sucio es su nota más alta, conviene perfectamente a esta visión desoladora y amarga. El razonamiento que yo hacía al principio hubiera conducido a hallar el gran pintor del carnaval en un artista de signo bien distinto: Sorolla, por ejemplo, el pagano, borracho de sol y de vida. Razonamiento equivocado por lo que ya dije: el español no ve el carnaval como una fiesta, sino como una lúgubre ceremonia de cara a la muerte próxima.



Esta imagen, estremecedora en Solana, es la que prevalece en nuestra pintura. Sancha, Esplandiu, Eduardo Vicente, atenuando las tintas sombrías, no dejan, sin embargo, de participar en el mismo enfoque: las máscaras populares contra un telón de fondo de suburbio madrileño más o menos pintoresco y castizo, contempladas con mirada melancólica y desolada. Un tema de tan rica plasticidad, dispuesto a todas las audacias, queda reducido normalmente a un acto crítico, a una meditación llena de tristeza. El arte por el arte no pudo acercarse al carnaval —en teoría, su materia prima más apta— sólo con los ojos. Y la consideración moral se ejerce destacando lo aplebeyado, con olvido de todo lo que puede tener el carnaval de contención elegante, si es que alguna vez lo tuvo. Tal vez sea Picasso una de las excepciones. Pero, bien pensado, sus arlequines de la época azul, tienen más relación con el circo que con el carnaval. Y, desde luego, admitiendo que tales arlequines sean máscaras carnalescas, falta en los cuadros del malagueño el carácter de celebración multitudinaria. Incluso en cuadros como sus «Saltimbanquis», asimilables al tema sin demasiado esfuerzo, los distintos personajes no se funden en un protagonista colectivo: son individualidades que meditan separadamente entre representación y representación.

El momento actual de nuestra pintura, una vez pasada la fiebre informalista, se caracteriza por el retorno a la figuración. Mejor dicho, se caracteriza por la aceptación de la figuración al mismo nivel que las técnicas no figura-



tivas. Hace pocos años quien representaba la realidad era considerado un artista anacrónico. Hoy, por fortuna, tal exclusivismo ha cesado. Desde el más severo racionalismo geométrico hasta ese naturalismo exagerado que es el hiperrealismo, las más opuestas maneras de entender el arte son aceptadas por los artistas y la crítica. El pintor es libre para crear en la dirección que le dicte su talento. Libre para falsear, distorsionar, estilizar la realidad. No necesita el artista, por lo tanto, el pretexto del carnaval para crear mundos delirantes. Por lo mismo resulta excepcional que algún artista —pienso en un cuadro que he visto recientemente—, como Serny, enfoque el tema. Y, además, lo hace destacando esos valores de mesura y elegancia, de realidad idealizada, embellecida por la fantasía, que preside las celebraciones venecianas de Guardi o Canaletto, los juegos, con la *commedia de l'arte* al fondo, de Watteau. Fiesta y no rito penitente.

Pero esta es la excepción que confirma la regla. Una regla que consiste en respetar la tradición medieval, latente en lo español, que considera pecado el culto a la belleza por ella misma, y al mundo y la carne como antesala de la muerte y del infierno. Una áspera tradición que, sin embargo, ha dado tantas y tan hermosas muestras de un arte que no quiso serlo, sino aviso, reflexión, austeridad y renunciamento.



# RECUERDO DEL ANTIGUO PRADO DE RECOLETOS

por José LEAL FUERTES



## DIVAGACION INTRASCENDENTE SOBRE LOS PASEOS

**T**ODAVIA en Madrid hay vías públicas que se llaman paseos. Es decir, que además de las calles que se conceptúan como caminos públicos, entre dos filas de casas que necesariamente han de utilizar los habitantes de ciudades, villas o pueblos para sus indispensables desplazamientos, existen otros espa-

cios, los paseos, que el Diccionario de la Real Academia define, en una segunda acepción, como «lugar o sitio público para pasearse». Pero, ¿qué es pasear? Acudiremos de nuevo al Diccionario, máxima autoridad en la materia. Pasear es «ir andando, por distracción o por higiene.» O también «ir con iguales fines, ya a caballo, en carruaje, etc., ya por agua en una embarcación». Las definiciones resultan en la actualidad un tanto anacrónicas. En

principio porque hoy nadie pasea en Madrid, ni a pie, ni mucho menos a caballo o en coche. La gente marcha presurosa por las calles; lo mismo por las antiguas vías, estrechas y tortuosas, que por las anchas avenidas y paseos que ofrecen mayor amplitud al viandante. Los vehículos pasan veloces, salvo cuando quedan detenidos bruscamente por el mandato del semáforo, impacientes para emprender de nuevo la marcha.

Sin embargo, en épocas pasadas



había tiempo para todo. Se discutía en las tertulias de los cafés y, sobre todo, se paseaba. Dentro de la variedad de tipos que han dado carácter y personalidad a la capital de España, existió el llamado paseante en Corte, especie humana muy difícil de definir. Se le encontraba en todas partes, en las oficinas de la Administración, en los cafés y teatros; pero donde su presencia se dejaba notar invariablemente era en los paseos. En realidad, el paseante en Corte constituía una categoría superior del vagabundo. Así lo ha entendido la autorizada opinión de la Academia al definirle, no sin cierto rigor, como «el que no tiene destino ni se emplea en alguna ocupación útil u honesta».

Pero volvamos a los paseos. Existían para los que no tenían ninguna prisa, para todos aquellos que albergaban, en cambio, múltiples aspiraciones que, en la mayoría de los casos no lograrían ver convertidas en tangibles realidades. Gente despreocupada y, a ratos ociosa, de paso lento y sosegado, interrumpido, de vez en cuando, por una parada impuesta como pauta necesaria para ordenar la conversación. También existía la variante de los paseos amorosos, principalmente practicados por aquellas parejas cuyo bolsillo no les permitía entrar en un establecimiento para pasarse un par de horas dándole coba a un modesto café con leche. ¡Qué lejos aquel mundo pausado, ya desaparecido, del que hoy nos ofrecen las víctimas del «pluriempleo», precipitados en aturdida marcha, de un lado a otro, con los minutos contados!

## EL PRADO DE LOS AGUSTINOS RECOLETOS

Surge esta divagación después de recorrer el paseo de Recoletos, que hoy se llama de Calvo Sotelo. Durante el otoño y, sobre todo, en esta época invernal, Recoletos por la noche resulta más íntimo, más acogedor. Quizá la ocasión no sea muy propicia para pasear porque, por otra parte, el cielo cubierto de nubes presagia lluvia. Por la vía central y por las laterales circulan rápidos vehículos de todas clases. El paseo, a estas horas, las diez de la noche,

está desierto. De vez en cuando cruza alguna sombra fugitiva, alguien que pasa de prisa sin fijarse en nada. Sólo dos novios permanecen tranquilamente sentados en un banco y es fácil suponer que no se dedicarán a evocar tiempos pasados.

¿Cómo era aquel prado de los Agustinos Recoletos? A pesar de su antigüedad se le llamó también Prado Nuevo para diferenciarle del ya existente, denominado de San Jerónimo. En la «Topografía de la Villa de Madrid», realizada por Pedro Texeira en 1656, partiendo de la calle de Alcalá, puede verse al lado derecho el Convento de los Agustinos que aparece como única edificación en dicho lado. Lo menciona Jerónimo de Quintana, para el cual su fundación data de 1592, debiéndose a doña Eufrasia de Guzmán, princesa de Ascoli, dueña de aquellos terrenos. Después de no pocos incidentes se pudo terminar la iglesia el 27 de agosto de 1620. La vida del convento está llena de numerosas anécdotas que recogen Mesonero Romanos, Fernández de los Ríos y otros escritores. Gozaron de gran fama la Capilla del Cristo del Desamparo y la de la Virgen de Copacabana, copia de la venerada en Perú, traída a Madrid por Fray Miguel de Aguirre en 1622. Varios personajes ilustres recibieron sepultura en el Convento, entre ellos Saavedra Fajardo. Se llegó a decir que la calavera que se colocaba sobre el túmulo en las exequias celebradas en la iglesia era la del autor de la «República literaria».

Hay también la historia de una aparente resucitada, doña Toda Centellas que al ser depositada en su ataúd en la iglesia para disponer su entierro al día siguiente, se incorporó en el féretro y, según se cuenta, vivió después durante cierto tiempo. Pero aparte de estos y otros recuerdos eclesiásticos, no debe olvidarse la espaciosa y bien cultivada huerta, donde eran sepultados los dependientes de la Legación inglesa no católicos y, sobre todo, la bodega, donada a los frailes recoletos, en unión de las viñas vecinas, por una acomodada labradora de Canillas, con la sorprendente y peregrina condición de que en la citada bodega,

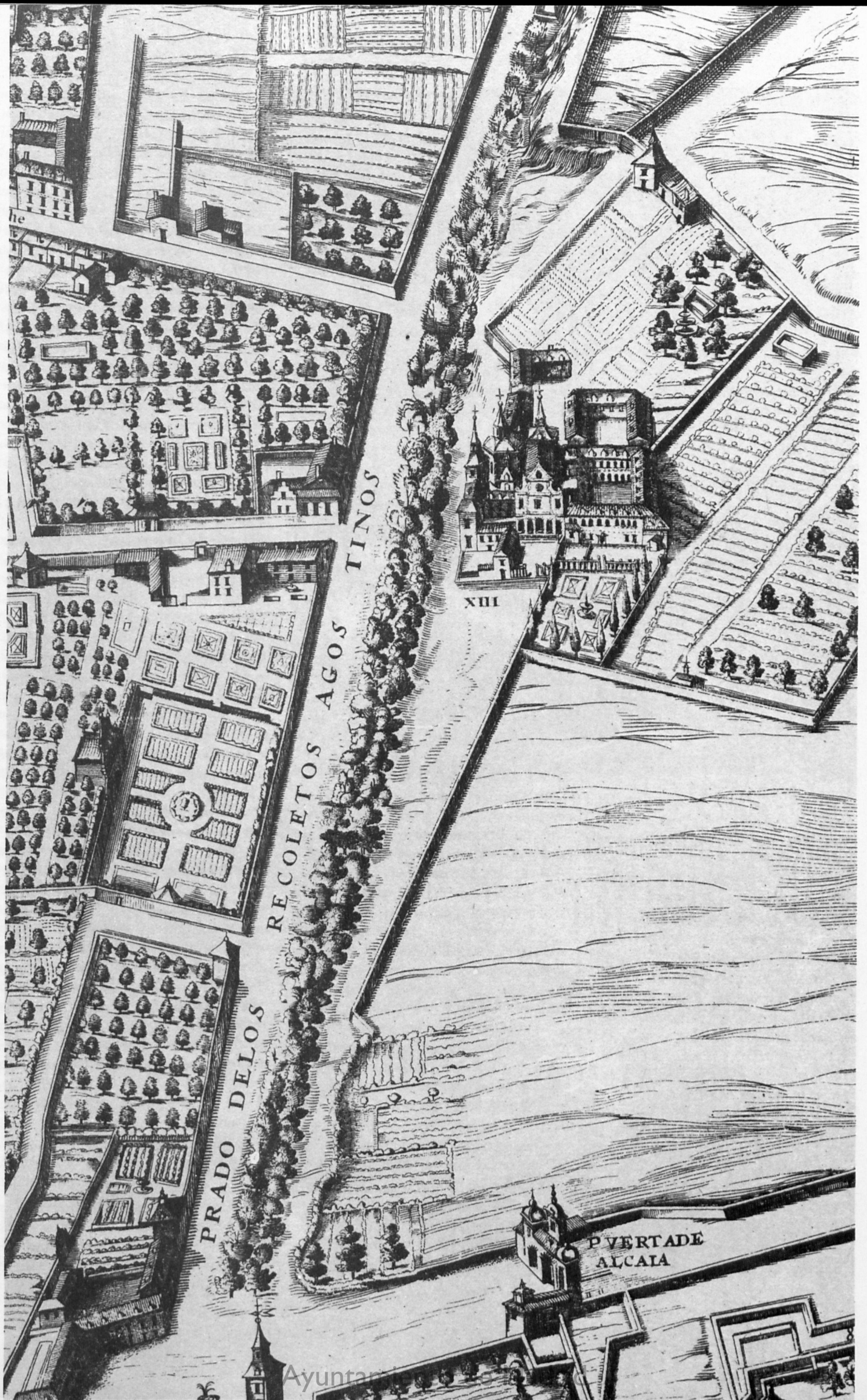
donde se expendía vino al público, hubiese pintado un mico, al cual se le medirían diariamente dieciséis cuartillos y el doble en día de fiesta, repartiéndose este vino entre los frailes del coro. (No se tiene noticia de que los coristas desafinasen en sus actuaciones).

## EL MARQUES DE SALAMANCA

La vida del Convento agustiniano se prolonga hasta más de la mitad del siglo XIX. Las venerables y seculares piedras desaparecen y en su solar se alzarán un suntuoso palacio. Entra en escena un hombre genial que va a cambiar por completo la fisonomía del lugar: José de Salamanca.

Procedente de su Andalucía natal, aparece en la Corte Salamanca en 1837, en plena euforia del romanticismo. En este año ha estrenado Hartzenbusch «Los amantes de Teruel». Salamanca, a pesar de su título de licenciado en leyes, apenas si tenía una elemental cultura. Su biógrafo, Romanones, alude a sus frecuentes faltas de ortografía, prueba palmaria de que escribir correctamente no es condición indispensable para ganar millones. Dotado de una inteligencia excepcional, Salamanca se da cuenta de la mediocridad de la sociedad madrileña de su época. En efecto, se encuentra nuestro hombre con un Madrid mezquino, sin pretensiones, claro exponente de la nación, aniquilada por las invasiones extranjeras, las guerras civiles y la incapacidad de los gobernantes. Asociado con el banquero brasileño Buschental y más tarde solo, emprende Salamanca una fulgurante carrera; se abren para él los principales salones de Madrid. Sus negocios del estanco de la sal, el empréstito de 400 millones de reales facilitado al Gobierno (cifra fabulosa en aquel tiempo) y especialmente las concesiones para la construcción y explotación de los ferrocarriles, el nuevo medio de comunicación, consolidan su fama como hombre de negocios. También actúa en política, pero esta esfera no es su fuerte y vuelve al mundo de los negocios donde hace gala de su generosidad y esplendidez. Tiene la actuación de Salamanca sus altibajos,







llegó a poseer la mayor fortuna de España en su siglo, se arruina tres veces y se rehace; por dos veces tiene que huir de su patria, víctima de injustas persecuciones.

\* Este largo paréntesis sobre Salamanca era imprescindible porque Madrid tiene una deuda de gratitud con el banquero malagueño. Además del trazado del barrio que lleva su nombre, realizó importantes obras en la capital, entre ellas, el palacio levantado en el solar de los Agustinos, dirigido especialmente por él. Allí acumuló todo género de riqueza. Reunió una importante galería de cuadros, en la que estaban representados Velázquez, Zurbarán, Ribera, Murillo, Goya y otros maestros de la pintura española, sin desdeñar los italianos y flamencos. En uno de sus reveses económicos, este importante museo fue subastado en París, en 1867, coincidiendo con la Exposición Universal. Casi todos aquellos cuadros pueden hoy admirarse en los museos y colecciones particulares del extranjero. Ni los compatriotas de Salamanca ni el Estado español quisieron saber nada de este asunto y el tesoro artístico emigró a otras tierras. También fue vendido el palacio del Paseo de Recoletos y hoy, ampliado en sus instalaciones, es sede del Banco Hipotecario.

## EL PALACIO DE BIBLIOTECAS Y MUSEOS

Reanudamos el paseo. Durante el siglo XIX, la parte derecha, casi totalmente despoblada, según vimos en el mapa de Texeira, se ha ido llenando con diversos edificios. Aproximadamente donde antes estuvo la Alhóndiga, con capacidad para unas cien mil fanegas de trigo, a la entrada del paseo, esquina a Cibeles, todavía subsiste el palacio de Linares, por cierto, amenazado ahora por la demoledora piqueta, puesta al servicio de la especulación ¿Se salvará? Han desaparecido los hornos de Villanueva, recordados por la calle de este nombre, la quinta del Conde de Oñate y otras casas señoriales que integraban el lado derecho del paseo. Ocupan su lugar edificios particulares sin ninguna personali-

dad, no siempre dedicados a viviendas, en los cuales los anuncios luminosos indican la existencia de compañías constructoras, sociedades de seguros y agencias comerciales.

Al final, un edificio de impresionante traza llama la atención. Es el dedicado a Biblioteca Nacional y Museo Arqueológico, construido sobre el solar de la antigua Escuela de Veterinaria. El proyecto de Jareño, fue proseguido por José M.<sup>a</sup> Ortiz y concluido por Ruiz de Salces, inaugurándose el edificio en 1892, para albergar la exposición celebrada en conmemoración del IV Centenario del descubrimiento de América. En la fachada que se contempla desde el paseo destaca el cuerpo central con su monumental escalinata, las columnas corintias y el frontón triangular, con alto-relieve de Querol alusivo a las Letras, las Artes y las Ciencias. En el primer rellano de la escalinata se alzan las estatuas de San Isidoro y Alfonso X, el Sabio y al final de la misma, las de Cervantes, Lope de Vega, Luis Vives y Nebrija. Completan la representación de nuestras letras los medallones de la fachada, en los que figuran Calderón, Fray Luis de León, el P. Mariana, Quevedo, Garcilaso, Hurtado de Mendoza, Antonio Agustín, Arias Montano, Santa Teresa de Jesús, Tirso de Molina y Nicolás Antonio. Con esta distinción entre estatuas y medallones no estaba conforme Pedro de Répide, porque según su punto de vista, «si significa una diferencia de categoría, se advierte en ello un criterio algo absurdo, pues, por ejemplo, Quevedo es de mucha mayor importancia que Nebrija». Si el criterio seguido ha sido el papel que cada escritor representa en la formación del idioma es indiscutible la trascendencia de Nebrija. Todo esto es muy subjetivo y las apreciaciones dependen del gusto de cada uno. Para el mío, Fray Luis y Santa Teresa son superiores a Luis Vives.

## BUENAVISTA. SAN PASCUAL

Dejaremos la Biblioteca Nacional. No tienen por objeto estas desordenadas notas relatar la historia, larga y fecunda, de esta institución fundada en 1711 por Felipe V, que des-

pués de varias vicisitudes vino a parar donde todos la conocemos. Volvemos sobre nuestros pasos y cruzamos para continuar por el anden de la izquierda. Lo primero que se ofrece a nuestra mirada en la esquina con Cibeles es el palacio de Buenavista, hoy convertido en Ministerio de Defensa Nacional, con su amplio y frondoso jardín, situado en lo que anteriormente fue huerta del regidor Juan Fernández, sitio de esparcimiento público en los siglos XVI y XVII. A continuación de la verja del jardín ministerial vemos unas casas y entre ellas, la iglesia de San Pascual, levantado todo este conjunto en los terrenos que ocupó la quinta y jardines de Don Juan Gaspar Enriquez de Cabrera, Duque de Medina de Rioseco y Almirante de Castilla. La gente llamaba a este lugar «los jardines del Almirante», circunstancia recordada por una de las calles que dan al paseo. Fue el propio Duque, quien en 1683 fundó el convento de San Pascual de religiosas franciscanas descalzas. Derribado el primitivo convento en la época de la corriente desamortizadora fue construido el actual con la iglesia que hoy subsiste, edificio sin gran interés artístico. Un recuerdo trae el convento, referido a las intrigas cortesanas durante el reinado de Isabel II. Entre sus muros vivió parte de su agitada e inquieta vida, la famosa Sor Patrocinio, la «Monja de las Llagas», la santa martir según unos, la farsante embaucadora según otros. El tema de estas intrigas, que acarrearón el destronamiento de la Reina de los tristes destinos, ha sido magistralmente tratado por un joven dramaturgo, Domingo Miras, en su obra dramática «De San Pascual a San Gil», que obtuvo el premio «Lope de Vega» en 1975, todavía pendiente de ser estrenada ¿Cuándo veremos en un escenario ese interesante mundo decimonónico recreado por Miras?

## ESTATUAS Y MONUMENTOS. LAS TERTULIAS

El paseo se adorna con varios monumentos y estatuas. La primera que se ofrece a la curiosidad del caminante es la Mariblanca, al pie de



un frondoso sauce secular. La diosa que, según unos es una representación de Venus, mientras otros la identifican con Diana, fue bautizada con el castizo nombre de Mariblanca cuando ocupó su primer emplazamiento en ese corazón de Madrid que es la Puerta del Sol, coronando la fuente instalada delante de la antigua y desaparecida iglesia del Buen Suceso, entre la calle de Alcalá y la carrera de San Jerónimo. Así se la ve en las antiguas estampas. Allí estuvo durante más de dos siglos, desde su solemne inauguración en 1.º de diciembre de 1616, hasta ya entrado el siglo XIX, para ser desmontada y pasar a la plaza de las Descalzas. Después de otras vicisitudes, parece que, por fin, ha encontrado emplazamiento definitivo. ¿Quién le dio este gracioso y familiar nombre de Mariblanca? Si hemos de creer el testimonio de Ramón Gómez de la Serna, parece que la cariñosa denominación se debe a los aguadores que acudían a la fuente para llenar sus cubas. El caso es que desde su pedestal de la Puerta del Sol, la diosa madrileña fue testigo de múltiples acontecimientos. A veces, se vistió de gala, como sucedió el 13 de julio de 1760, cuando para recibir a Carlos III, fue rodeada por un templete de columnas rematadas por ninfas portadoras de una gran corona, tal como puede verse en un grabado de aquella época. Años más tarde contemplaría la sangrienta jornada del 2 de mayo de 1808, inmortalizada por el genial pincel de Goya.

A continuación de la Mariblanca, los puestos de flores, plantas, fuentes y útiles de jardinería dan al paseo una característica especial. Se ve en estos puestos, además de toda clase de plantas y arbustos, una gran variedad de ornamentos y estatuas, Venus portadoras de ánforas por las que se vierte el agua, torsos, escudos, columnas, etc. El buen gusto es la nota predominante de estos establecimientos. Arte y jardín o la naturaleza domesticada. Como dijo Eugenio D'Ors aquí «la savia se ha vuelto docta».

La salida del ferrocarril suburbano Atocha-Chamartín me devuelve a una realidad más prosaica, al tiempo de las prisas, del ir y venir



vertiginoso y precipitado. Mas para que haya de todo también están aquí los emplazamientos —ahora vacíos por el frío invernal— que utilizan en buena parte del año los cafés situados en la acera izquierda para colocar sus mesas. Especialmente en verano estas terrazas ofrecen al que quiere descansar un lugar apacible y tranquilo, de los pocos que van quedando en Madrid. Estas terrazas hacen evocar al paseante el escenario de esa joya musical que es «Agua, azucarillos y aguardiente», en la que se nos presenta la rivalidad entre la Pepa y la Manuela, con inspirados ritmos de vals, mazurca y panaderos. El motivo de la enemistad lo expone claramente una de ellas:

«Tú, sin duda, te has creído que yo soy una cualquiera, porque tú tienes un puesto y yo voy con la vasera.»

En fin, el eterno problema: las diferencias de clase. Pero la sangre no llega al río; viene la reconciliación y Chueca cierra la obra con un vibrante pasacalle.

Me he referido antes a los cafés; resulta obligado hablar de un establecimiento que ya tiene historia: el Café Gijón, punto de reunión de escritores y artistas de toda clase. En él escribió gran parte de sus comedias y novelas ese humorista extraordinario que fue Enrique Jardiel Poncela, hombre que pasó la mayor parte de su vida en éste y otros cafés. Otro escritor vinculado al Gijón fue César González Ruano, aunque en sus últimos años se pasó al Teide. Las tertulias literarias han animado durante muchos años, a partir de la postguerra, el Café Gijón. Una de las primeras fue la de José García Nieto y los demás poetas creadores de la revista «Garcilaso». Después



las peñas han aumentado. César González Ruano, que vivió como nadie en este mundo del Gijón, hablaba de tertulias matinales, frecuentadas por novios y escritores; otras vespertinas, con «poetas a primera hora y burgueses a segunda» y las nocturnas, principalmente con gente de teatro, más animadas a la salida de los espectáculos.

Continúo mi marcha hacia Colón. Y lo primero que veo es la estatua erigida a don Ramón del Valle Inclán, obra de Francisco Toledo, homenaje que al escritor ha rendido el Círculo de Bellas Artes. Está don Ramón de pie, las manos cruzadas por la espalda, en actitud pensativa. ¿Se dirige a la tertulia de la Granja del Henar? Seguramente piensa en la incomprensión de sus contemporáneos al juzgar sus obras dramáticas. Se había generalizado el tópico de que el teatro de Valle Inclán era para ser leído, no para ser representado. Pero don Ramón ha triunfado después de muerto y los acertados montajes teatrales de José Tamayo y José Luis Alonso han demostrado lo contrario, esto es, que se trata de una dramaturgia viva y perdurable.

Me despido de don Ramón y a los pocos pasos encuentro el monumento levantado a don Juan Valera, del que es autor el escultor Lorenzo Coullaut. Al pie, la más famosa de

sus heroínas, Pepita Jiménez, parece como si quisiera contarnos la historia de sus amores con don Luis de Vargas, por sí se hubiera olvidado algún detalle la pluma culta y correcta del novelista diplomático.

## FINAL

Los últimos edificios de esta parte izquierda hasta llegar a la plaza de Colón traen el recuerdo del Jardín de las Delicias, lugar de recreo público muy frecuentado en la segunda mitad del pasado siglo. Próximo al desaparecido Palacio de Medinaceli, estuvo el Circo del Príncipe Alfonso, convertido en teatro en 1870. El escenario del Príncipe Alfonso jugó un interesante papel en el desarrollo del arte lírico español; en él se estrenaron importantes obras del llamado «género chico». Las melodías de Chapí, Chueca, Bretón, Jiménez, Caballero, y otros, fueron escuchadas en este coliseo. También se representó en este teatro la zarzuela grande e incluso la ópera, en temporadas primaverales que venían a ser continuación de las del Real. Y fue en este escenario donde, a principios del siglo, en los conciertos sinfónicos, se interpretaba por vez primera en Madrid, la música de Wagner, que sólo obtuvo el aplauso de una

corta minoría. Era un plato demasiado fuerte para aquella época.

Llegamos al final. El antiguo prado de Recoletos, poco se parece al moderno paseo, sobre todo después de la reforma llevada a cabo por el Duque de Sesto con ocasión de desempeñar la Alcaldía de Madrid. La reforma verificada hace muy pocos años ha convertido este paseo en uno de los más dignos de admiración en Europa. ¡Lástima que algún anacrónico edificio, como el de un banco situado hacia la mitad de la parte izquierda desentone violentamente en el conjunto!

El paseo termina en la plaza de Colón, nuevamente estructurada según el proyecto del arquitecto Herrero Palacios, con la colaboración del pintor y escultor Vaquero Turcios, autor de las macroesculturas, situadas en los nuevos jardines del Descubrimiento, en el solar de la antigua Casa de la Moneda. Como de esto y del Centro Cultural de la Villa de Madrid se ha hablado mucho, paso por alto el tema, no sin hacer referencia a esas Torres de Jerez, propiedad de una opulenta empresa, que en tan alto grado han contribuido a convertir la plaza de Colón en uno de los mayores disparates urbanísticos que puede concebir la mente humana.

J. L. F.





# DATOS SOBRE EL DERRIBO DE UN FRAGMENTO DE LA MURALLA DEL MADRID ANDALUSI VERIFICADO EN EL AÑO 1818

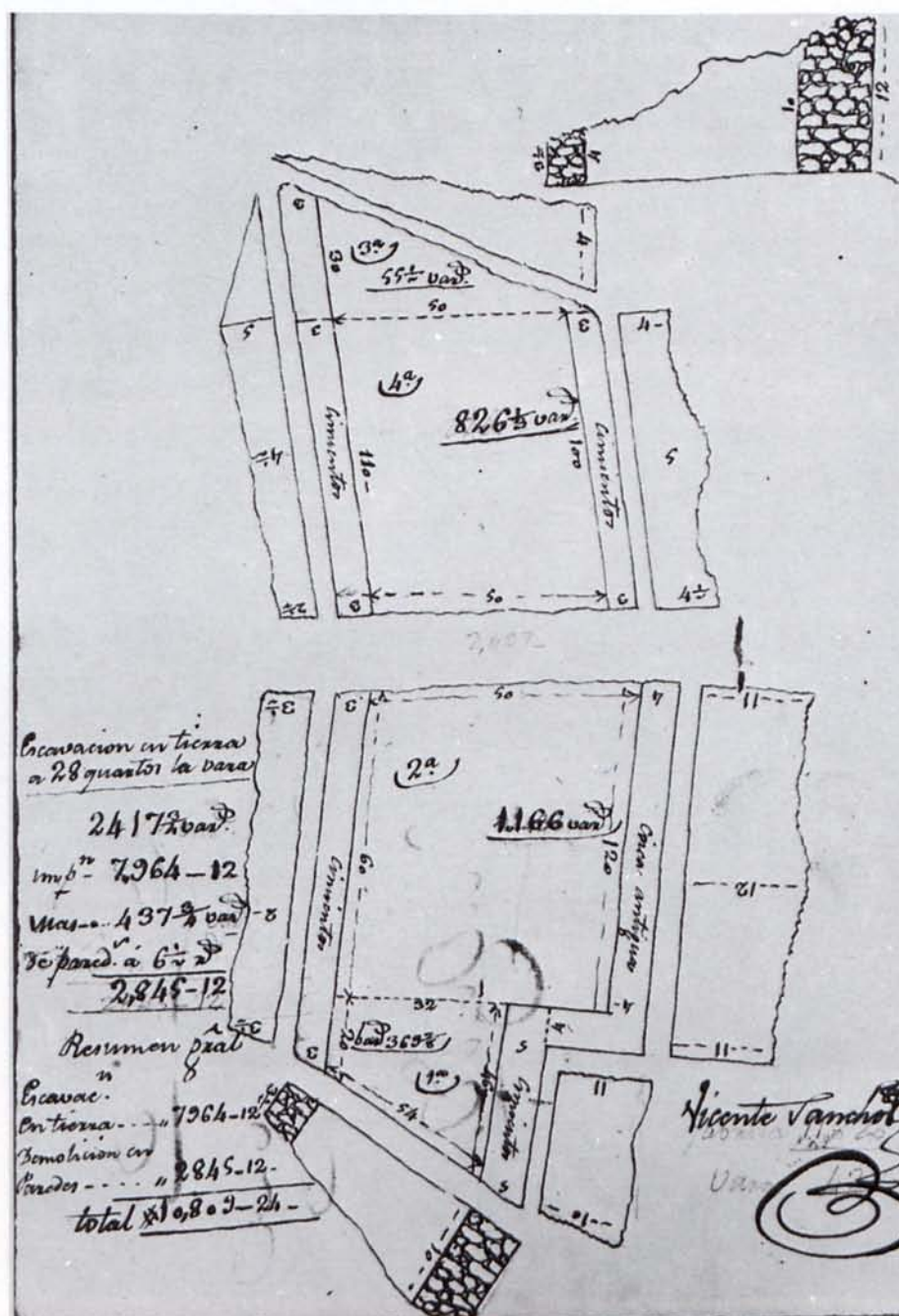
Por Marcelino TOBAJAS LOPEZ

**M**E atrevo a publicar estas líneas porque creo que los documentos de que en ellas se habla son papeles inéditos, papeles que pueden contribuir a que se haga alguna luz —desgraciadamente no toda la deseable— sobre punto tan curioso como el de la parte ignota de la muralla del Madrid andalusí, comprendida entre la calle de la Escalinata, la plaza de Isabel II y el antiguo Alcázar.

Conviene recordar que Machrit (Madrid) fue fundado por el amir cordobés Muhammad I, sin otro propósito que el de disponer de una fortaleza fronteriza en el lugar más adecuado, y que después adquirió importancia mayor. Según el geógrafo Al-Munin al-Himyari, hacia mediados del siglo X «era ya entonces una ciudad notable, cuyo castillo, construido por el emir Muhammad, cuenta entre las mejores obras defensivas de la frontera» (1).

Y es que con Talamanca del Jarama, más al norte, ambas servían de apoyo avanzado a Toledo. Una y otra posición flanqueaban por la izquierda la vía, en parte romana, que por Guadalajara llevaba a Medinaceli, capital de la Frontera Media de al-Andalus, vía proveniente de Córdoba.

A la misión defensiva de Machrit se debe añadir, también, otra de tipo ofensivo, puesto que era el lugar de reunión de los hombres de guerra andalusíes que tomaban parte en las aceifas efectuadas por esta parte de la frontera, que eran las más. Como ejemplo recordaré que en la aceifa del año 977 (366 de la Hegira) el General en jefe de la Frontera Media, Galib, fue reforzado con tropas de la capital de al-Andalus, mandadas por Ibn Abi Amir, el mismo que andando el tiempo sería llamado Almanzor, que se reunió con Galib precisa-



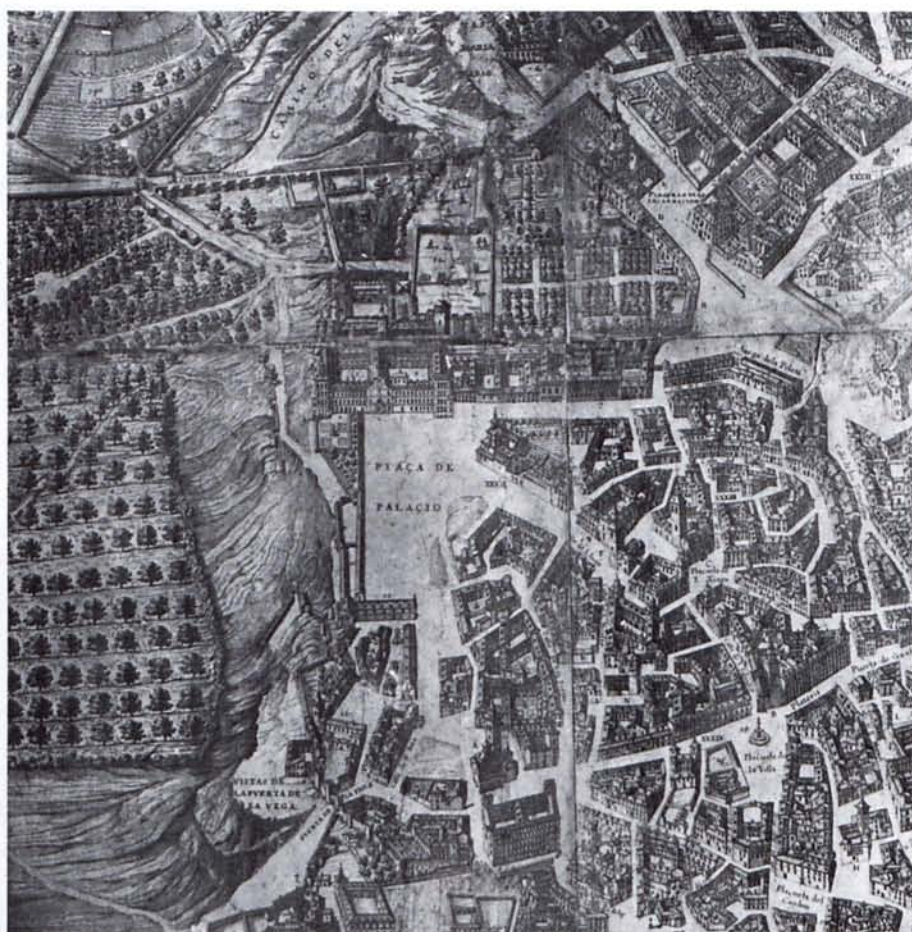
*Croquis trazado para calcular las demoliciones que efectuó el destajista Gregorio Ramírez. La parte denominada «cerca antigua» nos da para la muralla una longitud de 33,50 metros.*  
(Reproducción autorizada por el Patrimonio Nacional.)



mente en Madrid (2). De ahí posiblemente el nombre que recibió una de sus salidas o portales, *Bab al-Nadú* o «puerta de la reunión, previa convocatoria», según el insigne arabista don Emilio García Gómez (3).

Por eso es lo más probable que junto a la *Bab al-Nadú*, situada, quizá, hacia lo que hoy es la calle de Felipe V en su confluencia con la actual Plaza de Oriente, que entonces era en parte un barranco, estuviera extramuros el lugar convenido para establecer el campamento de los hombres de guerra, que una vez reunidos, partirían hacia los reinos cristianos, allá en la otra ladera de la vecina Cordillera Central.

Para el P. Fita «La Puerta de Balnadú miraba al Norte y estaba situada casi tocando el jardín de la Priora, propio del monasterio de Santo Domingo el Real». Traeré aquí otra referencia, puramente literaria, que no he visto citada más que en Mesonero Romanos: «Y vinieron también del Altozano, /que fue Campo del Rey y su Armería,/ y del portón de Balnadú africano.— (Puerta de Balnadú, estaba junto a la calle del Tesoro.)» (4).



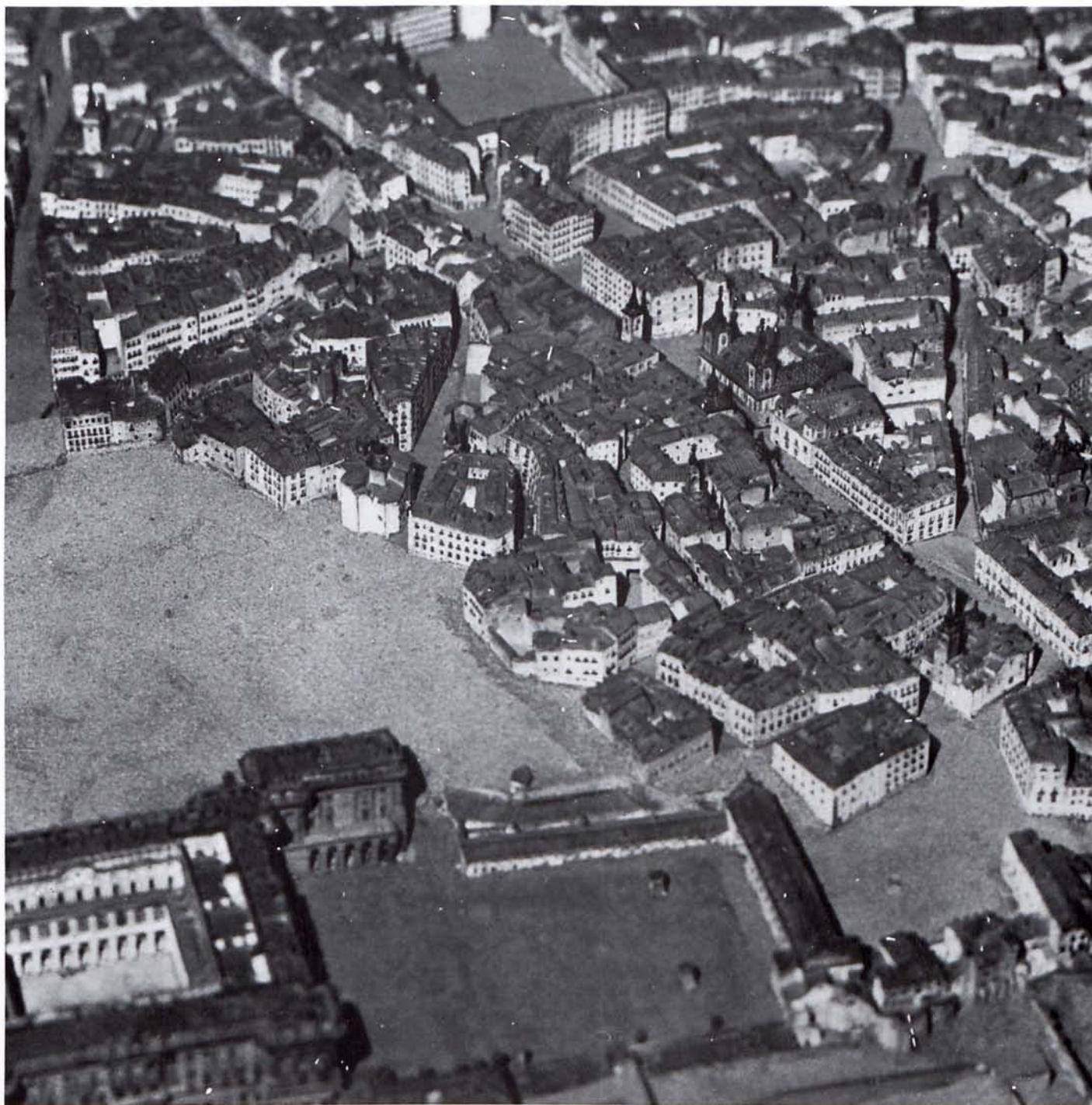
Detalle del plano de Madrid, de don Pedro Teixeira (1656), con las manzanas de que se habla en este trabajo, el alcázar antiguo y lugares inmediatos. (M. Municipal. Madrid.)



Detalle del plano de Madrid, de Espinosa de los Monteros (1769), en el que se aprecian las manzanas 424 y 418; en esta última, en su interior, se puede seguir la línea negra de la muralla con sus torres, hasta alcanzar la manzana 424; ante ésta, la planta del teatro de los Caños del Peral. (M. Municipal. Madrid.)

Y no muy lejos de la *Bab al-Nadú*, como atalaya, una torre albarrana que parece estuvo alejada del primer recinto amurallado de Machrit. De ahí el nombre que se le dió en ocasiones al portal, «puerta de la atalaya». Según Tormo esta torre, llamada Gaona («torre amplia, no alta») estaba situada en una «bien amplia e irregular planicie»; se puede suponer, por tanto, que la torre ocuparía parte de los terrenos de la actual plaza de Isabel II y del Teatro Real. Cree Tormo que en esta planicie, y aprovechando los materiales de la ya derruida Torre Gaona, a principios del siglo XVIII se levantó un teatrillo, y posteriormente el teatro de los *Caños del Peral*, dedicado a la ópera italiana y a los bailes de máscaras; competía así con los de la *Cruz* y del *Príncipe*, entregados a las tonadillas y al teatro español en general. *El de los Caños*, como último destello de su vida, fue sede de las Cortes españolas en 1814. Entonces estaba aislado en medio de una superficie sin edificios, porque José I





*Detalle del modelo de Madrid (1830). Se aprecia el solar que resultó después del derribo de la manzana 424 y del teatro de los Caños del Peral. (M. Municipal. Madrid.)*

había mandado derribar las manzanas aledañas, haciendo honor a su remoquete de «Pepe Plazuelas». Pues bien, en 1817, por orden del corregidor de Madrid, el arquitecto mayor de Villa reconoció el teatro y vió que ofrecía grandísimo peligro de hundimiento, sobre todo por el mal estado de la armadura. Hubo, pues, que derribarlo; en abril de 1818 ya no quedaba nada de la construcción, agrandándose así la superficie libre de edificaciones que ya existía, y en

la que el arquitecto mayor del rey, Isidro González Velázquez, proyectó construir un nuevo teatro, el Real, y una plaza, la de Oriente (5). Las obras dieron comienzo en el mismo 1818 a los pocos días de terminarse el derribo del viejo teatro de los Caños.

Convenía recordar todo esto, si quiera fuera en síntesis. Vayamos, ahora, a los documentos a que me referí al principio de estas líneas, y que se guardan en el Archivo del Pa-

lacio Real de Madrid (6). Se trata de los *partes* diarios de las obras del Teatro Real, correspondientes a los meses de mayo, junio, julio y agosto de 1818. El nuevo coliseo se iba a alzar en parte sobre el solar del viejo teatro de los Caños (Manzana 411 en el plano de Espinosa de los Monteros, que sigue el dictado de la *Planimetría General*) y en parte sobre el solar de una de las manzanas inmediatas (la 424) mandada derribar por José I.



Existe, además, un croquis aquí reproducido, que se une a los *partes* en nuestro intento. Tanto en uno como en otros se cita repetidamente un lienzo de «la muralla antigua», de esa parte de muralla de la que, según Tormo, «nos falta toda información: no la tenemos ni gráfica, ni literaria. Al llegar a la Plaza de Isabel II, es decir, al dejar la calle de la Escalinata, nadie ha precisado, nadie ha podido precisar el rumbo de la muralla, saliéndose del paso con decir que de allí (Caños del Peral) iba la muralla a juntarse al Alcázar; sin preguntarse siquiera si en recta o en quiebros, si al S. (ángulo del Sur) o al del N. (ángulo del Norte) del Alcázar o del Palacio, o si precisamente al centro de tales rumbos» (7).

Para el mejor entendimiento de los *partes* deben tenerse en cuenta los fragmentos aquí reproducidos de los planos de Teixeira y de Espinosa de los Monteros. Son las primeras noticias de las obras que se efectuaron —tantas veces suspendidas— para levantar el Teatro Real, obra que dirigía el arquitecto firmante de los *partes*, Antonio López Aguado.

Corresponde el primero de ellos al 2 de mayo, día en el que comenzaron las obras: se señaló el sitio donde debía colocarse el teatro y comenzaron a abrirse las zanjas para la cimentación. Faltan algunos *partes*; el segundo que he visto corresponde al día 8, y en él aparece por primera vez una referencia que nos importa: «Se continúa abriendo la Zanja que mira a los Caños del Peral, escombrando aquel terreno y demoliendo un pedazo de Murallón para poder pasar las líneas,...» Vemos, así, que los escombros del teatro no habían sido retirados y que el «Murallón» estaba a flor de tierra cuando menos. Las fuentes de los *Caños del Peral* (nótese que Teixeira rotula *de Peral*) estaban situadas en un barranco que corría bordeando la planicie sobre la que estaba el teatro, y se unía en lo que hoy son jardines de la plaza de Oriente, inmediatos a la calle de San Quintín, al arroyo que bajaba de Leganitos. Las fuentes estarían, por tanto, ante lo que hoy es la entrada del Real Cinema. A la parte trasera de las fuentes Mesonero Romanos le llama «Plazuela del Barranco. Al fin de la calle del Arenal, a los Caños del Peral. Está variada» (8). Espinosa de los Monteros también registra este nombre en su plano.

Habíanse contratado con varios destajistas los trabajos de cimentación del nuevo teatro (9). La parte

correspondiente al «Murallón» le tocó al destajista Gregorio Ramírez; por cuenta de la obra trabajaban con él veintiocho albañiles. Por los *partes* nos enteramos de que los destajistas tenían a su cargo dos oficiales de albañil y cincuenta y dos peones.

Precisamente en la zanja «que mira a los Caños» el *parte* del día 13 de mayo nos dice que los peones que trabajaban por cuenta de la obra estaban «demoliendo los trozos de cimientos que aparecen en ella, sacando el pedernal que se encuentra útil para macizar los nuevos cimientos». Cabe pensar que lo eran de la muralla, puesto que era fama que estaba formada de pedernal: «Las murallas son de pedernal finísimo, de lo que se saca fuego», dice López de Hoyos. Modernamente se ha confirmado que la «cimentación y basamento del muro están constituidos por sillares de pedernal», en el primer recinto, y en el segundo «aparejo de mampuesto de pedernal y rico mortero de cal» (1).

Si seguimos con los *partes* veremos que la muralla aparece citada por su nombre en el correspondiente al día 15 de mayo: «los peones que trabajan a jornal por la obra, unos empezaron a demoler un trozo de la Muralla antigua de Madrid, y el resto de las paredes de las casas demolidas en la manzana 424...»

Según se puede apreciar en el plano de Espinosa de los Monteros, esta manzana nos sirve de punto fundamental para situar la muralla, en unión del *parte* del día 17 de mayo: «Los peones que trabajan a jornal, unos siguen llevando tierra al terraplén, y otros demoliendo los trozos de la Muralla antigua de Madrid que pasa por la Zanja de la fachada del testero opuesta a la principal,...» Hay que suponer que el terraplén a que se hace referencia se estaría formando entre la planicie donde estuvo el teatro de los *Caños*, y abajo, en el barranco, las fuentes; porque de lo que se trataba era de rellenar los desniveles. En ese día 17 aún no se había encontrado terreno firme, pese a los nueve pies (2,50 mts.) que ya tenían las zanjas. La mayor dificultad se hallaba en la parte norte, hacia lo que hoy es la Cuesta de Santo Domingo y calles de Arrieta y Campomanes, que era por donde corrían las tapias del convento de Santo Domingo el Real.

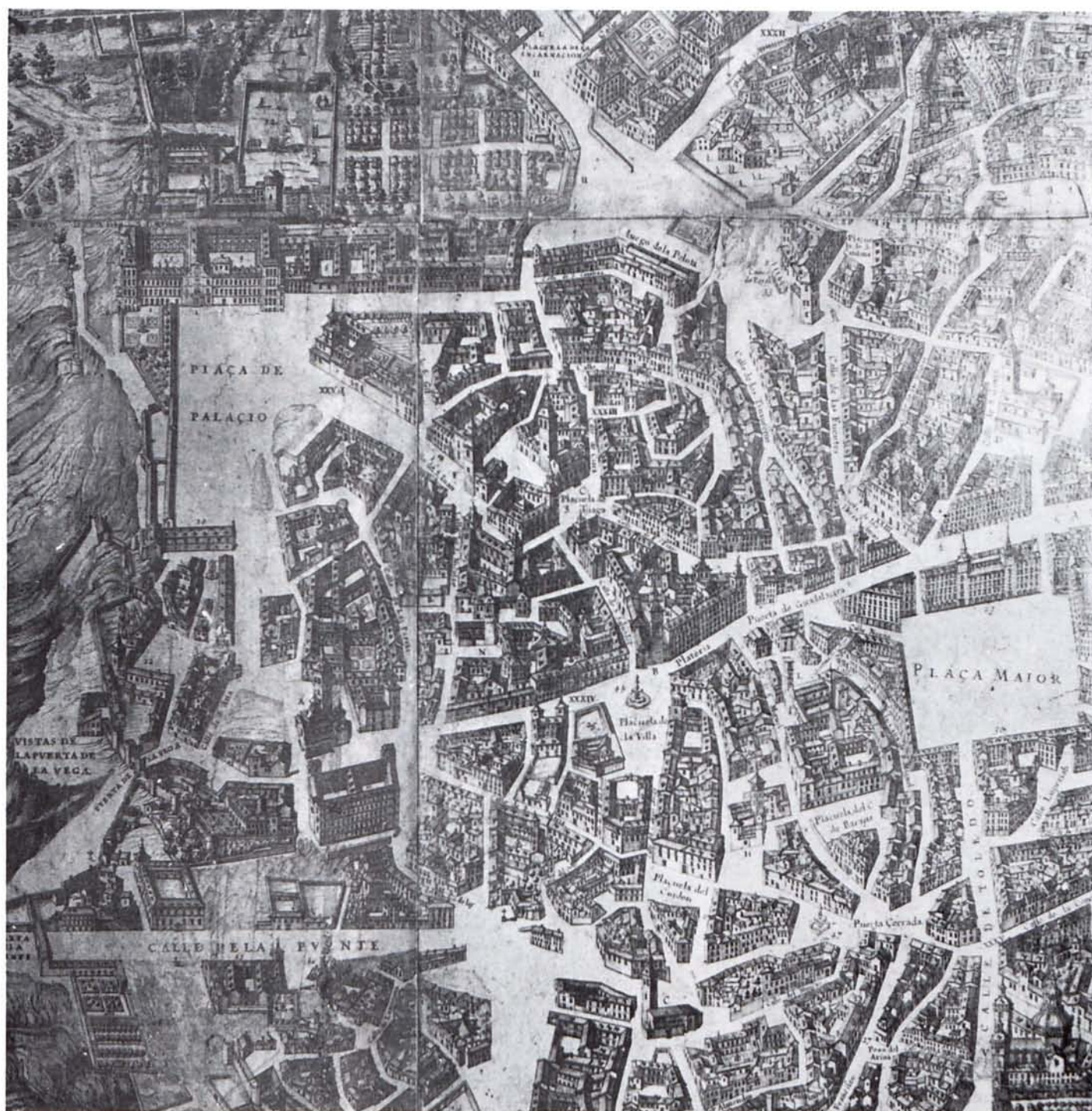
Pero el *parte* que nos sitúa con mayor precisión este fragmento de la muralla andalusí es el correspondiente al día 20 de mayo; por eso lo

transcribo íntegramente: «Continúan los Destajistas con la escavación a tajo abierto sin encontrar en ningún punto terreno firme, y los Peones por parte de la obra demoliendo el trozo de Muralla antigua que coxe el ángulo de la Zanja del testero del Coliseo; los demás siguen profundizando el resto de esta misma Zanja y acondiciéndola para comenzar a mazizarlas quando se de la orden. Por aora no hay más novedad.»

Hasta el del día 30 de mayo los *partes* hacen referencias explícitas a la muralla: «los Peones por parte de la obra unos demoliendo parte de la muralla antigua,...», pero hay que suponer que continuaría el derribo, puesto que hasta el 7 de junio se repite diariamente que continúan los trabajos «en los mismos términos». Existe, además, un recibo del destajista que dice: «Herrecibido de Dn. Rafael Calderón, Sobrestante del nuevo Coliseo, dos mil rs. de vn. a cuenta del Desmonte del Murallón de Madrid que estoi efectuando. Madrid 20 de junio de 1818.— Gregocio Ramírez.— Son 2000 rs. vn.» Junto a este recibo hay dos más de julio y otros dos de agosto en los que no se hace mención de la muralla. Por otra nota, adjunta a la anterior, sabemos que «En 24 de Agto. de 1818 se le abonaron 933 rs. 16 ms. vn. para completar 18.809-16 á que ascendió el desmonte qe hizo en esta obra del Murallón, llamado de Madrid; cuya cantidad se cargó en la Lista n.º 28 fha en 29 del citado Agto. y quedó cancelada esta cuenta» (11).

En ayuda y confirmación de estos *partes* viene el croquis que se reproduce (9). No hay en él —como es natural— signo alguno de orientación, puesto que se trazó para calcular las cantidades que había de cobrar el destajista, como puede verse por las notas que se incluyen en él. Los perfiles verticales laterales, rebatidos hacia el exterior, nos permiten conocer las diversas profundidades de las zanjas —doce pies de máximo— y el espesor de los cimientos y de la muralla que se derribaban. Pero aún hay más: el ángulo que forman las dos plantas reproducidas me hace suponer que estos cimientos siguen el trazado de la manzana 424, porque como se puede observar en los fragmentos que se reproducen de los planos de Teixeira y de Espinosa de los Monteros, la 424 también describe un ángulo muy semejante, casi diría igual. ¿Se trata, entonces, de los cimientos de las casas de la man-





Vista general del sector central de Madrid en el plano de Teixeira; en él la zona a que se refiere este trabajo. Se aprecian algunas torres y lienzos de la muralla.

zana mencionada? ¿Quizá de los restos de los cimientos de la muralla? He aquí un problema que me resulta muy difícil de resolver, aunque lo intentaré con toda clase de reservas.

Si nos fijamos en el fragmento reproducido del plano de Espinosa de los Monteros se verá que el teatro de los *Caños del Peral* (manzana 411) está aislado y no parece tener relación con la muralla, cuyo trazado (manzana 418) se aprecia perfectamente dentro de la manzana, repro-

ducido en línea negra continua, en la calle de los Tintes, o de los Tintureros, como le llama Teixeira, y hoy de la Escalinata. Se observará, además, que la línea de la muralla no es recta, sino levemente sinuosa, y que se interrumpe bruscamente al llegar junto a la manzana 424. Esta, para Tormo, «pisaría también cimientos y aprovecharía también los restantes tramos de la muralla del Norte, precisamente al ir esos tramos —paralélicos— a tener cambio de rumbo de

90 grados con el tramo —meridiano— de la cortina murada de la calle de la Escalinata» (12).

A la vista de los *partes* y del croquis resulta admirable la intuición de Tormo, aunque me atreveré a matizar sus palabras: creo que lo que figura en este último bajo el nombre de «cerca antigua» sería en realidad el muro exterior, descarnado, de la Torre Gaona (fijémonos en que solamente se le adjudican 4 pies de espesor) a la que se adosaría en el siglo



X el segundo recinto amurallado, señalándonos el croquis la unión con la supuesta Gaona en el saliente de cimientos de 5 pies de espesor. Sobre ésta también encontramos en Moratín una referencia carente de precisión científica pero que merece la pena recordar: «o las que labran junto la eminente /atalaya deshecha, que a su calle/nombran de Espejo equivocadamente» (4).

Por eso cabe preguntarse si los tales cimientos no serían restos soterrados de la parte posterior de la Gaona, cosa que se puede suponer, porque el perfil suelto que figura en el croquis es igual en su composición —al menos por el dibujo— al del ángulo de los cimientos de 5 pies de espesor. Uno y otro responden al «aparejo de mampuestos» a que se ha hecho referencia y que conformaba el segundo recinto que circundó Machrit (10). Tengamos presente que no es forzoso que la Gaona estuviera compuesta exclusivamente de sillares.

Esta parte de la muralla —mejor sus restos— desaparecería embutida en las casas que se construyeron adosadas, como solía hacerse, a la cara exterior del muro; en este caso a una y otra parte, hasta formar la repetidamente citada manzana 424.

Por todo lo dicho se puede suponer que la Gaona estuviera situada en terrenos de la luego manzana 424. Y es que cuando en 1787, por encargo del arquitecto don Juan de Villanueva se reconoce y justiprecia el teatro de los *Caños*, por los arquitectos don Francisco Sanchez y don Blas Mariátegui, nada se lee en el certificado que nos pueda hacer suponer que allí existiera, o hubiese existido, ni torre albarrana ni lienzo de la muralla andalusí. Aun a pique de resultar prolijo me atrevo a re-

producir el certificado en su mayor parte. Dice así:

«Que en consecuencia de lo que se les manda, han visto medido y tasado el coliseo de los *Caños del Peral*, propio de Madrid; que su manzana está señalada con el número 411, y con el número 1, cuya tasa es según se hallaba dicho edificio cuando servía para el baile de máscara; que tiene de fachada principal 80 pies y cuarto; entrando en dicho coliseo la línea de mano derecha 184 pies, la de la izquierda 184 pies y la línea opuesta a dicha fachada principal 80 pies y cuarto, la que cierra el círculo que forma un paralelogramo rectángulo que comprende en sí 14.766 pies cuadrados superficiales; se componía su distribución de un salón de figura elíptica con galerías de pilastras (...) y detrás del foso otra crujía con una pieza que hace a la entrada del foso (...) y su fábrica es de mampostería y ladrillo con algunos sillares, esquinas en los ángulos, jambas dinteles, peldaños, losas en el zaguán y algunas en la fachada, en ésta zócalos, y en el interior que reciben los pies derechos; recantones en el exterior; todo lo referido de piedra berroqueña y los suelos y armaduras de madera de a seis y viguetas (...) habiéndole dado a cada clase su justo valor, tasamos que vale junto con el sitio en novecientos mil ciento un reales vellón que es cuanto deben declarar en este asunto» (13).

Aún queda otro *parte*, el del día 5 de agosto, en cuyo texto hay unas palabras que posiblemente se referirían a la *Bab al-Nadú*; son éstas: «Continúan los enrrases del trozo de fachada que mira a las cercas de la Huerta de Sto. Domingo el Real, y los Peones siguen demoliendo *unos cañones de cueba* en la fachada opuesta a la anterior que mira a la Parroquia de Santiago para empezar

a mazizar el cimiento de aquel Angulo,...», en cuyo caso la Gaona y la *Bab al-Nadú* estarían más próximas de lo que se ha supuesto; además, permiten suponer estas palabras que la muralla iría a unirse con el ángulo SE. del antiguo Alcázar, es decir, siguiendo una línea recta, desde la calle de Carlos III en su unión con la plaza de Oriente. La planta de la manzana 424, una vez más, lo dice.

No quiero dejar de citar, como dato anecdótico, que las zanjas, según el *parte* del 3 de julio, en algún lugar habían llegado a mucha profundidad: «un punto de quince a dieciocho pies que da mucha agua y no dexa continuar los demás trabajos». El aparejador pagó tributo días antes, el 10 de junio: «y há ocurrido la novedad de haverse caído en la Zanja el Aparejador facultativo Dn. Vicente Sancho, con cuyo motibo se ha retirado a su casa.» Y al día siguiente, 11, «continúan los mismos trabajos que el día anterior y el Aparejador Sancho sigue en cama con vastantes dolores».

He aquí los datos que me ha parecido interesante transcribir y analizar someramente. Ahora espero que los especialistas deduzcan de esta documentación, seguramente desdeñada hasta ahora —en Historia todo documento es útil— consecuencias más importantes. Por mi parte, tan lejanos ya como inolvidables los días de la Facultad y las clases de árabe, inmerso hoy en el estudio de nuestros siglos XVIII y XIX, sólo soy capaz de dar esta noticia, que espero ilusionadamente sirva de acicate para que se deje libre de trabas el lienzo de la muralla andalusí, hoy medio oculto en la calle de la Escalinata; como debería intentarse, también, con los demás restos de la muralla que aún existen, pero que corren gravísimo peligro de desaparecer a poco que nos descuidemos.

## NOTAS

(1) «Kitab ar-Rawd al Mitar» Ed. y traducción de Lévi Provençal, pág. 20. 1938, en «Historia de España», t. VI, «España cristiana. Comienzo de la Reconquista» por Fr. Justo Pérez de Urbel, pág. 126. Espasa-Calpe. Madrid, 1964.

(2) «Historia de España», t. IV. Lévi Provençal, «España musulmana hasta la caída del Califato de Córdoba», págs. 405-406. Espasa-Calpe. Madrid, 1967.

(3) Vid. Elías Tormo, «Las murallas y las torres, los portales y el alcázar del Madrid de la Reconquista, creación del Califato», pág. 211. C. S. I. C. Madrid, 1945.

(4) Fidel Fita, «Bol. de la A. de la H.» VIII, pág. 452, citado por Tormo, O. cit. pág. 211.— Nicolás Fernández de

Moratín, «A las niñas premiadas por la Sociedad económica de Madrid en la distribución de 1779», «Obras de Moratín», pág. 29, B A E, II.

(5) «Memoria histórico-artística del Teatro Real de Madrid, escrita de orden de la Junta directiva del mismo por Don Manuel Juan Diana» Madrid. En la Imprenta Nacional. 1850.

(6) Archivo de Palacio. Leg. 733. Atado, «Casa. Inmuebles. Coliseo Real y Plaza de Oriente. 1818».

(7) Tormo. O. cit. pág. 31.

(8) Ramón de Mesonero Romanos, «Manual de Madrid», ed. de 1831, en O. C. t. III, pág. 140. B A E.

(9) Archivo de Palacio. Leg. 733. Atado cit. Carp. «Desmontes y Escavaciones hechas por Gregorio Ramirez y Manuel y Benito Diaz y Andrés Martinez. Año de 1818.»

(10) Luis Prados de la Plaza, «La nueva aportación a la muralla árabe de Madrid», en VILLA DE MADRID, núm. 49, págs. 64 y 65. Madrid, 1975-II. Año XIII.

(11) «Destajista del Murallón, llamado de Madrid Grego. Ramirez. Pagado». Atado y carpeta citados.

(12) Tormo. O. cit. pág. 32.

(13) Diana. O. cit. págs. 24-25.



# UN CRONISTA «CONFIRMADO» Y UNA RENUNCIA A UNA GRAN CRUZ

Por Ricardo DONOSO-CORTES y MESONERO-ROMANOS

**FALTABAN** dos días para la Nochebuena de 1871. Una carta, cuyo sobre tengo en la mano, fue entregada en el piso principal de la casa de la Plaza de Bilbao, número 13. Escrito con letra grande, clara, diríamos cuadrada y sin dirección. Unicamente figuraba:

«Al Excmo. Sr. D. Ramón Mesonero-Romanos  
B.I.M.  
s.a.s. M. de Galdo».

Puede comprenderse la sorpresa que causaría a don Ramón la lectura del sobre. Era del Alcalde Primero del Ayuntamiento de Madrid, del que después él diría que no le conocía, ni siquiera de vista.

La sorpresa y el interés en conocer el contenido de la carta se observa por la manera de estar abierto el sobre, desgarrado. Siempre los abría, dado su temperamento, con la plegadera o incluso con las tijeras de su despacho.

Sacaría la carta con precipitación, papel con membrete y con el canto de oro. Se pondría sus anteojos, tan conocidos por sus retratos, y leería:

*ALCALDÍA PRIMERA DEL AYUNTAMIENTO POPULAR DE MADRID.—Particular.—Excmo. Sr. D. Ramón Mesonero Romanos. Muy señor mío y de todo mi respeto: Aunque hasta hoy no he tenido la honra de tratarle, su nombre me era muy conocido y simpático desde los años primeros de mi juventud, en que solía entretener mis ocios con la lectura de sus múltiples escritos sobre asuntos varios, y muy especialmente sobre la villa de Madrid, su historia y los proyectos de reforma que, en su sentir, debían alentarse y promoverse.*

*Por esta razón, habiendo sido nombrado Concejal del Ayunta-*



No XXIV.

MADRID, 8 DE ENERO DE 1880.

NÚMERO 1.





Excmo. Sr. D. Ramón Mesonero Romanos.

Muy Sr. mío, y de todo mi respeto: aunque hasta hoy no he tenido la honra de tratarle, su nombre me era muy conocido y simpático desde los años primeros de mi juventud, en que solía entretener mis ocios con la lectura de sus múltiples escritos sobre asuntos varios y muy especialmente sobre la Villa de Madrid, su historia y los proyectos de reforma, que en su sentir debían alentarse y promoverse.

Por esta razón habiendo sido nombrado Concejal del Ayuntamiento de Madrid, recordé con placer lo que de V. había aprendido, y cuando tuve la alta é inmerecida honra de ser votado Alcalde primero, me creí en la obligación de nombrarle Cronista de la Villa, proponiéndolo así á la Corporación. Esta lo estimó muy justo, y al querérselo comunicar, me encontré que usted ya tenía semejante título dado anteriormente por este mismo cuerpo. Se reformó el acuerdo, y en vez de nombrarle, como se había hecho, se confirmó á V. en el cargo de Cronista de Madrid.

Así y todo mi conciencia no se hallaba tranquila, pues creía, como creo, que D. Ramón Mesonero Romanos, hijo de Madrid y Concejal que ha sido de este Ayuntamiento, merecía ser condecorado con justicia por el Gobierno de la Nación, que nunca debe olvidar los servicios de sus buenos hijos y mucho me

nos los de aquellos, que como V. han dejado con su pluma recuerdos á las generaciones venideras de lo que vale el amor de un hijo al pueblo, en que vio la luz primera.

En carta atenta, en que indicaba brevemente sus merecimientos, y en que además decía (lo que es verdad) que no tenía la honra de conocerle, ni tratarle personalmente, indiqué al Sr. Ministro de Estado, Excmo. Sr. D. Bonifacio de Blas, la justicia que á V. asistía, para poder ostentar una Gran Cruz. El citado Sr. Ministro se apresuró á contestarme á las veinte y cuatro horas, accediendo á mis deseos y diciéndome tenía mucho placer en hacer justicia á sus merecimientos, por los cuales quedaba nombrado Caballero Gran Cruz de Isabel la Católica, y que semejante distinción era libre de gastos.

Con tal motivo me apresuro á referirle todo lo sucedido, y á rogarle tenga en cuenta, que, como en V. quisiera, es siempre premiado el mérito de todos mis paisanos, y el de todos los hijos de España.

Es de V. siempre su afectísimo servidor y amigo. Q. B. S. M.

Madrid, 22 de Diciembre de 1871.

Manuel M. J. de Galdo

miento de Madrid, recordé con placer lo que de usted había aprendido, y cuando tuve la alta é inmerecida honra de ser votado Alcalde primero, me creí en la obligación de nombrarle Cronista de la villa, proponiéndolo así á la Corporación. Esta lo estimó muy justo, y al querérselo comunicar, me encontré que usted ya tenía semejante título, dado anteriormente por este mismo cuerpo. Se reformó el acuerdo, y en vez de nombrarle como se había hecho, se confirmó á usted en el cargo de Cronista de Madrid.

Así y todo, mi conciencia no se hallaba tranquila, pues creía, como creo, que D. Ramón Mesonero Romanos, hijo de Madrid y Concejal que ha sido de este Ayuntamiento, merecía ser condecorado con justicia por el Gobierno de la Nación, que nunca debe olvidar los servicios de sus buenos hijos y mucho menos los de aquellos que, como usted, han dejado con su pluma, recuerdos á las generaciones venideras de lo que vale el amor de un hijo al pueblo en que vio la luz primera.

En carta atenta, en que indicaba brevemente sus merecimientos y en que además decía (lo que es verdad) que no tenía la honra de conocerle ni tratarle personalmente, indiqué al Sr. Ministro de Estado, Excmo. señor D. Bonifacio de Blas, la justicia que á usted asistía para poder ostentar una Gran Cruz. El citado Sr. Ministro, se apresuró á contestarme á las veinticuatro horas, accediendo á mis deseos y diciéndome tenía mucho placer en hacer justicia á sus merecimientos, por los cuales quedaba nombrado Caballero Gran Cruz de Isabel la Católica, y que semejante distinción era libre de gastos.

Con tal motivo me apresuro á referirle todo lo sucedido y á rogarle tenga en cuenta que, como en usted, quisiera ver siempre premiado el mérito de todos mis paisanos y el de todos los hijos de España.

Es de usted siempre su afectísimo servidor y amigo, Q. B. S. M.,

MANUEL M. J. DE GALDO.

Madrid 22 de Diciembre de 1871.

La sorpresa que tuvo al recibir el sobre, hay que pensar que, con la lectura de la carta, se transformaría en alegría, en una gran satisfacción. Satisfacción de la que haría partícipes a los suyos, de este verdadero «aguiñardo» inesperado, en el que se reconocía su desvelo, su trabajo continuo



y callado, en el que siempre había huido de todo protagonismo, en fin, era el reconocimiento que públicamente valoraba y premiaba, una vida entera dedicada a Madrid, al pueblo donde nació y a sus conciudadanos, «paysanos» y convecinos, como él cariñosamente les llamaba.

Es probable que leyese varias veces la carta. Llamaría a su mujer e incluso a alguno de sus hijos. Puede ser que a Francisco, su hijo mayor, mi abuelo, muy compenetrado con su padre y que en aquella época tendría veintiún años.

Iniciaría la lectura de la carta, una vez más, ahora en alto, y es probable, también, que la emoción natural no le permitiera terminar la lectura y que tuviera que hacerlo uno de sus hijos.

Es muy posible que, ensimismado, comenzase a pasar revista a su vida y no oyese el final de la carta.

Pensaría en esa vida en la que Madrid había sido su Musa y su gran Amor, y a la que había dedicado todo su tiempo. Desde aquel año, 1821, ¡hacia cincuenta años!, en que a sus diecisiete de edad, publicaba su primer trabajo, precisamente sobre Madrid, «Mis ratos perdidos». Recordaría las dificultades que encontró para verlo impreso y hasta el extravío del manuscrito.

Seguiría volviendo a «vivir» los momentos que precedieron a la publicación de sus «Escenas Matritenses», y recordando a personajes que dieron origen a muchas de ellas. También recordaría el trabajo realizado, gestiones y visitas, para escribir el «Manual de Madrid», y los estudios en Archivos y Parroquias para completar el «Antiguo Madrid». Pasaría su vista por aquella época, 1835, en que publicaba sus artículos sobre mejoras de Madrid en el Diario, artículos que eran al día siguiente elevados a rango de disposición por el entonces Alcalde, Marqués Vdo. de Pontejos. También reviviría su gestión en la Casa de la Villa, a donde fue llevado contra su voluntad, ya que prefería realizar los estudios en la soledad de su despacho. Y por último, las pérdidas de tiempo, discusiones y también el trabajo, a veces agotador, en tantas y tantas comisiones de distintas Corporaciones y Establecimientos locales, Caja de Ahorros, Liceo, Ateneo, etc.

Era toda una vida, toda su vida, cincuenta años, la que le había hecho, de repente, revivir la carta del Alcalde.

Continuaría absorto pensando en aquellos mil detalles, unos alegres y otros, por qué no, tristes, mientras

habrían acabado la lectura de la carta. La familia, con gran cariño y con la alegría reflejada en los rostros, le contemplaría, abandonándole poco a poco, y quedando solo en su despacho, entre sus libros y sus recuerdos más queridos.

Es simpático pensar que después de esta vida dedicada a Madrid, al estudio de sus costumbres, de su historia y a las de sus condiciones de vida y también a la solución de tantos problemas, siendo, creemos puede decirse, la figura más representativa, estudiosa y enamorada de Madrid, no conociera al Alcalde. Pero ¡no conocía al Alcalde, ni de vista!. Que enseñanzas se pueden sacar de ello.

En cuanto a la carta, cuántas cosas habría que decir. Que en el Ayuntamiento, no recordaran que era ya Cronista de Madrid, y lo era desde 1864. ¿Cuántos Cronistas habría?. Puede ser que fuera el único. Tenerse que contentar con «confirmarle». ¡Un cronista confirmado!. Esto sí que debe ser un caso único, entonces y es de esperar que ahora. El cambio de la designación de Cronista por la concesión de una Gran Cruz, pero eso sí, que ésta fuese «libre de gastos».

Volviendo a la casa de don Ramón, hay que recordar que antes se celebraban las Navidades con las familias reunidas, y con grandes fiestas, y comidas. Era época en la que venían a Madrid los parientes de provincias. Por ello es muy probable que estuvieran ya en casa de don Ramón los parientes de Salamanca, Zaragoza y Exea de los Caballeros.

Los preparativos y el jaleo, que a no dudar había en la casa en aquellos días, no impediría a don Ramón encerrarse en su despacho. Aquel despacho de altos techos, y allí, rodeado de sus libros y recuerdos de su ya dilatada vida, aquella misma noche escribiría el borrador de la carta de contestación, que quería enviar sin falta al día siguiente.

También tengo en la mano ese borrador, fechado el 23 de diciembre, con algunas enmiendas, que seguramente le aconsejaría su mujer, introduciría, y a la que se lo leería antes de pasarlo a limpio.

El borrador de la carta dice lo siguiente:

«Muy señor mío de todo mi respeto: Recibí la afectuosa carta, fe-



de completamente, cuanto por proceder de una persona a quien no había tenido la honra de conocer personalmente, ni sabía por lo tanto que le mereciera tan afetuosa y espontánea voluntad.

Bajo este punto de vista únicamente, y atendido mi carácter ~~por~~ nada inclinado a estas distinciones pomposas, es como adquiere para mí preciado valor, una gracia que por lo espontánea, é ignorada de todos, pudiera hacerme creer en efecto, que al consagrar mi escasa inteligencia al servicio del pueblo de Madrid, había conseguido la única recompensa á que siempre aspiré, que era la satisfacción de mi conciencia y el aprecio de mis compatriotas. Por lo demás, esta gracia (que pudiera llamar póstuma) sólo podrá servir para decorar mi ataúd, aquel ataúd modesto al que hace ya treinta años dedicaba este expresivo epitafio al final de una de mis Escenas Madrilenas.

Aquí yace  
un hombre que no fué nada  
absolutamente nada  
ni siquiera Jefe político.

B. L. de V. a V. en quien  
Esto no obstante, servirame en vida para recordarme la gratitud que debo á V. en quien veo delicadamente simbolizados, la estimación y afecto, que pude un día merecer de mis paisanos y convecinos.

Madrid 23 de Diciembre de 1871

B. L. de V. a V.

R. de V.

cha de ayer 22, con que usted me favorece para comunicarme que aunque sin conocerme personalmente, y llevado sólo de las simpatías que hace mucho tiempo le han inspirado mis trabajos en el Ayuntamiento y demás corporaciones y establecimientos locales, así como mis pobres escritos en lo referente á la historia administrativa, descripción y costumbres de nuestro común pueblo natal, le sugirieron la idea (antes de separarse de la Corporación municipal que dignamente preside) de hacer que se me diera un testimonio público de gratitud por aquellos que llama merecimientos míos, y al efecto, había obtenido del Ayuntamiento, la confirmación del título honorífico de Cronista de Madrid, que ya anteriormente se me dispensó, y del Gobierno, la gracia de la Gran Cruz de Isabel la Católica, libre de gastos, cuya credencial me remitía.

Grande ha sido la sorpresa que en mí ha causado esta inesperada merced, tanto por referirse á méritos y servicios, que por lo añejos, creía ya olvidados completamente, cuanto por proceder por iniciativa de una persona á quien no había tenido la honra de conocer, ni saber, por lo tanto, que le mereciera tan efusiva y espontánea voluntad.

Bajo este punto de vista únicamente, y atendido mi carácter, nada inclinado á estas distinciones pomposas, es como adquiere para mí preciado valor, una gracia que por lo espontánea, é ignorada de todos, pudiera hacerme creer en efecto, que al consagrar mi escasa inteligencia al servicio del pueblo de Madrid, había conseguido la única recompensa á que siempre aspiré, que era la satisfacción de mi conciencia y el aprecio de mis compatriotas. Por lo demás, esta gracia (que pudiera llamar póstuma) sólo podrá servir para decorar mi ataúd, aquel ataúd modesto al que hace ya treinta años dedicaba este expresivo epitafio al final de una de mis Escenas Madrilenas.

Aquí yace  
un hombre que no fué nada  
absolutamente nada,  
ni siquiera Jefe político (1).

Esto no obstante, servirame en vida para recordarme la gratitud que debo á usted, en quien veo delicadamente simbolizados, la estimación y afecto, que pude un día merecer de mis paisanos y convecinos.

(1) En 1842 el Sr. Jefe político (Gobernador) me dio algo de dinero por haber publicado un libro sobre la historia de Madrid, que me sirvió para comprar un libro de historia.



Madrid 23 de Diciembre de 1871.—B. I. M. de V. S. S. S.

Pasado algún tiempo, el Alcalde Primero fue a entregar personalmente la credencial de la Gran Cruz de Isabel la Católica a la propia casa de don Ramón. No puedo determinar en qué fecha, pero sí sabemos que la llevó y es natural que le visitase en cuanto la burocracia, que ya en el siglo XIX era famosa, lo permitiera.

En la carta de don Manuel M. José de Galdo y copiado del oficio del señor Ministro de Estado, se dice que la distinción era «libre de gastos». Puede ser que a esta condición se debiese, en gran parte, que aceptase la Gran Cruz. En su carta lo repite don Ramón, e incluso, aclara que su carácter no es «nada inclinado a esas distracciones pomposas» y que esa Gran Cruz solo podrá «decorar su atahud, aquel atahud modesto...».

\* \* \*

Pasan los años, mejor dicho, un año y dos meses, cuando don Ramón vuelve a acordarse de aquella Gran Cruz que nunca había ostentado sobre su pecho, ni siquiera las insignias en la solapa.

Pero en febrero de 1873 se estudia y aprueba en las Cortes el Presupuesto de la Nación. En él se considera como objeto de «luxo y vanidad» las Grandes Cruces o al menos ésta de Isabel la Católica.

Es presumible la reacción de don Ramón cuando conociese la consideración de lujo que se daba a esta Encomienda. No la había solicitado, y si la había aceptado fue por la forma insólita de su concesión. Siempre había pensado no usarla y no la había usado desde que se la otorgaron. Ni siquiera la compró. El había sido siempre contrario a estas «vanidades». Incluso pregonó al final de las Escenas,

*Las veneras y entorchados  
de que andan cargados otros,  
las contemplo propias de ellos,  
como de mí, mis anteojos.*

Inmediatamente tomaría la decisión de renunciar a la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Suponemos que primero se lo diría a su mujer y que María Salomé quiso persuadirle de que cambiase de opinión. Que ante su negativa, se plantease la posible renuncia al resto de la familia. Es muy probable que hicieran un frente común, madre e hijos contra don Ramón.

Era una Gran Cruz que había acep-

tado por una serie de circunstancias especiales en su planteamiento, pero que durante ese año largo, no sólo no la había usado, sino que creemos, que en el fondo, no estuvo muy cómodo consigo mismo por haberla aceptado. Y ahora, mira por donde, que el «libre de gastos» no servía y la consideración de «luxo y vanidad» le obligaría a tener que pagar un impuesto.

El NO a toda la familia sería rotundo. Volvería a encerrarse en su despacho, entre sus libros y escribe. También tengo el borrador delante de mí, y esta vez no hay tachaduras ni enmiendas.

Este borrador de la Instancia al señor Ministro de Estado dice:

EXCMO. SR.—Por RL. Decreto fecha 17 de Diciembre de 1871, a propuesta y solicitud espontánea del Alcalde primero, en representación del Ayuntamiento popular de Madrid, me vi con gran sorpresa agraciado con la gran Cruz de Isabel La Católica, libre de gastos, cuya credencial vino a entregarme el mismo Sr. Galdo, a quien ni de vista tenía la honra de conocer.

Esta gracia tan espontánea como no deseada, se fundaba en los servicios administrativos y literarios que pude prestar en mi larga vida a la población de Madrid; y aunque mi primer impulso, consecuente con mi modestia y desinterés, fue reusarla desde luego, la manera insólita con que me era ofrecida, y el deber de cortesía a que me obligaba el gobierno, el Alcalde y la Municipalidad, me hizo recibirla, sino con satisfacción, al menos con gratitud.

Pero hoy que según el presupuesto aprobado por las Cortes, se considera como objeto de lujo y vanidad una merced, que como en este caso se ha hecho sin solicitarla, espontáneamente y como recompensa, según se dice de señalados servicios, yo que en ellos no busqué otra que la satisfacción de mi conciencia, y mi deber de buen patricio, y que de todos modos no acepté dha merced sino por cortesía, y con el firme propósito de no hacer uso de ella en los cortos días que me quedan de vida, ruego a V.E. que en vista de todo ello se sirva admitir la renuncia expresa que hago a dha merced que me propuse no usar jamás.

Dios que a V.E. ms. as.

Madrid de Febrero de 1873.

B.L.M. de V.E.

Ramón de Mesonero Romanos  
Excmo. S.D. Cristino Martos, Ministro de Estado.

Excmo. Sr.  
Por RL. Decreto fecha 17 de Diciembre de 1871, a propuesta y solicitud espontánea del Alcalde primero, en representación del Ayuntamiento popular de Madrid, me vi con gran sorpresa agraciado con la gran Cruz de Isabel La Católica, libre de gastos, cuya credencial vino a entregarme el mismo Sr. Galdo, a quien ni de vista tenía la honra de conocer.  
Esta gracia tan espontánea como no deseada, se fundaba en los servicios administrativos y literarios que pude prestar en mi larga vida a la población de Madrid; y aunque mi primer impulso, consecuente con mi modestia y desinterés, fue reusarla desde luego, la manera insólita con que me era ofrecida, y el deber de cortesía a que me obligaba el gobierno, el Alcalde y la Municipalidad, me hizo recibirla, sino con satisfacción, al menos con gratitud.  
Pero hoy que según el presupuesto aprobado por las Cortes, se considera como objeto de lujo y vanidad una merced, que como en este caso se ha hecho sin solicitarla, espontáneamente y como recompensa, según se dice de señalados servicios, yo que en ellos no busqué otra que la satisfacción de mi conciencia, y mi deber de buen patricio, y que de todos modos no acepté dha merced sino por cortesía, y con el firme propósito de no hacer uso de ella en los cortos días que me quedan de vida, ruego a V.E. que en vista de todo ello se sirva admitir la renuncia expresa que hago a dha merced que me propuse no usar jamás.  
Dios que a V.E. ms. as.  
Madrid de Febrero de 1873.  
B.L.M. de V.E.  
Ramón de Mesonero Romanos.





¿Se presentó esta Instancia?. ¿Pudieron más la mujer y los hijos?. Por el bien de don Ramón, quiero ilusionarme con que la entregó. La familia se llevaría un gran disgusto. Pero todos le conocían y comprenderían que se quedaba ahora más tranquilo. Como suele decirse, después de catorce meses, descansaba.

Al final juntos reirían y comentarían la alegría que trajo a la familia aquel sobre, que vuelvo a tener en la mano, y el desasosiego que el bueno de don Ramón había tenido desde entonces y del que ya, yo quiero pensar, se había liberado.

*Sólo mi humilde barquilla  
ante el piélago profundo  
descansa sobre su quilla,  
mirando desde la orilla  
el laberinto del mundo.*

*Nada era, nada soy;  
a mi nulidad me atengo,  
y lo mismo ayer que hoy,  
a mis soledades voy,  
de mis soledades vengo.*

(1) «En 1842 el ser Jefe político (Gobernador) era ser algo. Si hubiera sido ahora hubiera escrito: *Ni siquiera Ministro*, que es decir *menos que nada*.»

*M. Excmo. D. Ramón Mesonero*  
*Romanos B. L. M.*

*V. a. r.*

*M. de Saldo-*



# D. JOACHIN DE IBARRA IMPRESOR DE CAMARA DE SU Magestad.

Por Manuel ROSON



EN fecha relativamente reciente, con motivo de la reimpresión en facsimil del «Quijote» impreso en la «oficina» de Ibarra, en 1780 (1), ha recordado actualidad la figura insigne del famoso artífice aragonés, al cabo de medio siglo largo, desde que le fue ofrecido un homenaje popular por el Ayuntamiento de Madrid, en 1923.

La talla profesional de Ibarra es perfectamente comparable a la de los herederos magníficos, no superados, del «monstruo» tudesco de poblada y venerable barba bífica de Maguncia, el ho-

landés Elzevirius y su hermano, en Amsterdam; el belga Cristóbal Platín, en Amberes; el francés Didot, en París, y los italianos Aldo Manuccio, en Venecia, y Juan Bautista Bodoni, en Saluzzio.

## TIEMPOS DIFICILES

«Don Joaquín de Ibarra e Marín» (2), no desmereció ante ellos, y hubo de hacer frente a enormes dificultades técnicas y económicas en una época que, si





*Lápida conmemorativa colocada por el Ayuntamiento de Madrid en la fachada correspondiente de la casa número 13 de la actual calle de Núñez de Arce, que fue el número 22 de la antigua calle de la Gorguera, donde estuvo la Casa de Ibarra durante más de treinta años, aunque don Pedro de Répide le atribuye el número 32. Era Alcalde don Joaquín Ruiz Jiménez, padre del ilustre jurista de nuestros días.*

*Esa lápida esta hecha en azulejos de cerámica por el que fue extraordinario artista cordobés, don Enrique Guijo, que tuvo su comercio en la calle Mayor, frente, casi, al Ayuntamiento. Don Enrique murió a principios de la década de los cuarenta, siendo conservador del Museo y otros edificios municipales.*

*Abajo, lápida instalada por el Ayuntamiento y el Sindicato Nacional de Papel, Prensa y Artes Gráficas.*



parecía ser punto de partida de una regeneración nacional, como la que encarnó el napolitano Carlos III de Borbón, y de «apertura» a un mundo que nos era hostil, en plena efervescencia de la «leyenda negra», tan excitada, aún, en Flandes —donde ya se había «puesto el sol» —tenía residenciado al país en el antepenúltimo rincón de la Europa occidental, incomunicado, casi, por la barrera pirenaica.

#### FE EN SI MISMO

Ibarra fue, pues, superior al medio y al ambiente que constituían su entorno. Los impresores, sobre todo, los que iban de pueblo en pueblo, lo que podríamos llamar «trashumantes», trasladando en rudimentarios medios de transporte sus nobles útiles de trabajo, eran considerados poco menos que aventureros.

La Imprenta había encontrado

mejor acomodo en aquella Europa de la edad moderna, con más fáciles medios de comunicación, distancias más cortas entre las ciudades, y relativa comunidad idiomática. Algo de lo que ocurre ahora. El castellano (que acaba de celebrar su Milenario) iniciaba su ocaso en aquella parte de la vieja Europa —tan remota en aquella época—, y, aunque estaba todavía, muy lejana la desmembración, de los que fueron



sus fabulosos Dominios, se mantenía la permanencia en América y Filipinas, cual firmes bastiones de la continuidad de la Cultura, la Lengua y la Fe.

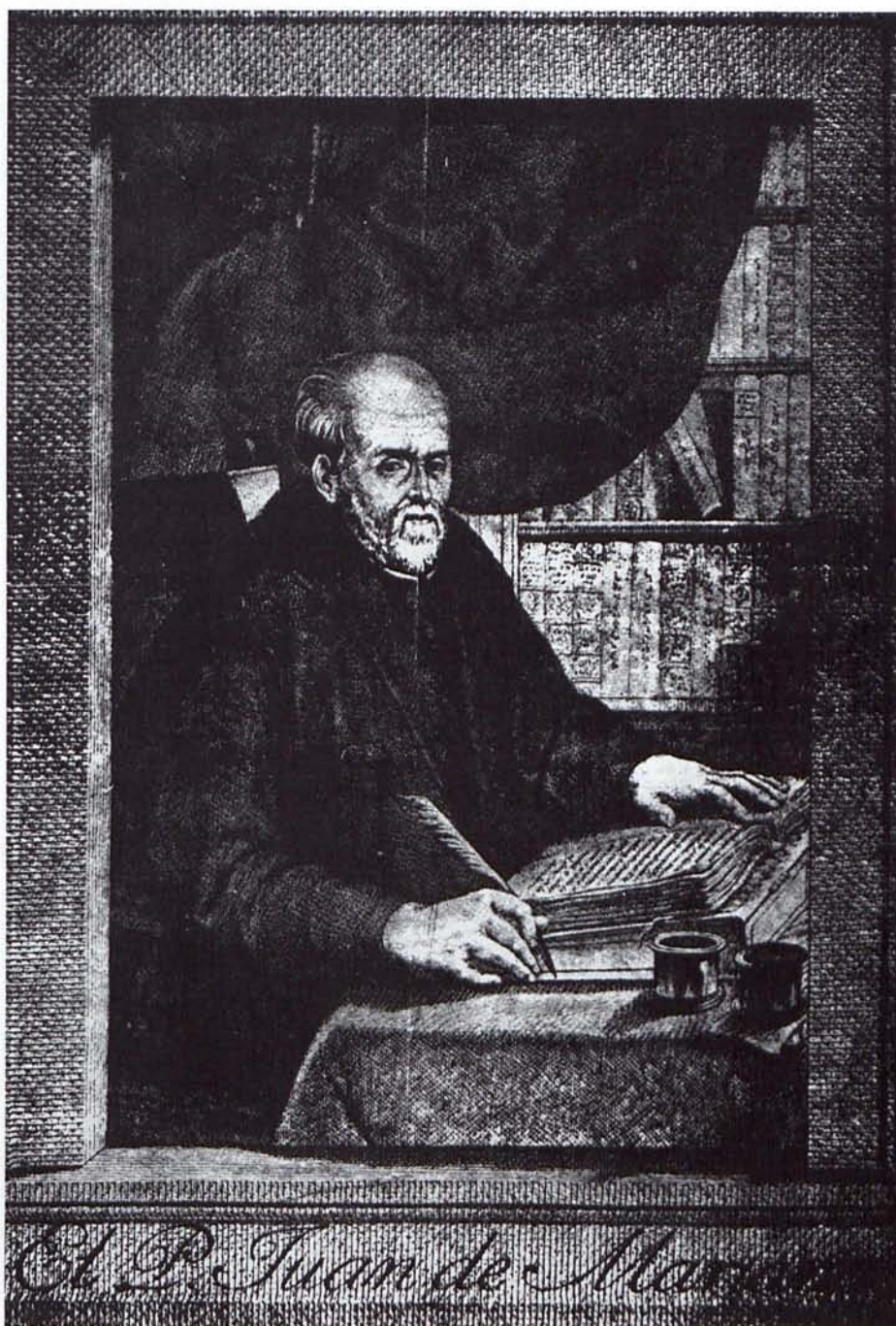
## EL APRENDIZAJE

Por eso, fue extraordinariamente difícil el aprendizaje de Ibarra, que, a los diez años de edad, un niño casi, fue a vivir (1735), huérfano y con escasos recursos, con su tío paterno Manuel Ibarra, en la legendaria ciudad leridana de Cervera. El viejo, impresor también como su hermano «Don Joaquín», lo era de la famosa Universidad (todavía tar-

**Ibarra (Joaquín).**  
(Impresor.)



Algunas «marcas de imprenta» utilizadas por Ibarra.



El padre Juan de Mariana, de la edición valenciana de don Benito Monfort (1783), «dibuxada por Rafael Ximeno».

daría mucho en salir de sus claustros el increíble exabrupto «fernandino» «... lejos de nosotros la funesta manía de pensar»...).

Y allí aprendió el muchacho a manejar el componedor y a ser cajista, hallándolas en los cajetines con juvenil presteza, mientras alternaba el oficio con los latinajos indispensables de cualquier iniciación escolar elemental. Eran los tiempos precursores —o imperaban ya— de «la letra,

con sangre entra», y el chico fue así aprovechado estudiante.

## EN LA CORTE

Desaparecido el viejo pariente protector, el famoso impresor en ciernes llegó a la Corte mediado el siglo XVIII (1753-54), amparado, tal vez, por gozosa «encomienda o privilegio real», a las que el monarca era tan aficionado, y el cual no le abandonó ya (moriría tres años después que



# HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

COMPUESTA, EMENDADA Y AÑADIDA

POR EL PADRE JUAN DE MARIANA

DE LA COMPAÑIA DE JESUS,

CON EL SUMARIO Y TABLAS.



DECIMAQUARTA IMPRESION.

TOMO PRIMERO.

EN MADRID

POR D. JOACHIN DE IBARRA IMPRESOR DE CAMARA

DE SU Magestad.

AÑO M. D. CC. LXXX.

*La hermosa portada de la «Historia General de España», del padre Mariana (1780).*

Ibarra, en 1788), prestándole su generoso apoyo para instalarse en su primer local, en la calle de las Urosas, que es en la actualidad la de Vélez de Guevara —para pasar, poco después, al que habría de ser su definitiva sede profe-

sional, en la de la Gorguera, hoy, Núñez de Arce. Una «oficina» con cien obreros —la Imprenta Real doblaba ese nivel— y quince prensas, alguna, procedente de los herederos de Gabriel Guasp, que fundó su glorioso taller en

Palma de Mallorca en 1579, tres años después que Cristóbal Plantín, muerto en 1589, instalara la suya en Amberes —que mantuvo su yerno Juan Moretus—, y que es hoy venerable Museo de la ciudad del Escalda.

La «oficina» de Guasp, permanece, aún, por lo que debe ser considerada como la más antigua del mundo. Como los recios olivos de la tierra.

Por cierto que la Casa de Ibarra de la calle de la Gorguera, estuvo cerca de lo que siglo y medio después, sería restaurante famoso: la «Viña P» de los años veinte, resucitado, ahora, en la plaza de Santa Ana.

## EL «SECRETO» DE IBARRA

El gran secreto del insigne impresor aragonés radicaba en la composición de sus tintas.

Conservamos, como la mejor herencia familiar (que, a su vez, «venía» del abuelo) la hermosa «decimoquarta impresión» de la formidable «Historia General de España, compuesta, enmendada y añadida por el Padre Juan de Mariana, de la Compañía de Jesús (estaba reciente la expulsión de la Orden) con el sumario y tablas. En Madrid, por don Joachin de Ibarra, impresor de Cámara de Su Majestad. Año M. D. CC. LXXX»

Dos volúmenes, gran folio, pasta española. Un pequeño gran tesoro espiritual y tipográfico.

Resplandece el ánimo al contemplar, a los, casi, dos siglos, el negro fijo e inalterable de su perfecta impresión ¡Y qué estupendo papel, tan «joven», casi como entonces!...

## LAS ERRATAS

Ibarra (no olvidemos a los madrileñísimos Sancha) tenía verdadera obsesión por las erratas. Colocaba pruebas de su concienzudo trabajo en la puerta de su taller, ofreciendo premios en «reales de vellón» a quienes lograran descubrirlas. El «duende-



cillo», había nacido con el propio Gutenberg.

En cierta ocasión, el buen Monarca visitó la «Oficina» de la calle de la Gorguera, y, al ver los pliegos de pruebas a la entrada, preguntó la causa a don «Joaquín».

—Son las erratas, mi Señor, porque no es obra perfecta la que carece de tal requisito.

Y era que, aún detestándolas, las justificaba ante su rey.

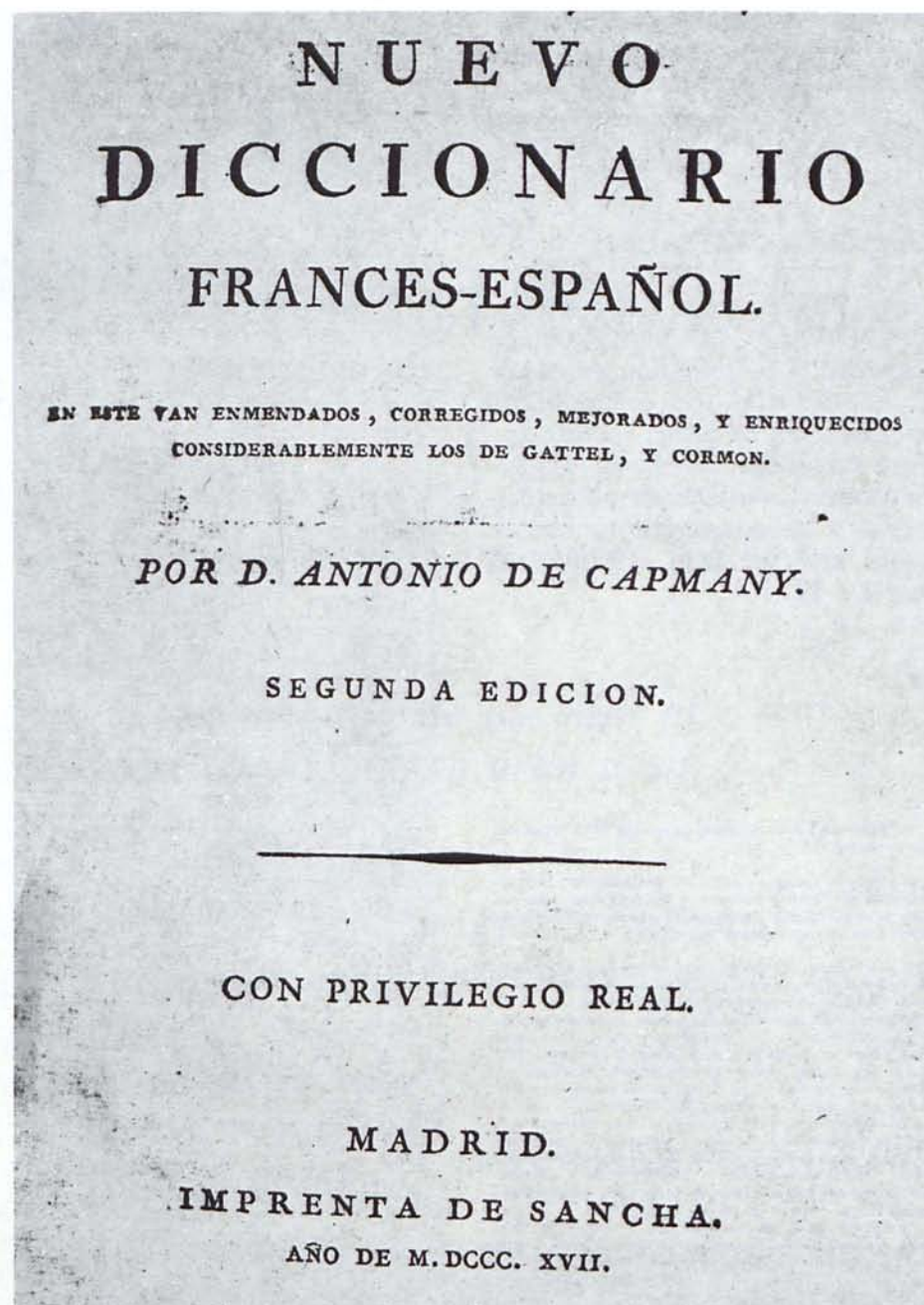
Como Carlos III era muy culto, y conocía algunos secretos del arte de imprimir, indagó, curioso, a uno de los más expertos operarios de la casa. (Pedro Rodríguez) en qué consistía su innovación para evitar el llamado «remosqueo» o imprecisión de algunas impresiones, con lo que se mostró muy satisfecho (3).

#### AHORA, SOLO EL RECUERDO

Pero todo ha cambiado en el transcurso de treinta y tantos años. El edificio que albergara la Imprenta de Ibarra sufrió, como otros de la misma calle, los rigores de la guerra, y la bella lápida de Guijo quedó destrozada. El inmueble, de cuatro plantas era, desde principios de siglo, de vecindad, como ahora, y al término de la contienda fue convenientemente restaurado y modernizado. Sobre su amplio portal, que ostenta actualmente el número 11, ha sido instalada otra, cuyo texto es el siguiente:

«Aquí estuvo la Casa de  
«Joaquín de Ibarra  
«Gloria de la Imprenta Española  
«1725-1785.  
«El Sindicato Nacional de  
«Papel, Prensa y Artes Gráficas  
«con la colaboración del  
«Ayuntamiento de Madrid  
«coloca esta lápida para  
«perpetuar su memoria  
«26 de mayo 1943».

La nueva —veinte años después— carece de la belleza de la anterior, y sus materiales no son tan nobles, pero cumple el propó-



*Sancha fue otro gran impresor madrileño. He aquí una edición de 1817.*

sito de conservar el recuerdo de la gloriosa industria que albergó.

El presidente del mencionado Sindicato era Don Francisco Guillén Salaya, y el Alcalde, Don Alberto de Alcocer.

#### LOS HOMENAJES DE 1923 y 1943

Además del tributado por el Ayuntamiento de Madrid en 1923 (plasmado en dos folletos dedicados por la Casa de la Villa, uno

de ellos, obra del que a la sazón era, además, Director de la Hemeroteca, el jefe de Investigaciones Históricas» e ilustre periodista Don Ricardo Fuente, que, igualmente, dirigía «El Radical», de Don Alejandro Lerroux, hubo otro, muy bueno, también, ofrecido en 1931 por la Casa Gans (¡aquel gran Don Richard!), con motivo del cincuentenario de la Empresa; (1881-1931) que consistió en la publicación de un libro perfecto; cuidadosa y delicadamente editado, del que, era autor



otro gran especialista del arte de imprimir: Don Marcos Ramón Blanco-Belmonte, que perteneció durante muchos años a Prensa Española.

## LA PAZ DEL ESPIRITU

Constituyen gran alivio espiritual el reposo, la meditación, el recuerdo y la reflexión de tanta grandeza, que son legados incomparables de aquel recio e insigne aragonés, nervioso, enjuto de estatura mediana, de pocas palabras y de conmovedora humanidad, que fue Don «Joachín de Ibarra e Marín».

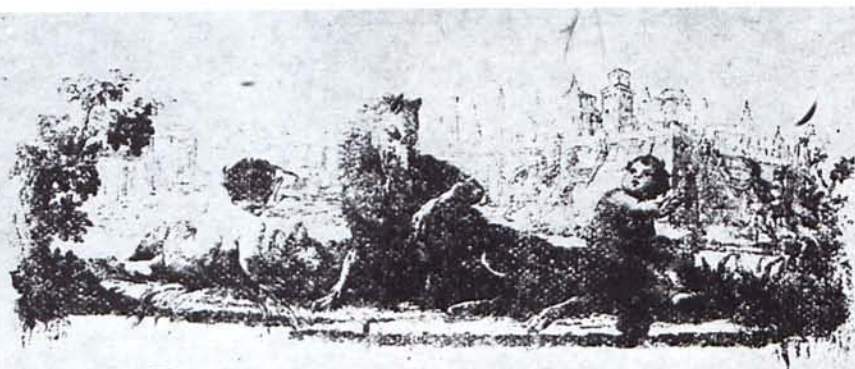
(1) Editorial Turner Madrid, noviembre 1977. Plaza de Alonso Martínez, 3.

(2) Nació en Zaragoza en 1725 y murió en Madrid en 13 de noviembre de 1785. Recientemente se ha cumplido el ciento noventa y dos aniversario. Tenía, pues, sesenta años. Fueron sus padres Juan Ibarra y Mariana Marín.

(3) La «Oficina» de Ibarra continuó abierta después de la muerte del Maestro, acaecida en 1785, figurando al frente su ya citado discípulo fiel y predilecto, el inteligente artesano Pedro Rodríguez, con algunos veteranos operarios, hasta bien entrado el siglo XIX (1821-29), en que se pierde el rastro, y, siempre, hasta el final, en el número 22 de la calle de la Gorguera, como afirma don Ricardo Fuente, jefe de Estudios Históricos del Ayuntamiento de Madrid, en su folleto, con motivo del homenaje de 1923, si bien Don Pedro de Répide afirma en «Las Calles de Madrid» que era el 32. Según el ilustre cronista de la Villa la denominación de la Gorguera obedece a una corrupción del que parece que era el primitivo: la Agorera, vieja hechicera llamada María Mola, de triste y siniestra fama. Y también, descarta las acepciones de cuello alechugado que usaban los nobles de la época, o el de las armaduras guerreras.

La segunda esposa de Don «Joachín», y después, su hija, única del matrimonio, fueron las herederas directas y, por tanto, propietarias del famoso establecimiento tipográfico madrileño.

Otra muestra del trabajo de la «oficina» del Maestro.



# LA CONJURACION DE CATILINA

POR  
CAYO SALUSTIO CRISPO.



ESTA cosa es que los hombres, que desean aventajarse a los demás vivientes, procuren con el mayor empeño no pasar la vida en silencio como las bestias, a quienes naturaleza crió inclinadas a la tierra y siervas de su vientre. Nuestro vigor y facultades consisten todas en el ánimo y el cuerpo: de este usamos mas para el servicio, de aquel nos valemos para el mando: en lo uno somos iguales a los Dioses, en lo otro a los brutos. Por

C. SALLUSTII CRISPI  
CATILINA.



OMNES homines, qui sese student, praestare ceteris animalibus, minima quae mihi deest, ne vitam silentio transcant,

veluti pecora; quae natura prona, atque ventri obedientia finxit. Sed nostra omnis vis in animo et corpore sita est. Animi imperio, corpore servitio magis sumus. alterum nobis cura deus, alterum cura bellum commune est. Quo mihi rec

A

IMPRESA DE LA PRIMERA PLANA CLAMANO REDUCIDO  
IBARRA MADRID 1772



Un alcalde madrileño

## JOSE FRANCOS RODRIGUEZ

- *Acabó el bachillerato cuando tenía doce años y la carrera de Medicina antes de cumplir diecinueve*
- *Cuando estaban terminando de escribir el drama «La encubridora», asesinaron a su colaborador en plena calle*
- *Al cabo de tres lustros dejó de ejercer la Medicina para dedicarse por entero al periodismo*

Por Juan LAGARMA BERNARDOS

FUE al iniciarse los años 20 cuando comencé a frecuentar los teatros sin pasar por la taquilla. Y como esto de entrar gratis tenía una explicación, voy a darla: Uno de mis compañeros de sección de la entidad bancaria donde trabajábamos, era el jefe de la claqué del teatro Reina Victoria —inaugurado el 10 de junio de 1916— y debido a existir intercambio entre los jefes de la claqué para sus «hombres del aplauso», nos veíamos tanto lo bueno como lo malo que subía a los escenarios. Y de esa ya tan lejana época recuerdo que una buena parte de las obras que se estrenaban —generalmente comedias, juguetes cómicos, zarzuelas y revistas— estaban escritas por dos autores, y de entre otras parejas de aquél entonces y de años posteriores, citaré las formadas por Paso y Abati; los Quintero; los Machado; Capella y Lucio; Sevilla y Fernández Carreño; Pa-



*El médico Francos, retratado por Sorolla.*



## Clarín

Al través del siglo XIX resaltaron tres periodistas, que fueron en la, preza y orgullo de la clase en España. Copaban siempre los vacantes, los sitios que ocuparon, abastecían. Lloran al mismo ne Politecno hablador, Clarín de quien ejerció soberana nica literaria sin <sup>ver</sup> <sup>en</sup> <sup>la</sup> <sup>mente</sup> la capital de la Na cion y Mariano de Cavia <sup>que</sup> <sup>escribió</sup> <sup>día</sup> <sup>por</sup> <sup>día</sup> <sup>un</sup> <sup>ro</sup> <sup>nicar</sup> <sup>de</sup> <sup>insuperable</sup> <sup>valor</sup>. Hoy se recuerda el nom bre de Leopoldo Alas, aprovechando la ocasion para renovar la admiracion colectiva no las usas las <sup>maravillas</sup> <sup>conten</sup> tamente pues estamos conparcidos de la superiridad de los actuales tiempos. Mucho se <sup>ha</sup> <sup>retardado</sup> <sup>el</sup> <sup>momento</sup> de hacer justicia al ingenio peregrino autor de la Regenta. Arano pensaran algunos que fue de poca monta el tri buto ofrecido a quien dedicó veinte años juveniles y mo tra cuanto pudo hacer mientras vivio pero en subitancia conqiane a las generaciones presentes, repasar manonias cuales las de quien al iniciarse el siglo que corre anuncia ba sin esplendores y grandezas.

Clarín la personalidad literaria de Clarín, su obra cuanto pudo anunciar el proposito que le guiaba mere cido <sup>examen</sup> <sup>y</sup> <sup>los</sup> <sup>hombres</sup> <sup>en</sup> <sup>verdad</sup> <sup>glorio</sup> <sup>so</sup> <sup>solo</sup> <sup>de</sup> <sup>clausuran</sup> <sup>como</sup> <sup>talento</sup> <sup>mucho</sup> <sup>tiem</sup> <sup>po</sup> <sup>de</sup> <sup>su</sup> <sup>existencia</sup> <sup>y</sup> <sup>am</sup> <sup>pamos</sup> <sup>om</sup> <sup>bastante</sup> <sup>lon</sup> <sup>cuanto</sup> <sup>tuvi</sup> <sup>mos</sup> <sup>la</sup> <sup>alegría</sup> <sup>de</sup> <sup>conocer</sup> <sup>al</sup> <sup>autor</sup> <sup>de</sup> <sup>lo</sup> <sup>aligues</sup> <sup>y</sup> <sup>el</sup> <sup>pesar</sup> <sup>de</sup> <sup>advertir</sup> <sup>como</sup> <sup>se</sup> <sup>componia</sup> <sup>y</sup> <sup>aventaba</sup> <sup>del</sup> <sup>mundo</sup> <sup>quien</sup> <sup>ahora</sup> <sup>podria</sup> <sup>hacer</sup> <sup>cuartillas</sup> <sup>igual</sup> <sup>que</sup> <sup>lo</sup> <sup>hacian</sup> <sup>el</sup> <sup>patriarca</sup> <sup>de</sup> <sup>las</sup> <sup>letras</sup> <sup>hispanas</sup> <sup>Armando</sup> <sup>Palacio</sup> <sup>Valdes</sup> <sup>Leopoldo</sup> <sup>Alas</sup> <sup>lleno</sup> <sup>su</sup> <sup>tiempo</sup> <sup>con</sup> <sup>varios</sup> <sup>talento</sup> <sup>aspectos</sup> <sup>diversos</sup> <sup>de</sup> <sup>la</sup> <sup>existencia</sup> <sup>del</sup> <sup>mundo</sup> <sup>y</sup> <sup>bien</sup> <sup>proroc</sup> <sup>examinarse</sup> <sup>obis</sup> <sup>del</sup> <sup>fundamento</sup> <sup>que</sup> <sup>ahora</sup> <sup>advertimos</sup> <sup>al</sup> <sup>reparar</sup> <sup>lo</sup> <sup>escrito</sup> <sup>hace</sup> <sup>mas</sup> <sup>de</sup> <sup>treinta</sup> <sup>años</sup>. No parece que Alas <sup>quiere</sup> <sup>anticipar</sup> <sup>en</sup> <sup>lo</sup> <sup>que</sup> <sup>consistia</sup> <sup>su</sup> <sup>labor</sup> <sup>de</sup> <sup>un</sup>

Reproducción de la primera cuartilla del último artículo escrito por el maestro Francos Rodríguez y publicado en «ABC» pocos días antes de su fallecimiento.

radas y Jiménez; Muñoz Seca y Pérez Fernández; Torres del Alamo y Asenjo; Reoyo y Luca de Tena (J. I.); Quintero y Guillén; Paso y Estremera; Abati y García Alvarez; Muñoz Román y González del Castillo; Romero y Fernández Shaw; Cadenas y Gutiérrez Roig; Lepina y del Toro; Torrado y Navarro, etc.

### EL ESCRITOR

En cambio hoy, y salvo excepciones, no se estrenan obras en colaboración, superando el número de traducciones al de libretos originales de

nuestros autores. Esto en cuanto a lo dramático, y en cuanto a lo lírico diremos —aunque de sobra es sabido— que los estrenos brillan por su ausencia, siguiendo las compañías de zarzuela echando mano del repertorio de todos conocido.

Y puesto que al ocuparme de Francos Rodríguez he comenzado hablando del tema teatral, seguiré con éste para decir que cuando le tentó la escena, se dio en pensar un argumento, lo planteó y después buscó un colaborador. Pero ocurrió que la obra que comenzaron juntos a escribir tuvo que acabarla Francos forzosamente. ¿Desacuerdo en el desarrollo de la obra? No. Ambos se

entendían perfectamente. Lo ocurrido fue... Francos lo refirió en varias ocasiones, y la última al cabo de treinta años de su paso por los escenarios, en una entrevista publicada en las interesantes y cuidadísimas páginas de «La Esfera».

—La primera obra de teatro la estrené en Novedades el año 1887... Se titulaba «La encubridora», y la había escrito con García Vao... Y aquí viene un suceso extraño y triste... Cuando estábamos terminando la obra, asesinaron a mi colaborador una tarde, a las siete, en la misma Glorieta de Bilbao... El asesino pudo escaparse y todavía es la hora que no se ha sabido por qué mataron a mi infeliz amigo, que ni tenía odios ni envidias, pues comenzaba conmigo sus pasos en la vida literaria. ¡Cosa de más misterio!...

El trágico fin de su colaborador dejó sumido en el mayor dolor a Francos, que durante varios meses se sintió incapaz de seguir escribiendo. Después terminó la obra, vino su estreno, y a éste siguieron, entre otros, «Varios sobrinos y un tío», comedia en un acto; «Los plebeyos», drama en tres actos, en colaboración; «El coco», zarzuela en un acto, en colaboración; «Chispitas o el barrio de Maravillas», zarzuela en un acto, en colaboración; «El catedrático», drama en tres actos, y «El señorito», zarzuela en un acto. Además, hay que anotar en su haber varios arreglos y traducciones. Sépase también que durante el tiempo que dirigió «El Globo» no cesó en su labor teatral, estrenando buen número de obras, que unas gustaron y otras no, como ocurre siempre. Fue Francos Rodríguez uno de los fundadores de la Sociedad General de Autores, en unión de Sinesio Delgado, Carlos Arniches, Vital Aza, José López Silva, Joaquín y Serafín Alvarez Quintero, Miguel Ramos Carrión, Joaquín Valverde (padre), Tomás López Torregrosa, Ruperto Chapí y Eugenio Sellés. Además de presidente de tan beneficiosa asociación, lo fue del Círculo de Bellas Artes, de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid, de la Real Academia de Ciencias Hispanoamericanas y académico electo de la Real Academia Española, en la que ocupó la silla «D», habiendo figurado además al frente de otras importantes entidades artísticas y culturales.

Y tras la breve cita de su producción teatral, haremos otro tanto de la literaria, mencionando los siguientes títulos: «La novela de Urvasierva»



—su primer libro—, «La muñeca», «El caballo blanco», «El espía», «Como se vive se muere», «El quite», «La hora feliz», «Sanos y enfermos», «El primer actor», «El teatro en España» (1908), «El teatro en España» (1909), dando también a la imprenta «La vida postal española», «Excepticismo político de la clase obrera», «La mujer y la política españolas», «La vida de Canalejas» y «Las subsistencias». También en el mundo de la Medicina dejó pruebas de sus estudios y profundos conocimientos con la publicación de «Patología de la sífilis», «El delito sanitario», «Higiene del comerciante» y «Cuestiones antropológicas».

Las diversas actividades de Francos son clara muestra de un hombre inquieto, de un hombre de gran capacidad creadora, de un hombre muy activo, de un hombre, en fin, que sólo a su férrea voluntad debió la destacada posición social que llegó a alcanzar.

### EL MEDICO

Nacido en el seno de una humilde familia, su padre —que era cochero— se dedicaba al alquiler de coches por abonos, en un local de la calle de Santa Brígida, frente al teatro Martín. Desde pequeño demostró Pepito ser muy despierto, y cuando le llegó la hora de ir al colegio dio sobradas muestras de estar dotado de una inteligencia nada común, por lo que en seguida destacó de entre sus compañeros. Y como para muestra basta un botón, diré que cuando sólo contaba siete años, su maestro, vistas las excelentes cualidades que demostraba para el estudio, propuso a su padre que lo matriculase en el Instituto, advirtiéndole que si no lo hacía por falta de medios económicos, lo haría él de su bolsillo, renunciando al cobro de la deuda. La familia aquilató sus gastos hasta el máximo, y Pepito ingresó en el Instituto. Tenía entonces ocho años, y al cumplir los doce abandonó las aulas con el título de bachiller. Puesto a elegir, todas las carreras le parecían buenas, decidiéndose por la de Medicina, en la que se matriculó, y para costearse los estudios entró al servicio del doctor Velasco, como ayudante, empleando las horas libres en hacer los recados para la casa y en aprenderse las asignaturas del curso, situación en la que permaneció durante tres años, cesando para pasar a ocupar una plaza de practicante en el Hospital de la Princesa, ya desapare-



*El escritor y político en su despacho.*

cido. Acabó la carrera antes de haber cumplido diecinueve años, y comenzó a ejercerla como ayudante del doctor Cortezo durante diez años, al finalizar los cuales le entró de lleno la fiebre literaria y comenzó a escribir artículos en «El Siglo Médico», «El Criterio Científico y Literario» y otras publicaciones profesionales. Antes de su estancia en Hellín —donde permaneció dos años ejerciendo— desempeñó el cargo de secretario de la Academia Médicoquirúrgica Española, en la que leyó varias memorias y pronunció discursos que fueron objeto de elogiosos comentarios.

### EL PERIODISTA

Y con la llegada de Francos a Madrid, procedente del citado pueblo albaceteño se produce la gran sorpresa para sus parientes, sus compañeros de profesión e incluso sus íntimos amigos. Ha decidido colgar el recetario para dedicarse por entero al periodismo, y da sus primeros pasos como redactor en el diario madrileño «El Pueblo», pasando de éste a «El País», al tiempo que comienza a colaborar en «El Imparcial», «El liberal», «El Resumen» —primer diario español que ilustró sus informaciones— y otros periódicos; dirigió





*El maestro en el lecho mortuario, despacho y sillón donde pasó los últimos días de su enfermedad y momento de ser sacado el cadáver.*

«La Justicia», después «El Globo» —periódico madrileño que subsistió durante más de medio siglo— y por último «Heraldo de Madrid», en el que permaneció durante siete años (1902-1909).

Como colaborador, dejó en el diario «ABC» patentes muestras de su profundo conocimiento de cuanto tiene relación con el ejercicio del periodismo, publicando unas interesantísimas crónicas retrospectivas bajo el título general de «Memorias de un gacetillero», reunidas primero en los volúmenes titulados «En tiempos

de Alfonso XII», «Días de la Regencia», y «Cuando el rey era niño», a los que siguieron años después otros dos: «Contar vejece» y «El año de la derrota», apareciendo su firma frecuentemente en las revistas ilustradas «La Esfera», «Blanco y Negro», «Nuevo Mundo», «Mundo Gráfico» y también en «La Razón», de Buenos Aires. Y como cierre de estas líneas que recogen de manera sucinta su paso por la profesión periodística —iniciada en los momentos precursores de nuestro desastre colonial— diré que el último artículo

que salió de la brillante pluma de José Francos Rodríguez fue sobre Leopoldo Alas «Clarín», y se publicó en «ABC». Y después de hablar del periodista, pasemos a hacerlo del político.

## EL POLITICO

El primer cargo oficial que ocupó fue la Dirección de Comunicaciones (1909) y a él se debe la creación del servicio de envíos contra reembolso, produciéndose su cese al año siguiente, al ser nombrado alcalde de Madrid —había sido concejal en 1894 y 1907— y en 1913 pasó a ocupar el Gobierno Civil de Barcelona en circunstancias difíciles, «dando satisfactoria solución a la huelga del arte textil que entonces estalló con caracteres de extraordinaria gravedad», y desde 1915 a 1917 tenemos a tan activo madrileño nuevamente en la Dirección de Comunicaciones, y ¡contrastes de la vida!, siendo Francos, director, un pariente suyo era cartero en Sobrado, una aldea de Asturias, en la que solía pasar temporadas con algunos familiares. Un cese y un nombramiento: Es designado ministro de Instrucción Pública, y cuando deja ésta cartera es para hacerse cargo de la Comisaría General de Abastecimientos, mandato de corta duración, debido a ser llamado para ocupar nuevamente la Alcaldía de Madrid, en la que permaneció hasta ser nombrado titular del Ministerio de Gracia y Justicia. Un año antes (1920), el Gobierno le designó para presidir la Misión que representaría a España cerca de la República de Chile, en las fiestas celebradas con motivo del cuarto centenario del descubrimiento del Estrecho de Magallanes, llamado así en recuerdo de su descubridor, el famoso navegante portugués al servicio de España, que halló la muerte combatiendo contra los indígenas en la isla de Mactan (Filipinas), el 27 de abril de 1521. A su regreso del viaje a Chile, Francos Rodríguez dio amplia cuenta del mismo en un libro que tituló «Huellas españolas».

Elegido diputado a Cortes, representó durante varias legislaturas, a la provincia de Alicante, formó parte de diferentes Comisiones permanentes, fue designado vicepresidente segundo y tercero de la Cámara, Consejero de Estado y Senador vitalicio. De Francos Rodríguez hay que decir además que fue un hombre eminente



temente popular, no sólo en Madrid, sino en toda España, y tanto en su patria chica como en Alicante tiene dedicadas sendas calles. La de Madrid lo fue por acuerdo del Ayuntamiento en sesión celebrada el 1 de marzo de 1916, pasando a llamarse de Francos Rodríguez el hasta entonces denominado Camino de la Dehesa de la Villa. Hombre de una voluntad enorme, cuanto se propuso lo consiguió por su condición de periodista. La mayor alegría de su vida la recibió el día que se examinó de la licenciatura, ejerciendo la medicina durante unos quince años, entre Madrid y Hellín, donde contrajo matrimonio.

En sus últimos años, su fuerte naturaleza fue duramente castigada, sobre todo desde que en 1923 sufrió un ataque de hemiplegia, que le dejó su brazo derecho inutilizado, y esta pérdida corporal puso nuevamente de manifiesto el dominio que siempre tuvo de su voluntad, obligando a su mano izquierda a realizar la función mecánica de escribir.

José Francos Rodríguez vino al mundo en Madrid el día 5 de abril de 1862, y en Madrid se produjo su muerte en la mañana del lunes 13 de julio de 1931. A finales de 1930 le fue concedida la medalla de Oro del Trabajo; estaba en posesión de la gran Cruz de Carlos III, además de otras condecoraciones extranjeras, entre ellas la de la Legión de Honor, la Medalla del Mérito, de Chile y la gran Cruz de la Orden de Honor y Mérito, de Cuba.

Sean pues, las últimas líneas de este recuerdo a tan ilustre madrileño, para decir que a lo largo de su activísima vida pronunció numerosos discursos en Academias, Ateos y Centros Culturales.

Al ocurrir su fallecimiento era presidente de la Asociación de la Prensa, de Madrid, en una de cuyas dependencias fue instalada la capi-



*Aspecto que ofrecía la avenida de Eduardo Dato —tercer trozo de la Gran Vía— al paso de la numerosísima comitiva fúnebre.*

lla ardiente, desfilando ante sus restos ministros, autores, diplomáticos, actores, políticos, compositores, militares, escritores, periodistas, médicos, pintores, etc., que después se sumaron al acto del sepelio en la Sacramental de Santa María, presen-

ciado por un numeroso acompañamiento, entre el que se encuentran para dar su último adiós a este maestro de periodistas, más de medio centenar de representantes de la prensa extranjera, acreditados en la capital de España.





# JOSE LUIS ALVAREZ ALVAREZ, NUEVO ALCALDE DE MADRID

LE DIO POSESION DEL CARGO  
EL MINISTRO DEL INTERIOR

Por María Luz NACHON

**E**L viernes 3 de marzo tomó posesión de su cargo de alcalde de Madrid don José Luis Álvarez Álvarez, nombrado por Real Decreto el 28 de febrero, fecha en la que así-

mismo cesó su antecesor inmediato en la Regiduría de la Capital de España, don Juan de Arespachaga y Felipe.

El solemne acto tuvo como pró-

logo la imposición, por el ministro del Interior, de la Gran Cruz de Isabel la Católica al Alcalde saliente, concedida por S. M. el Rey como reconocimiento de los méritos con-





El ministro Martín Villa, impone la Gran Cruz de Isabel la Católica al señor Arespacochaga.

traídos por el señor de Arespacochaga durante casi dos años de mandato.

#### JURAMENTO Y ENTREGA DE ATRIBUTOS

Poco después de la una de la tarde se inició el acto de toma de posesión, que presidió el ministro del Interior señor Martín Villa. Le acompañaron además de los señores de Arespacochaga y Álvarez, los ministros de Obras Públicas, señor Garrigues Walker; de Industria, señor Rodríguez Sahagún; de Educación, señor Caverio Lataillade; de Transportes, señor Sánchez Terán, y de Cultura, señor Cabanillas quienes ocuparon lugares preferentes en el estrado.

En el Salón Capitular se encontraban también el presidente del Senado señor Fontán; de la Diputación, señor Castellanos, Gobernador Civil de Madrid, señor Rosón, y otras autoridades; la Corporación municipal en pleno y un gran número de invitados entre los que figuraban la esposa del nuevo Alcalde y sus hijos, la señora de Arespacochaga y otras personas allegadas a las familias de los alcaldes entrante y saliente. La tribuna pública estaba abarrotada, así como el Patio de Cristales donde los asistentes siguieron el acto a través de los servicios de megafonía.

Leídos por el Secretario General

del Ayuntamiento señor Barcina los Reales Decretos de cese —a petición propia— del señor Arespacochaga y de nombramiento del señor Álvarez, el Ministro del Interior tomó juramento al nuevo Alcalde, imponiéndole a continuación la faja y entregándole el bastón de mando, correspondiendo al señor Arespacochaga la imposición del gran collar creado en tiempos del señor Arias Navarro como un atributo más de la Alcaldía.

#### EL PASO DE LA HISTORIA

Al término de la imposición los asistentes dedicaron largo aplauso al señor Álvarez y, seguidamente, don Juan de Arespacochaga pronunció su discurso de despedida, en los términos siguientes:

*«Tiene la ceremonia de transmisión en la Alcaldía el acento humano y el perfil añejo de un lance repetido que quizás encuentra sus raíces no ya en los viejos concejos sino en las páginas más antiguas, incluso de la historia tribal. Ofrece por ello, un estilo diferente, más directo, más humano y cálido, que la misma ceremonia en cualquier otro cargo por importante que sea en cualquier otra Administración.»*

*Hace cerca de dos años vivimos otro en el que, el que os habla, fue también protagonista emocionado*

*porque en este lapso de tiempo al frente de la Alcaldía de Madrid, la historia que los humanos vamos haciendo cada mañana, señaló para España mudanzas importantes desde los símbolos y las representaciones hasta la actividad de cada día y de cada calle.*

*Es indudable que terminó una época y empezó otra de signo bien distinto. Y difícilmente en estos momentos de revisión y replanteamiento, se hace posible una gran labor creadora que requiere un sosiego a todos los niveles desde los de concepción a los de ejecución. De hecho, de este talante general ha adolecido forzosamente todo el país, y debemos tener sin embargo la satisfacción de que, aún dentro de esta situación general, el Ayuntamiento de Madrid ha funcionado con un máximo entusiasmo y con un no despreciable rendimiento.*

*Sería inútil y pretencioso intentar hacer aquí un balance de realizaciones, pero cualquiera que haya seguido la labor del Municipio no podrá decir que estos dos últimos años no han visto, en muchos niveles operativos una verdadera superación corporativa que cualquier análisis estadístico podrá comprobar. Ello ha sido posible por la concurrencia animosa de tres sectores esenciales de la vida corporativa que han sido capaces de trabajar al unísono. Estos tres sectores son: el de los Concejales, el de los Delegados de Servicio y el de Personal.*

*A los Concejales, el Alcalde les rinde aquí un tributo de justicia y de agradecimiento a su labor. A diferencia de otras entidades españolas su dedicación a ésta ha sido constante y su asistencia a los Plenos absoluta. Sin excepción, todos los Concejales han sido colaboradores leales de la Alcaldía, y yo pensaba precisamente en ellos en la reciente intervención en el Senado, de la que fue testigo excepcional el Ministro que hoy nos preside, al aludir que los Concejales españoles están hoy en sus puestos sin otra misión que la del servicio, sin ninguna otra ambición que la de ser útiles a los trabajos de la Corporación. Ojalá que los que les sustituyen en su momento y a través del cauce de las próximas elecciones, sientan simplemente el mismo deseo de servir que el que han tenido estos hombres durante el tiempo que los he presidido.*

*En cuanto a los Delegados de Servicio, la Carta de Madrid los hace emanaciones de la Alcaldía. Cual-*





Aspecto del salón durante el acto.

quier palabra admirativa pudiera pues interpretarse subjetivada. Pero no todos los Delegados que han servido estos dos años con este Alcalde entraron por él en el Ayuntamiento. Algunos de ellos fueron nombrados por Alcaldes anteriores y, al respetarlos en sus puestos, el que os habla comprobó el acierto de sus antecesores y la lealtad objetiva de unos hombres que sirvieron a los que los habían nombrado con el mismo celo que lo hicieron a uno mismo. A otros nos lo conocía, y el nombrarlos se debió exclusivamente a que los consideraba especialmente aptos, por lo que se sabía de ellos, para los puestos todos delicados y todos polémicos que han ocupado. Si no debo alabarles, sí puedo perfectamente rendirles una gratitud infinita por la colaboración que prestaron. Puedo decir que lo mucho que se ha realizado en la Alcaldía se debe a la gran capacidad y absoluta dedicación de

todos y cada uno de ellos. Y uno también en este último equipo al personal de mi propia Secretaría, desde la Jefatura de la misma al personal auxiliar de distintos Cuerpos que en ella trabajan. He convivido con todos ellos muchas más horas que con mi propia familia y en este momento de partir siento como algo íntimo amenazara romperse.

El otro pilar fundamental es el del personal del Ayuntamiento que está representado por cerca de veinte mil funcionarios. Es el pilar firme, constante y seguro de toda la actividad de esta gran Casa y cada uno, desde su puesto respectivo, no sólo impregnan básicamente la entera actuación municipal, sino que hacen posible, con su actitud y aptitud la continuada marcha del Municipio. A todos ellos yo querría unirles aquí en un abrazo fraterno. Las mayores satisfacciones en esta Casa las he tenido precisamente al contacto di-

recto con aquéllos funcionarios que padeciendo los coeficientes más bajos de una presunta escala de grados, son sin embargo los que en forma más dura realizan esas labores cotidianas que el vecindario puede creer que se hacen solas pero que, desde la seguridad en las calles y en los edificios, hasta la limpieza pasando por la recogida de basuras o el cuidado de los cementerios y de los mercados, forman una trama sutil y complicada que produce cada mañana el difícil milagro de una Ciudad que funciona. Si en algún momento, algunos funcionarios han podido pensar en una dureza o autoritarismo del Alcalde, que tengan la seguridad de que lo hizo pensando en la dignidad corporativa del Cuerpo a que cada uno pertenece.

Yo quiero a todos decirles que, después de haber pasado por distintas administraciones públicas y privadas, centrales y autónomas, no he



visto en ningún otro sitio mayor vocación de servicio y amor al trabajo que los que pude descubrir en los funcionarios del Ayuntamiento de Madrid. Admito que, como cualquier colectivo humano y máxime de la extensión de éste, puedan existir excepciones, pero sólo he salido públicamente una vez a refutar una imputación hecha al Ayuntamiento cuando alguien aludió, creo que torpemente, a una corrupción municipal con carácter genérico.

Muchas gracias a estos funcionarios, en la persona del Secretario General de la Corporación, colaborador constante y sacrificado de tantas horas preocupadas.

Y aludiré finalmente a los que, en un caso son testigos mudos y en otro testigos activos o censores puntuales de la actividad municipal. Me refiero, al vecindario de Madrid y a los informadores, que, en nombre de ese vecindario han conocido día a día la actividad municipal. Dudo también que haya habido otras administraciones de actividad más abierta que la que he conocido durante dos años. Semanalmente el Alcalde, los Tenientes de Alcalde y los Delegados apropiados, han mantenido más que ruedas informativas, auténticas mesas redondas en donde cualquier tema se ponía a debate. Fueron bastante más de un centenar las reuniones con la Prensa y fueron muchas centenas los contactos mantenidos por todas las Delegaciones con las Asociaciones de vecinos y con miles de personas que, representando intereses en la vida de la ciudad, encontraron en el Ayuntamiento la acogida abierta y el deseo sin excepción de atender sus problemas, dentro de los medios bien limitados con que se ha desenvuelto la Corporación. Que tengan la seguridad de que los problemas no resueltos se deben sólo a la falta de estos medios o a la falta de imaginación, no dedicación, de un Alcalde que intentó hacer con ellos lo más posible.

Nos han faltado muchos medios y no porque se nos hayan escatimado sino porque no existían. En este sentido, yo quiero agradecer y hacerlo muy especialmente en la persona del ministro del Interior, la ayuda recibida de dos Gobierno consecutivos que, aún dentro de las graves dificultades de la situación general, han hecho posible la iniciación de planes fundamentales, con presupuestos extraordinarios que, amortizándose en el tiempo, son siempre convenientes para cualquier entidad. Los presu-

puestos ordinarios de la Corporación, por el contrario, han tenido en el año 77 un déficit más corto que aquél con el que se cerró el año 76. Al poder central creo por tanto obligado rendir un homenaje por la atención constante prestada a los problemas de la Ciudad.

Me despido con emoción pero sin nostalgia de este Salón Corporativo testigo de tanta historia de la Ciudad, que guarda en sus paredes tantas ideas, tantas preguntas, tanta pasión y aún tanta frustración. El paso de la historia ha dejado sus huellas también en estos muros. El retrato que presidía el salón fue trasladado al Museo de la Villa con el respeto que le merece la historia a cualquier pueblo digno, y la efigie de nuestro Rey se entronizó con la esperanza que, no sólo por su propio talante, sino por la visita inolvidable que hizo a esta Casa de la Villa acompañado de S. M. la Reina mantiene ilusionado a un pueblo que desea con fervor el éxito de su empeño. Las efigies del Rey Don Juan Carlos y de Doña Sofía se hallan ya esculpidas en mármoles y bronce, el noble material de la Historia, en esta Sala y en el Centro Cultural de la Villa de Madrid, que también honraron con su presencia y cuyo funcionamiento ejemplar, es una de las satisfacciones de esta Corporación. Al rogar al ministro del Interior que haga presente a S. M. mi absoluta lealtad, quiero le exprese mi gratitud por el tiempo en que me permitió regir los destinos de la Corporación.

Y a tí Alcalde, expresarte como final mi deseo de verdaderos éxitos. Entrás en una misión en la que indudablemente dejarás tu huella y en la que ella a su vez dejará en tí una mayor e imborrable. Sólo el que haya pasado por un Municipio puede sentir y transmitir esta sensación. El tomar posesión en un esperanzaado acompañamiento, con tu familia presente, acompañado de la mía, igual que en mi toma de posesión estuvo la del anterior Alcalde, y en una mezcla en la que sea cualquiera la postura personal hay buenos augurios y esperanzas por doquier, se siente el palpitar de un pueblo como el español que da más cordialidad en los actos formales que en lo que exige en momentos de desesperanza. Este salón te deparárá con más frecuencia disgustos que satisfacciones, pero las que te lleguen a la Alcaldía por el deber cumplido con tus vecinos, te compensarán, con mucho, de los peda-

zos de vida que dejas en él. Yo hago los mejores votos porque en esta cadena de Alcaldes de la Villa, que se pierde en la historia de la Ciudad, seas un eslabón más para el logro de una ciudad mejor.»

El discurso del señor de Arespachaga fue acogido con prolongados aplausos de todos los asistentes puestos en pie con la más grande ovación que se recuerda en la historia de la Sala Capitular de la Casa de la Villa.

## DEDICACION ABSOLUTA Y COMPLETA TRANSPARENCIA

El nuevo alcalde don José Luis Alvarez Alvarez que hace el Alcalde número doscientos cuarenta, según los datos existentes sobre los Corregidores de la Villa, contestó al señor Arespachaga con un discurso en el que trazó las líneas maestras de su actuación en la Alcaldía. Su texto íntegro es el siguiente:

«Quiero, en primer lugar, expresar mi satisfacción por encontrarme en esta Casa.

Para una persona que, como yo, ha nacido en Madrid en una familia corriente, lo primero es dar gracias a todas las personas que han tenido confianza en mí. Al ministro del Interior, al Gobierno en pleno, a su Presidente y, de una manera muy especial, a Su Majestad el Rey.

Quiero dar las gracias a todos los que estáis aquí, que sois amigos míos, porque queréis acompañarme en este momento tan importante para mí, y dar las gracias también a todos los Alcaldes que me han precedido. Naturalmente, todos esos 240 Alcaldes de que habla la prensa, entre los que quizá, el mejor Alcalde fue un Rey, Carlos III, han tenido aciertos y errores. Pero sin su ayuda, desde el primero hasta el último, no sería posible recibir lo que yo recibo. Sé que el Municipio es una entidad viva y que muchas de las cosas que yo haga, que yo inaugure, existen porque otras personas han trabajado, se han esforzado, han luchado por ellas, y quiero, en esa idea de continuidad, iniciar también cosas que yo sé que no voy a poder terminar, pero hay que hacerlo con espíritu de servicio a esa Institución duradera que es el Municipio de Madrid, que tiene que estar por encima de los intereses, de las ambiciones, de la persona del Alcalde de cada momento.



No van a encontrar en mí los anteriores a un crítico, sino al contrario, una persona que reconoce el enorme esfuerzo que habrán puesto para conseguir lo mejor para Madrid. Y concretamente, respecto del saliente, Juan de Arespacochaga, yo sé lo difícil que ha sido esta época, la he vivido como ciudadano y sé el mérito que tienen las cosas que él ha hecho, porque ha sido un período de transición en el que las dificultades han aumentado y en el que las circunstancias políticas han hecho más difícil la solución de los problemas, siempre graves, que un Ayuntamiento tiene.

En el cargo que voy a ejercer voy a tratar de ser absolutamente fiel. En primer lugar, a la Nación. Yo soy un hombre que tiene mucho cariño a España, como hay tantos en esta tierra, y que aunque no esté de moda, quiero decir que el patriotismo es una virtud importante y que aunque sea desde este puesto de Madrid, estoy dispuesto a servir a los intereses nacionales, a los intereses del país entero y a que todos los españoles, vivan donde vivan y pertenezcan al Municipio al que pertenezcan, se sientan en Madrid como en su casa, y no anteponer nunca los intereses de Madrid a los intereses generales, aunque sí como es natural, defender los intereses y los derechos de Madrid con plenitud, con eficacia, con el mayor vigor, en la natural competencia de intereses que existen en una convivencia solidaria.

En segundo lugar, a la Corona que simboliza a la Nación, que es heredera de una tradición histórica y que ha significado la posibilidad de la construcción de una convivencia entre todos los españoles y que es el marco dentro del cual realizamos los ciudadanos nuestra actividad pública y política.

En tercer lugar, ser fiel a Madrid, o mejor aún a los madrileños, hayan nacido aquí o no, eso es indiferente.

Quiero insistir: manifestar mi lealtad a los madrileños, mi clara conciencia de que yo estoy aquí para trabajar por todos, no por unos pocos, no por los que piensan de una manera, sino por todos los madrileños. Espero hacer una gestión satisfactoria, rendirles cuentas constantemente, que esta gestión sea absolutamente transparente para que ellos se sientan representados en aquél que les ha tocado tener como Alcalde, aunque sea por un tiempo breve. Quiero, además, dentro de ello, advertir que voy a ser el Alcalde de todos los madrileños, pero especialmente voy a tratar de serlo de los que más necesitan, sin

demagogias de ninguna clase, pero convencido de que en un servicio público hay que cubrir las necesidades de aquellas personas a las que se sirve; y hay algunas más capaces de resolver sus problemas independientemente, y hay otros grupos, personas, a las que les es más difícil hacerlo así. El Ayuntamiento va a tener una clara postura dentro de sus posibilidades. Una clara postura de ayuda, de defensa de los que están en peor condición, de los que más necesiten cosas, de los que más necesiten apoyo.

Y por último, hay otra fidelidad importante también, que es a una forma de pensar, a una forma de vivir, a una forma de entender las relaciones humanas. Yo quiero decir que para mí, el individuo, la persona, el hombre, la mujer, son el principio y el fin de todo. Que tengo un gran respeto por la libertad y la dignidad de la persona humana por la necesidad de libertades, por los valores morales de la civilización occidental y cristiana, y que espero que eso se refleje en mi conducta.

Todo el mundo conoce mi manera de pensar. Todo el mundo conoce mi encuadramiento político. Yo hago alta afirmación de él, porque no sería leal ni a mí mismo ni a los demás, si enmascarara esta forma de pensar. Yo estoy claramente por la idea de que la sociedad española se organice con libertad, con justicia, con solidaridad, en paz, con orden y con respeto a la autoridad. Estoy claramente por una sociedad de tipo occidental, como aquéllas de la familia europea a la que pertenecemos, con nuestras peculiaridades propias, connaturales, de carácter, históricas. Por una sociedad basada, como he dicho, en el hombre, en la libertad, enemiga de todo totalitarismo, enemiga de un sentido materialista de la vida, sea de origen capitalista o marxista, y partidaria de una convivencia como la que hay en unos pocos países, pero que son justamente los países que pertenecen a nuestra cultura.

Estas son, por orden, las orientaciones que van a guiar mi conducta. Después, los aciertos o los errores, que de ambos habrá, y los problemas concretos, los iremos viendo.

Por último, deseo afirmar que no creo que nunca un hombre solo pueda resolver todos los problemas. Creo, y acabo de indicarlo, mucho en el hombre. Pero creo que cuando se trata de trabajar y afrontar problemas tan complicados y tan numerosos como los que tiene el Ayuntamiento de Madrid, hace falta el trabajo de todos.

Yo pido desde aquí la colaboración, que sé que voy a tener, primero de todos los madrileños, después de las personas que están en el Gobierno, ya que sin la colaboración de una serie de Ministerios es prácticamente imposible resolver los problemas de Madrid, que exceden con mucho, de los de un Municipio corriente o aislado; de todos los que quieran a Madrid, sean del Gobierno o de la oposición; y pido, por último, la colaboración de todas las personas que trabajan en esta Casa desde el Concejal hasta el Contratado de ayer mismo. A todos los técnicos, a todos los empleados. No hay función pequeña o poco importante. Si se hace bien, todas son importantes; si se hace mal, por pequeña que sea, produce un daño general. Yo les pido a todos su colaboración. Ellos van a tener la mía, indudablemente, sin demagogias, con responsabilidad y ejerciendo la autoridad; pero van a tener mi colaboración. Van a ser mis amigos. Yo siempre que he trabajado en cualquier equipo, en cualquier grupo, me he llevado bien con todo el mundo que estaba a mi lado.

Yo quiero insistir en este deseo de colaboración, y deseo especialmente decir una cosa: se ha acusado al Ayuntamiento de corrupción, se ha acusado al Ayuntamiento de inmoralidad. Yo pienso que, desgraciadamente en una organización tan grande hay, todos sabemos, inmoralidades, hay faltas. Yo voy a ser inflexible con esas inmoralidades y con esas faltas. Y voy a serlo por dos razones: primero, porque es lo que se debe hacer, porque es mi obligación; y segundo, porque es lo que se merecen los que aquí trabajan, porque es injusta una acusación general de corrupción; porque creo que hay que reconocer la dedicación, la importancia del trabajo de tantísimos como cumplen sus obligaciones y que hacer acusaciones de tipo genérico debe ser rechazado porque incluye a personas respetabilísimas. Hay que saber distinguir perfectamente la paja del grano y ser inflexible, como digo, con las arbitrariedades, con los abusos y con los incumplimientos de las leyes; y ser justo y reconocer el esfuerzo, el trabajo, de las personas que hacen posible la marcha de una organización tan difícil como es un Municipio.

Quiero terminar prometiendo una dedicación absoluta, una transparencia completa, una rendición de cuentas constante al pueblo de Madrid, a todos los madrileños, que son los que hacen el Ayuntamiento, como la misma palabra lo dice.



Y señalar una idea básica. La idea de que tenemos que tratar entre todos de que Madrid, con todos sus defectos, con todas sus peculiaridades, sea una ciudad para vivir cordial, más humana y mejor para los que estamos en ella.»

La intervención del nuevo Alcalde fue largamente aplaudida.

#### LA CONSTITUCION ESTABLECERA CRITERIOS DE LOS QUE NACERA LA NUEVA VIDA LOCAL

Cerró el acto el ministro del Interior, don Rodolfo Martín Villa que calificó al señor de Arespacochaga como un buen Alcalde, centrando después su discurso sobre el Ayuntamiento y los problemas de la vida local. Su intervención fue como sigue:

«Unos momentos antes del comienzo de esta sesión extraordinaria de la Corporación Municipal de Madrid, en la que damos posesión al nuevo Alcalde, tuve el gran honor, la enorme satisfacción, de imponer las insignias de la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica a Juan de Arespacochaga, que le ha sido concedida por S. M. el Rey. Tuve ocasión de decirle que la Orden de Isabel la Católica premia especialmente, desde su fundación, desde siempre, una virtud ejemplar, una virtud necesaria, que es la lealtad. Si algo pudiera calificar y personificar a una personalidad tan importante, como lo es Juan de Arespacochaga, sería la lealtad; lealtad a sus condiciones, lealtad a su ejecutoria, lealtad a los suyos. En definitiva, Juan de Arespacochaga, durante casi dos años, ha sido un gran Alcalde pero sobre todo, y es mucho más importante, ha sido un gran hombre.

Para suceder a Juan de Arespacochaga, S. M. el Rey ha designado a José Luis Álvarez Álvarez, y de alguna manera sus iniciales palabras de saludo y de recuerdo creo que comprendían las virtudes que le son propias, virtudes que doy por seguras, que damos por seguras los que le conocemos y que va a poner al servicio del pueblo de Madrid. Son virtudes de trabajo, de dedicación y de esfuerzo.

Pertenece, por su edad, José Luis Álvarez a una generación, a un conjunto de españoles, que han crecido a la vida, a la edad, a la profesión en una España en dificultades. Nada

se le dio hecho; desde el comienzo todo lo alcanzó con su esfuerzo. Nada se le va a dar, desde el principio de su actuación en la Alcaldía y estoy seguro que todo lo va a alcanzar con su esfuerzo.

Un acto de toma de posesión de un nuevo Alcalde es buena ocasión para que el ministro del Interior, que tiene desde el Gobierno la responsabilidad de la Administración local en momentos esenciales para la vida local española, pueda exponer algunas ideas que son, en definitiva, ideas del Gobierno y que difícilmente pueden encontrar mejor tribuna que esta.

¿Cuáles son las ideas del Gobierno en relación con este problema? El Gobierno del presidente Suárez, el primero y segundo de sus Gobiernos, se encontró con una vida local regulada por la Ley de Bases de 1975 y puso en marcha una Ley para la reforma política que modificaba, sustancialmente y en profundidad, el sistema representativo en la vida política y local.

Es lógico que tenía que prescindir de aquellas bases, de aquellos principios y que tenía que asentar su política sobre situaciones distintas que, le obligaban, aún más, a ser claro en las determinaciones de sus ideas para con los Ayuntamientos, para con las Diputaciones, para con las Regiones.

Naturalmente, la vida política española está llena de proclamaciones en los textos legales, muy propicios para los Ayuntamientos y las Diputaciones; las más de las veces esas proclamaciones de la legalidad no han constituido realidad de los hechos y los Ayuntamientos y Diputaciones son los primeros que se han visto en dificultades, por la escasez de recursos y la incapacidad de su organización, para dar respuesta a los retos de la demanda de unos servicios y obras que nuestros vecinos nos solicitaban.

¿Qué hemos hecho en estos últimos meses? Hemos tratado de dar respuesta a los temas más acuciantes: el tema de los recursos económicos y la cuestión de los funcionarios al servicio de las Corporaciones Locales.

Al fin y al cabo el Ayuntamiento está hecho para los vecinos. El orden de las personas es anterior al orden de las cosas, y tenemos que empezar por las personas que sirven a los Municipios; hemos tratado de dar respuesta a esos distintos sistemas de colaboración entre el Estado

y las Corporaciones Locales, cuya línea divisoria no está realmente definida, y creo que tiene que ser más a favor de la vida local especialmente en la Capital de España donde, a mi juicio, se confunden, inicialmente y a veces peligrosamente, competencias gubernamentales y locales. Pienso que tiene siempre peor parte la Corporación madrileña.

¿Qué hemos hecho a lo largo de estos meses? Sabemos que tendrá que venir una renovación profunda en la política y en las personas que han de servir a las Corporaciones Locales. Queríamos no se hiciese esta renovación sin una situación absoluta clarificada en sus medios materiales de todo tipo; por ello adoptamos diversas medidas que cuantificadas sitúan a la vida local española en forma equilibrada a 31 de diciembre de 1977 y que, incluso para los Ayuntamientos de Barcelona y Madrid, crean y posibilitan la misma situación a dicha fecha. Ya se quisiera poder ofrecer una situación clarificada en otros ámbitos de la vida española, pública y privada.

Nosotros comenzamos con esta política de apoyo al Ayuntamiento madrileño. El Gobierno que precedió al primer Gobierno del presidente Suárez, el primero de la Monarquía, inició, en lo que se refiere al Ayuntamiento de Madrid, una política de apoyo a los madrileños más necesitados, junto con las finalidades habituales de la vida municipal.

Somos conscientes, sobre todo en las grandes ciudades, que la demanda de equipamientos sociales es lo primero y vuelven a ser las personas antes que las cosas. Por ello, tenemos que prestar oído atento y ayuda eficaz y se la hemos prestado con un Alcalde que no ha sido Alcalde fácil para el Gobierno ni para el ministro del Interior, porque creo, entre otras cosas, que un buen Alcalde tiene, entre algunas de sus más importantes obligaciones, el ser un Alcalde incómodo y a veces impertinente para el Gobierno.

¿Qué vamos a hacer a partir de ahora? Justamente estamos en un momento de evolución importante de la vida local. No podemos adelantar soluciones legales concretas. Tenemos que esperar, lógicamente, a la nueva Constitución que establecerá criterios de los que nacerá la nueva vida local, el nuevo régimen local.

Pero, como estamos en momentos de libertad y de autonomías para las personas e instituciones, el Gobierno



ha enviado a las Cortes un proyecto de ley que deroga todas las leyes anteriores y que le permitirá, en esta situación transitoria, prescindir de controles que de alguna manera dificultan la vida local.

En esa nueva configuración de la vida local me gustaría hacer referencia a dos temas:

Cuando he venido aquí acababa de presidir el Patronato de las Hurdes que integra, entre otras, a cinco Alcaldes de pequeños Municipios, esos Municipios que, dada su dimensión, no pueden dar respuesta al reto de las demandas sociales.

Estamos siendo testigos del tema de realizaciones del Alcalde de la capital de España, el Municipio más poblado de la Nación. Unas y otras situaciones hemos de resolver.

En los primeros, porque tenemos que lograr con la fusión de unos y otros Municipios, unos Municipios-Comarcas que den buenos servicios, que den respuesta a estas demandas; en las grandes ciudades, porque las demandas son mayores y es necesario que sean servidas por Corporaciones que estén cerca del ciudadano y de los vecinos y hemos de buscar, tenemos que encontrar, una nueva fórmula. Es evidente que la fórmula de una Corporación que gobierna un Ayuntamiento normal, no puede ser la misma que el que gobierna el Ayuntamiento de Madrid o Barcelona, con grandes aglomeraciones.

Por ello, creo tenemos que concebir al Ayuntamiento de Madrid —algún intento ya se hizo— como un

verdadero ayuntamiento de Ayuntamientos, como una Federación de Ayuntamientos que englobe a una serie de Corporaciones que tengan su propia personalidad y, de alguna manera, tenemos que desandar lo andado y llegar a la fusión de Municipios, tenemos que federarnos con esos Ayuntamientos que, por el progreso social y la industrialización de la ciudad, constituyen los alrededores de Madrid. Unos y otros tienen que formar una Corporación Metropolitana, un gran Ayuntamiento que, presidido por el de Madrid, planifique los transportes, las escuelas, las zonas verdes y cuyos destinatarios sean los Ayuntamientos pequeños, de Vallecas, de Móstoles, de Alcorcón; Ayuntamientos que, en su sector, cerca de sus vecinos, traten de resolver sus problemas.

De modo, que una de las herencias que el Alcalde Arespacochaga le deja al nuevo Alcalde es esta idea de la que hemos hablado varias veces: que el Ayuntamiento de Madrid tiene que ser distinto, y no tanto por la distinción que le da el ser residencia del Gobierno, de la Capitalidad sino porque un Ayuntamiento de tal dimensión, de alguna manera, se pierde, se deshumaniza, deja de ser Ayuntamiento, deja de ser Cuerpo y no es Corporación.

Pensamos que determinadas competencias están en el Estado y deben estar en el Ayuntamiento que tiene que resolver enormes problemas, como es la carga financiera que pesa sobre Madrid, como es la del transporte y la solución definitiva que, entre todos, demos al Metro,

tarea que, yo diría, es sobrehumana por sus dimensiones y para la que requiero la colaboración de todos, comenzando por la colaboración de los actuales Concejales.

Sé que los actuales Concejales han llegado a esta Casa por procedimientos que no son los que van a presidir las nuevas elecciones. Justamente por eso tengo que agradecerles mucho más y personificando en ellos a miles de ciudadanos españoles que, sin plantearse el futuro político, siguen sirviendo al Gobierno; y, asimismo, quiero personificar en ellos la gratitud del Gobierno, gratitud que a veces está emparejada con discrepancias, las más de las veces de tipo político. Creo que, a pesar de todo, tienen la obligación de colaborar estrechamente con el nuevo Alcalde, como la tienen esos miles de funcionarios del Ayuntamiento, sobre todo los que están, como ha dicho Arespacochaga, peor clasificados y, sin embargo, los que han sido, porque así debía ser, mejor proporcionalmente tratados por el Alcalde y, de alguna manera, por el Gobierno que ha colaborado en ello.

La ayuda del Gobierno la va a tener el nuevo Alcalde, no por razones electorales sino de justicia. El esfuerzo y el trabajo es la biografía del nuevo Alcalde y puedo proclamar que, desde la limitación de cualquier persona a la grandeza de la tarea, doy por seguro va a cubrir esa distancia con honor y a satisfacción de todos.»

El señor Martín Villa fue muy aplaudido.



# APUNTES PARA UN CATALOGO DE LAPIDAS MADRILEÑAS

Por Juan SAMPELAYO

## XVIII

I. Zorrilla San Martín. Juan escritor, diplomático y poeta. Montevideo (Uruguay) 1855-1931.

II. Se colocó esta lápida en la casa de la calle de Lagasca número 6, donde vivió como representante diplomático de su país en una acción conjunta de varios de sus amigos uruguayos y españoles.

III. La lápida es rectangular de pequeño tamaño y está situada al nivel de la calle. Su texto dice así: «Aquí vivió en el año 1892 el gran poeta humanista uruguayo don Juan Zorrilla de San Martín el Uruguay y la Madre Patria le rinden homenaje en el centenario de su nacimiento. MCCMLV-XXVII-XII-MCMLV»







IV. Se celebró el descubrimiento de la lápida a la una y media de la tarde del sábado 6 de julio de 1957 con asistencia de numerosas personalidades hispanoamericanas y españolas así como miembros de la colonia uruguaya en Madrid. Figuraban entre aquellas don Sergio Pittaluga en representación de la Embajada del Uruguay, don Arturo Osorio por la de la Argentina y el Marqués de Ciadoncha en representación del Instituto de Cultura Hispánica y los señores don Demetrio Sobrino de la Comisión Organizadora y Ramón Martín y Morcillo en representación de la Sociedad General de Autores de España.

En primer término habló el diplomático uruguayo don Benjamín Fernández y Medina quien exaltó la figura de Zorrilla San Martín glosando su labor de hispanista. Don José Carlos Ramón Guerra que representaba al embajador del Uruguay, don Alberto Fajardo, leyó unas cuartillas de éste expresando su alta y calurosa adhesión al homenaje rendido «a una personalidad siempre atenta a los heredados valores hispano americanos.»

En nombre de la Sociedad de Autores el poeta Rafael Duyos leyó un poema dedicado a la fi-

gura del autor de «Tabaré» que fue muy aplaudido y que ahora reproducimos.

#### EVOCACION DE ZORRILLA DE SAN MARTIN

*El mar y el cielo se juntan  
cuando la noche se acerca.  
También en ese momento,  
se abrazan mi alma y la tierra.  
Yo sueño a orillas del agua,  
mecido por las mareas,  
mientras la luna charrúa  
levanta sus blancas velas.*

*Cancioncillas del otoño,  
por el playerío tiemblan.*

*Faros y barcos ensayan  
de acuerdo con las sirenas,  
una sorpresa de luces  
sobre las espumas quietas.*

*Me voy en alas del viento,  
hasta el jardín del poeta,  
mientras me arrullan la sangre  
los vales de las estrellas.*

*Canta mi verso...  
Cantando ruega...*

*Llévame viento uruguayo  
—al jardín—  
viento de mayo  
—al jardín—  
de Zorrilla de San Martín.  
Llévame viento sin fin  
hasta sus tranquilas pérgolas...*

*Y con mi sueño en la brisa,  
la canción rueda que rueda...  
Y mientras, los pavos reales,  
duermen en la plazoleta  
del huerto, entre viejos hierros  
españoles y violetas...  
¡Todas las lanzas de Artigas  
—en cada lanza un poema—!*

*¡Todas las rosas de España  
—en cada rosa una flecha—!*

*Tabaré, flor de la tribu,  
desnudo, aullando de pena,  
girasoles en las ingles  
y plumas en la cabeza,  
canta el trance de su amor  
con los versos del poeta.*

*Canta mi verso...  
Cantando ruega...*

*Llévame viento uruguayo  
—al jardín—  
viento de mayo  
—al jardín—  
de Zorrilla de San Martín.  
Llévame viento sin fin  
hasta sus tranquilas pérgolas...*

*Montevideo, dormido...  
¡Y mi corazón en vela...!*

11

#### LA CAPITAL FEDERAL

A Buenos Aires

*No hay soneto, ciudad, con que cantar  
la gracia inesperada de tu vida  
y esa raza de razas sin medida,  
que te puebla en nostalgia de ultramar.*

*De don Juan de Solís, el dulce mar,  
guarda tu Tradición nunca perdida  
y es, bajo el sol de Mayo, estremecida,  
blanca y azul tu enseña secular.*

*India. Española. Gaucha. Americana.  
Europea. Católica. Pagana.  
Ahíta de oraciones y placeres.*

*Campanas. Risas. Músicas. Donaires.  
Muñeiras. Tangos. Valses. Misereres.  
¡Santa María de los Buenos Aires!*

I. Boccherini -Luigi. Músico y compositor. Lucca (Italia) 1743. Madrid 1805.

II. La lápida en recuerdo del que fue gran músico, muchas de cuyas obras compuso en esta ciudad donde vivió largo tiempo al servicio del Infante don Antonio, es obra iniciada por la Corporación Municipal de la ciudad que le vio nacer y de esta donde murió y está colocada en la casa donde vivió y murió en la calle de Jesús y María número 3.

III. El texto de la lápida dice de este modo: «En esta casa vivió y murió Luigi Boccherini. Aquí compuso admirables obras de raíz italiana y ambiente madrileño. En el CL aniversario de su muerte 1805-1955, Lucca y Madrid, fraternalmente unidas le ofrecen este recuerdo».



IV. El acto del descubrimiento de la lápida se celebró el 21 de febrero de 1956 estando precedido de una misa en sufragio de su alma en la Iglesia Pontificia de San Miguel que fue oficiada por el Nuncio de su Santidad Monseñor Antoniutti.

Tras la misa, los asistentes se trasladaron al lugar donde estaba emplazada la lápida y la Banda Municipal interpretó el Minuetto de Boccherini. Acto seguido el Alcalde de Madrid Conde de Mayalde, pronunció unas palabras en las que exaltó la personalidad del gran músico. A éstas contestó con otras el Embajador de Italia en España, don Giulio del Balzo, quien agradeció el homenaje que Madrid rendía a Boccherini. Por último una dama descendiente directa del insigne músico dijo palabras de gratitud en nombre de los familiares de Boccherini.

Posteriormente el Alcalde Conde de Mayalde, descubrió la lápida en tanto que la Banda Municipal de Madrid interpretaba los himnos nacionales de Italia y España.

Entre los asistentes a ambos actos se encontraban Su Alteza Real Don José Eugenio de Baviera y Borbón, los embajadores de Italia, Haití, Nicaragua, el Líbano, Costa Rica y Guatemala, el Primer Teniente de Alcalde del Ayuntamiento Sr. Soler, el Director General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores Sr. Villacieros, así como numerosos músicos y familiares del homenajeado.

\* \* \*

I. Ríos. Blanca de los. Escritora e investigadora. Sevilla, 1859. Madrid, 1956.

II. La lápida dedicada a la autora de las grandes investigaciones sobre Tirso de Molina, fue colocada en la casa en donde vivió y murió en la calle de Jorge Juan número 9, a instancias del Montepío de Prensa y muy en particular del entonces su Presidente Don Mariano Sánchez de Palacios.

III. Se trata de una lápida rectangular con un medallón con



la efigie de la autora; es obra del escultor Víctor de los Ríos y la leyenda de aquella dice así: «A Doña Blanca de los Ríos que en esta casa vivió y murió el día 13 de abril de 1956. El Montepío de Prensa. Año 1962».

IV. El descubrimiento de la lápida tuvo lugar en la mañana del jueves 4 de abril de 1962. En primer término hizo uso de la palabra el Presidente del Montepío de Prensa y notable escritor Don Mariano Sánchez de Palacios, quien leyó las siguientes cuartillas: «No podía el Montepío de Prensa, cuya presidencia ostento el dejar en el olvido a doña Blanca de los Ríos, insigne polígrafa que vivió y murió en esta casa el 13 de abril de 1956, y es por ello, por lo que en este mediodía madrileño venimos hasta aquí para ofrendar a su memoria esta sencilla lápida recordatoria que sea como perenne homenaje a su memoria de aquellos que la quisieron y admiraron, que fueron sus amigos y admiradores de su ingente obra.

Había nacido Doña Blanca en Sevilla, en la alegre y luminosa Sevilla el año 1862 y murió en Madrid en esta casa en 1956.

Poetisa de altos vuelos, de delicada inspiración, novelista de una cultura y sensibilidad poco

corrientes, elogiada sin reservas por el insigne Menéndez y Pelayo, por el que doña Blanca sentía una profunda devoción, y por la ilustre escritora la Condesa de Pardo Bazán, paseó su amplia cultura por toda Europa y dejó páginas inolvidables en la prensa periódica tanto de España como de América. Empezó a escribir, desde muy niña. Su vocación literaria era en ella innata. En 1876 publica su primera novela, «Margarita», y poco después, su primera poesía. Vemos ya su firma en 1889 teniendo a la sazón veintisiete años, en la importante publicación intelectualista «La España Moderna», que funda y dirige Don José Lázaro Galdiano, con un trabajo sobre «Don Juan» en el que ya se adivina su devoción y estudios sobre la figura gloriosa de Fray Gabriel Tellez, «Tirso de Molina», a cuya obra de investigación había de dedicar toda su vida, estudiándola y comentándola como un tributo fiel al gran monje mercedario.

Era natural que tempranamente tan acusadamente lírico, tan profundamente emotivo se inclinara también hacia la lírica, la poesía que eran fruto de aquel espíritu delicado y tierno, viril y a la vez femenino, de una de las más grandes escritoras contemporáneas.





neas. Sus versos —nos dirá Federico Sainz de Robles— son inspirado, delicados, musicales. Su prosa, castiza, enérgica, varonil. Sus novelas, amenas, realistas, brillantes, modelo en el género de costumbres. Sus críticas, agudas, certeras. Sus investigaciones, definitivas, luminosas.

No, no podía el Montepío de Prensa, olvidar a doña Blanca de los Ríos, que dirigió un día la gran revista «Raza Española» símbolo de su devoción hispano americanista; no podía olvidar a la insigne colaboradora de «ABC» y de tantos periódicos y revistas del mundo de la prensa y aquí estamos fieles a nuestra de-

voción y a nuestro recuerdo para rendirle nuestro sencillo, modesto homenaje al que se han sumado la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, representada por el Conde de Colomby; la Real Academia de Bellas Artes de Toledo, representada por su Secretario don Clemente Palencia, a las que pertenecía doña Blanca; el Instituto de Estudios Madrileños representado por su Presidente don Tomás Borrás, el Alcalde de nuestra capital, Conde de Mayalde, que en nombre del pueblo de Madrid nos hace el honor de descubrir ésta lápida.

Gracias, muchas gracias en nombre del Montepío, a todas las

ilustres personalidades aquí presentes que han querido sumarse a este acto justo y emocionado recuerdo permanente a una tan insigne figura de las Letras españolas».

A continuación pronunciaron breves parlamentos de adhesión el Conde de Colomby por la Academia Sevillana de Buenas Letras y don Clemente Palencia de la Real Academia de Bellas Artes, Ciencias e Historia de Toledo.

El Conde de Mayalde descubrió la lápida y dió las gracias en nombre del pueblo madrileño.

\* \* \*

I. Centenario de la creación de la carrera de Ingenieros Industriales.

II. Está situada esta lápida en la calle del Doctor Cortezo número 2. La lápida que conmemora el centenario de la creación de la carrera de Ingeniero Industrial debía haber estado colocada en la misma capilla del Ave María, que tuvo como antecedente en aquel lugar el antiguo Convento de la Trinidad y el Real Instituto Industrial como se desprende del texto de la lápida, pero al ir a colocar la misma en la fecha centenaria los organizadores se vieron sorprendidos por quien entonces regía los destinos de la Capilla diciendo que esto podría traerles perjuicios posteriores, por lo cual los citados señores pidieron permiso a los Almacenes Barasa que colindan con la Capilla, para colocar allí el citado recuerdo, permiso que les fue otorgado con prontitud y gentileza.

III. La lápida de gran tamaño lleva el siguiente texto: «4 de septiembre de 1850. S. M. la Reina Doña Isabel II con refrendo del Ministro de Fomento Don Manuel de Seijas Lozano, crea la carrera de Ingeniero Industrial, dignidad académica máxima conferida por el Real Instituto Industrial, iniciado en el antiguo convento de la Trinidad, que tiene aquí como reliquia insigne esta capilla del Ave María. 16 de febrero 1952. Homenaje centenario



de los Ingenieros Industriales españoles a la augusta soberana y a los próceres profesores y alumnos instituyentes. Laus Deo».

IV. Se descubrió esta lápida como un acto de los más importantes de los organizados con motivo del Centenario de la creación de la carrera de Ingeniero Industrial, en las primeras horas de la mañana del viernes 22 de febrero de 1952.

En primer término el Ingeniero Sr. Alonso Vigueras, pronunció unas palabras haciendo un muy completo análisis de los factores y circunstancias que dieron lugar a mediados del siglo XIX al nacimiento de la industria española señalando cómo en dicha época un grupo de estudiosos del arte industrial viajaron al extranjero para ampliar estudios de ingeniería en los centros más prestigiosos que en aquel momento funcionaban en Alemania y Francia. Destacó cómo al regreso de este viaje dichas personas iniciaron una gran campaña al objeto de que los estudios superiores de la ingeniería industrial adquirieran carta de naturaleza.

A continuación el Alcalde de Madrid, Conde de Santa Marta de Babio, procedió a descubrir la lápida diciendo unas palabras de sencillo homenaje a los ingenieros industriales.

Con el Alcalde, el Presidente de la Diputación y un gran número de ingenieros industriales estaban presentes el Presidente del Colegio de Ingenieros Industriales de Madrid don Fernando Luca de Tena y el Director de la Escuela de Ingenieros Industriales Sr. Soto Redondo.

\* \*



I. Darío, Ruben. Poeta, escritor, y diplomático. Metapa (Nicaragua) 1877. León (Nicaragua), 1916.

II. La lápida homenaje a Ruben fue promovida por el Seminario-Archivo Ruben Darío y se halla colocada en la casa de la calle de Serrano número 31 donde vivió en sus días diplomáticos el gran poeta.

III. La lápida de pequeño tamaño lleva la siguiente inscripción «El poeta Ruben Darío, Ministro de Nicaragua en España, vivió en esta casa. MCMVIII-MCMIX»

IV. El descubrimiento de la lápida tuvo lugar en la tarde del 4 de diciembre de 1958.

En primer lugar se verificó el descubrimiento de la lápida por el a la sazón Ministro de Educación Nacional Don Jesús Rubio García Mina, y acto seguido pronunció

unas breves y emotivas palabras Don Julian Pemartín, expresión del significado del homenaje promovido por el «Seminario-Archivo Ruben Darío» que había querido que coincidiese este acto con el día en que Ruben Darío, corriendo el año de 1898 había salido del puerto de Buenos Aires para venir por vez primera a España.

Entre los asistentes a este acto se encontraban el Embajador de Nicaragua en España Don Manuel F. Zurita, el Director General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores Sr. Ruiz Morales, el Subdirector del Instituto de Cultura Hispánica y el Director del Seminario-Archivo Ruben Darío Don Antonio Oliver y muchos poetas y periodistas.

J. S.



## DESCUBRIMIENTOS MADRILEÑOS

Por Juan SAMPELAYO

En el panorama madrileño del ayer y del hoy, abrimos en estas páginas una noticia de los libros de ayer —a los renacidos nos referimos— y de hoy que tienen a Madrid por protagonista y que juzgamos de valor para la bibliografía de nuestra ciudad y el interés de nuestros lectores.

**D**E Huelva a los «madriles» que todavía estaban poco contaminados, poco invadidas sus aceras por los automóviles de todas las matrículas, poco invadidos los paseos por los vendedores de telas, chirimbolos, que sé yo, llegó un día Margarita. No traía aire de asustada gacela, sí mirada de águila joven que venía como la niña de Rubén —también Margarita— no a perseguir la estrella por la azul inmensidad, sí por los caminos de la ciudad sus cosas todas, y venía a perseguir el éxito.

Venía entre otras cosas a llamar a las primeras de cambio de tú al presidente del Consejo y al líder de la oposición, Carlos, a quien había sido primer ministro y Laureano al señor López Rodó, la verdad es que uno, sólo se le fue uno: don Francisco.

Venía a averiguar los secretos de la Corte como el diablo cojuelo lo hacía en su tiempo, pero sin levantar los tejados de los hogares madrileños, en fin, que en su afán de averiguar hasta se enteró que es eso tan raro: del esquema director.

Ella en estos días que ahora corren y después de años y años —bueno, no tantos que es joven— de correr la ciudad y sabiendo va más que la paloma azul o que Mesonero Romanos, si lo prefieren, ha escrito un libro que está en las librerías y el cual, además de tener interés, tiene muchas y muy bellas páginas (1).

*Hay sinfonías musicales que tienen tres tiempos; pues bien, este libro de Margarita —sí, de Margarita Jiménez, que todos los días firma en el «YA»— es también en tres tiempos. Casi viene desde la prehistoria unida con la historia y este tiempo de hoy, sabiendo dosificar las cosas como ella sabe dosificar los platos de su cocina onubense y ya la madrileña.*

Las plazas y las plazuelas, los parques y los jardines, de un Madrid que se perfila en lontananzas o se acerca a nosotros, inauguramos con «romanones» de gala, de tarde en tarde, son los que ahora uno se encuentra en estas páginas que un día serán tan clásicas como hoy lo es el Ponz o el Mesonero, los Sepúlvedas, el Rincón...

El verbo andar o «patear», y ustedes perdonen es el que ella que tiene buenas piernas y lo digo sin segundas —podía decirlo con primeras, eso se ve— es el que durante meses y meses, un libro así no sale en quince días ha practicado para descubrir lo que podemos llamar lo bello de la ciudad.

De la Plaza Mayor cantada por Pepe García Nieto en impares sonetos a la Puerta del Sol en páginas impares escritas por Ramón Gómez de la Serna, están todas y todos. Lo que representa el más viejo casco y lo que hoy es el cinturón moderno, unas y otros con expresión donde igual salta una copla

Disfrazado de perro de presa  
un carlista se vino a Madrid,  
pero un guardia del Ayuntamiento  
la morcilla le dio en Chamberí.

que un monumento, ya busto, o señor a caballo...



*Caminos de arriba a abajo con noticia de si hay un comercio de velas o un drugstore. Caminos de El Retiro o el Parque del Oeste, y donde lo que es poesía está algo sobre las mismas calas.*

*Un Madrid de hermosuras y de realidades, un Madrid que ahora se encierra en cientos de páginas y de grabados para ser alegre compañía y gozoso y eterno recuerdo. Un Madrid que Margarita como mariposas en un álbum ha clavado con encanto, gracia y saber, con belleza en suma de un Madrid que ella lleva en el corazón y la cabeza.*

\* \* \*

*Apuntábamos en una nota inicial que abre estas páginas de los libros de ayer que merced a ciertas editoriales más atentas a la bibliografía y al goce de los buscadores de lo perdido que a los beneficios están dando a la estampa en hermosas ediciones los libros del ayer que andan fuera del comercio o que alcanzan en los catálogos anticuarios, precios tales, a los más inasequibles.*

*Al terminar el siglo XIX se comienza a editar en Barcelona una obra de alto rango, uno de sus libros que hoy sin pecar de alabanciosos es difícil de mejorar: belleza y erudición. Se llama «España sus monumentos y artes, su naturaleza e historia». Hermosos tomos estos en los que colaboran las grandes figuras de ese gran siglo que es el XIX (2).*

*José María Quadrado, que es historiador de categoría, arqueólogo de fama, buen escritor es el autor de esta obra, bien puede decirse felizmente renacida para tantos que sólo en encuentros de consulta bibliotecaria habíamos podido ver. Ahora es una editorial barcelonesa la que hace esta tarea ya desarrollada en volúmenes de otro y siempre singular valor dirigida por figuras de alto valor historiográfico en la cátedra y en las publicaciones, citaré un nombre: el del profesor Emilio Sáez.*

*Y es digamos un coautor de este tomo: «Madrid y su provincia» otra gran figura de ese brillante, repito, XIX: Vicente de la Fuente, en el que hay que unir de muy*

*íntimo modo la figura del historiador con la del más puro creador literario y acerca de cuyas personalidades no insistimos en razón tanto de lo que aquellas son en el mundo cultural como de la de nuestros lectores.*

*Una ciudad, Madrid; y una historia, la española, que esta ocasión es la de ésta camina paralelas por las páginas de esta obra, tal y cual, como cuando aparece en su reproducción facsimilar. De lo remoto a ese presente decimonónico de su aparición y todo hecho con un acopio tal de documentos y noticias de los cuales se ha sabido extraer el meollo, la sustancia mejor para componer un friso histórico en que nada pesa, con un estilo que con regusto antiguo se lee con encanto por un lector de hoy amante de las glorias, grandezas y bellezas de una ciudad, en este caso, Madrid.*

*Madrid es un gran telón de fondo en esta obra que coloca allí y acá por todos los caminos de la Villa y Corte los grandes edificios de carácter, ya religioso o civil, de los palacios o los monumentos. Y, sobre el texto, están como aclaraciones utilísimas y a pie de página que es lo cómodo para el lector curioso, las notas escritas, las mas por Vicente de la Fuente. Madrid tiene como todas las grandes ciudades del mundo muchos e infinitos libros, pero no tantos al igual que aquellas que no sean primor, y éste lo es, máxime en lo que a ilustraciones se refiere y muy en particular en que en saliendo de la capital los autores nos llevan a esas grandes villas de arte de su provincia que son El Escorial y El Pardo, Aranjuez y Alcalá de Henares, la Granja de San Ildefonso, la Cartuja del Paular y en un menor rango, Talamanca, Buitrago, Torrelaguna, Uceda, el valle del Lozoya...*

*Importante obra que ahora va a entrar en tantas bibliotecas españolas deseosas de tiempo y tiempo de poseerla.*

(1) *Madrid en sus plazas, parques y jardines.* Margarita Jiménez. Ediciones Abaco. Madrid, 1977.

(2) *Madrid y su provincia.* José María Quadrado y Vicente de la Fuente. Ediciones El Abir. Calle de El Abir. Calle de los Angeles, 8. Barcelona, 1977.







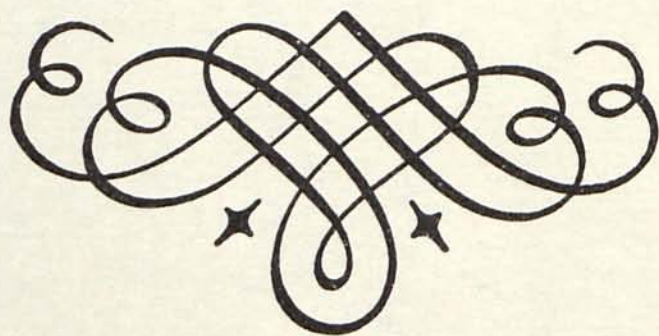








# TESTAMENTO DE GOYA







Current research:

SELO QUARTO, QUAREN-  
TA MARAVELIS, ANO DE MIL  
OCHOCIENTOS E ONCE.

Alonso Moscoso, y M. de la Torre y Josefina Mayaca  
Manuel y Mueza vec. Santa Cruz

13 June  
1871

[illegible]



111  
buenas y un solo Dios verdadero, y en todos  
los dones <sup>con</sup> Misericordia y caridad. que case y  
confirma nuestra Santa Madre Iglesia, Cató-  
lica, Apostólica Romana, en su fe verdadera  
y eterna herencia de vida y gozándonos vi-  
via y moria como Católicos y fieles Cristianos.  
Tenemos a la muerte que es cosa cierta a toda  
condición humana devednos estra prevención  
con disposiciones testamentarias, desde luego  
Ordagamos que hagamos y ordenamos nuestro  
testamento en la forma siguiente —

Lo primero encomendamos nuestras Almas a Dios  
nuestro Señor, y nuestros cuerpos hechos cada  
vez que queremos se amosquen con el hábito  
de nuestro Padre San Juan y sepultados en  
la Iglesia Parroquial donde al tiempo de nuestra  
fallecimiento fuere Parroquianos, de tan-  
do a elección del que sobreviniera la disposic<sup>n</sup>  
del entierro, ora, y acompañam<sup>to</sup>, por todo  
lo qual se pagará la limosna acostumbrada.  
Mandamos se celebren por cada una de nuestras  
almas cinco Misas sueltas, en limosna  
sin 1<sup>a</sup> d. 2<sup>a</sup>. cada una de que suada la



112  
III  
quarta parte correspondiente a la Aragona,  
las rentas se celebraran en las iglesias y alar-  
tes que elija el que sobreviva y testamentario.  
Segunda, por una vez a los Santos lugares a su entera  
redencion de Cautivos Cristianos. Tercera, para que se  
pague a los y parientes de esta Corte, y de otras mandas  
personas vance xx. o. por cada uno para que se  
distribuyan entre todas ellas con lo que las derg-  
tinos y parientes del dho. que pudiesen tener  
a nuestros vienes.

Declaramos que se se encomendare una memoria, o me-  
morias con sus condiciones a este testamento, fix-  
mada de nuestra mano, y conuegan alguna  
cosa concerniente a nuestra disposicion. Man-  
damos se tengan por parte de este testamento,  
y como tales se protocolicen con el en los regis-  
tros del p[re]s[en]te en. <sup>le No</sup> guardandose y observandose  
su contenido literal.

Para cumplir todo lo contenido en este testamento y me-  
morias si quedaren, nos prometimos el uno  
a el otro p[er] testamentario, y elegimos a n[uestro]  
hijo legitimo M[iguel] de Xarica de Ayga de  
esta vecindad, a cada uno inolidum y nos





SELO QUARTO, QUAREN-  
TA MARAVEDIS, AÑO DE MIL  
OCHOCIENTOS Y ONCE.

de que y le conferimos a su hijo, y a su  
verificado suero, y a su hijo, y a su  
nuestro vieno, vendiendo los nros bienes  
en publica almoneda o fuera de ella y con su  
producto cumplo y pago lo contenido en este  
testamento y donaciones si se hallaren, cuyo  
cargos no dure el año legal y el mas tpo  
que se necesite, pero al efecto lo prozogan-  
do en el remanente que quedare de todos nuestros  
bienes, inmuebles raíces, caudal y efectos dños  
y acciones presentes y futuras, insinuamos  
y nombramos y a nuestro unico y universal  
heredero de todos ellos al citado Juan Co-  
varra de Lara nuestro hijo legitimo,  
que los que sean los haya, lleve, goce, y ha-  
cede con la bendicion de Dios nuestro Señor  
y la nuestra a quien padrimos, por escami-  
ende — — — — —  
Y si el presente rebocamos, y anulamos todos los  
testamentos, y demas disposiciones testa-  
mentarias que antes de esta hayamos





18.

Escritura notarial.

**SELLO CUARTO, CUARENTA NARAVEDIS, AÑO DE MIL OCHOCIENTOS Y ONCE.**

formalizado p. escrito o palabra u en otra  
 forma, y q. ninguna valga, ni haga fe judicial,  
 ni extrajudicialm. excepto este testamento  
 y memorias si quedaron que quicemos y  
 mandamos se observe todo su Comercio como  
 suetura ultima y deliberada voluntad, o en  
 la via y forma que mas haya lugar en dho.  
 In cuyo testim. lo otorgamos asi ante el p.ter  
 de dho. Muni. en esta Villa de Madrid a ve  
 de Junio de mil ochocientos once; habiendo y o  
 el M.º Cleyde p. su mismo en atencion  
 al mal de Sordera q. padesco este testamento  
 a presencia del mismo Ex.º y de los t.ºs q. lo  
 fueron p.ter. <sup>tes</sup> M.º de la Alcaide, M.º Fran.  
 Fernandez Penabaz, y M.º Fran.º Suria  
 vecino en esta Corte, y los otorgamos ay  
 doy fe como lo firmaron con dho. testigos:

Man.º de la Alcaide Josefa Bayez  
 Felipe Monroy y Juan Suria  
 (Fernando Penabaz) Animo Lopez de Salazar